

BIBLIOTECA MEXIQUENSE DEL BICENTENARIO

GOBIERNO DEL ESTADO DE MÉXICO

EDITOR

CONSEJO CONSULTIVO DEL BICENTENARIO
DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO

ENRIQUE PEÑA NIETO

Presidente

LUIS ENRIQUE MIRANDA NAVA

Vicepresidente

ALBERTO CURI NAIME

Secretario

CÉSAR CAMACHO QUIROZ

Coordinador General



1810-2010

BICENTENARIO DE LA
INDEPENDENCIA DE MÉXICO

BIBLIOTECA MEXIQUENSE DEL BICENTENARIO

Desapariciones

RICARDO CHÁVEZ CASTAÑEDA

LETRAS ◀ 34 ▶ CUENTO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Enrique Peña Nieto
Gobernador Constitucional

Alberto Curi Naime
Secretario de Educación



Consejo Editorial: Luis Enrique Miranda Nava, Alberto Curi Naime,
Raúl Murrieta Cummings, Agustín Gasca Pliego,
David López Gutiérrez.

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, José Martínez Pichardo,
Rosa Elena Ríos Jasso.

Secretario Técnico: Edgar Alfonso Hernández Muñoz.

Desapariciones

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente no. 300, colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

ISBN: 968-484-655-X (Colección Mayor)

ISBN: 978-607-495-103-5

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. 2011
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
consejoeditorial@edomex.gob.mx

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/1/09/11

© Ricardo Chávez Castañeda

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

La presente publicación es parte del premio otorgado a
Ricardo Chávez Castañeda
como ganador del tercer lugar en el género Cuento del
Certamen Internacional de Literatura
Letras del Bicentenario Sor Juana Inés de la Cruz,
convocado por el Gobierno del Estado de México, a través
del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal,
llevado a término en 2010, cuyo jurado estuvo integrado por
Mario González Suárez, Guillermo Fadanelli y Mauricio Molina.

Desapariciones

En los culos del mundo: por una
memoria de las desapariciones

Amada mamá, ¿cómo decirte “gracias” por ser tú y enseñarme con ello que ésa es la única manera de recorrer la vida: siendo tú, respetándote a ti misma por sobre todas las cosas, extrayéndote un paraíso de ti para ti, donde puedas existir del único modo en que puede ser habitado un paraíso, que es completándolo día tras día, pincelada tras pincelada, lienzo tras lienzo, avanzando por esa maravillosa obra inconclusa que sin ti se moriría de nada y sin ella te morirías de pena? ¿Cómo te puedo agradecer no sólo la vida sino el sentido de vida, la verdad sagrada de que cada ser humano debería ser un creador para dialogar con Dios de la única manera respetuosa y comprensiva, sacrificándote para tratar de crear algo mejor de lo que cada uno de nosotros es? ¿Cómo hacerte saber hoy, mamá, que soy tan tú por voluntad propia y que me enorgullezco de serlo y que tomo el relevo de crear lo que tu has creado: somos mejores, los seres humanos, todos, juntos, si empezamos por nosotros como lo hiciste tú en ti, para luego regalárnoslo a tus hijos, a mí, a tu Ricardo?

¿Cómo?

Quizá diciéndote, Angélica María Castañeda Velasco, que tu sangre está en mi sangre, que tu corazón irriga mi corazón, que tu alma es el hogar de mi alma, que en este hijo tienes tu eternidad.

No basta con morir.
Hay que saber desaparecer.

BAUDRILLARD

El final del fútbol

A Fernanda

Para que mi padre no siga siendo mi final

“¿Y mira que si fueras?”

La pregunta surgió por sí sola en medio de mi silencio. Una esperanza en forma de pregunta abriéndose paso en esta madrugada del 11 de junio –no puede ser coincidencia– para ofrecerme la última de las opciones.

“¿Y mira que si fueras ese hombre?”

Él es mayor, apropiadamente mayor, de pelo blanco como debería de tenerlo ahora él; y estás de espaldas a mí, irrazonablemente

sentado en una esquina de este penumbroso y frío amanecer. No hago nada para atravesar la calle, sin embargo. Podría recorrer los metros que me separan de la otra acera, de la terraza de mesas de un café todavía cerrado donde parece esperarme como una especie de compensación, como una insólita justicia luego del final de fútbol, aunque la verdad es que él, tú, nunca me enseñaste que las cosas volvieran de allí, “de aquí”, como solías decirme.

El final. Para dar con el sitio donde el fútbol llegó a su fin, hube de conducir por tres horas de carretera y luego por cuarenta y cinco minutos de sendas desoladas y arcillosas. Según me había dicho Martín, el campo de fútbol iba a estar en una colina que resultó ser un promontorio. Paré el auto y cogí la cámara, y eché a andar cuesta arriba. Hacia “lo enfermizo”, como decía Martín, “hacia tu enfermedad”.

“Lo enfermizo”, “mi enfermedad” no empezó la mañana aquella en la revista, como creyó Martín, cuando nos informaron que habríamos de armar un número especial dedicado al fútbol, la misma mañana en que la voz de mi padre regresó a mí.

“¿Te imaginas su final?”, eso fue lo que me dijiste, “¿te imaginas el final del fútbol?”.

La verdadera razón por la que estaba lejos de la ciudad de México rastreando una estúpida cancha de fútbol no fue por la voz de mi padre, sino por mi padre.

Al alcanzar la leve meseta supe que no resultaría sencillo encontrar allí arriba el final de nada. Un suelo apenas domesticado, cubierto

de pedriscos y de mala tierra, irregular y árido como espinazo, no tenía sino un par de porterías de madera bronca para ceñir tanta desolación y para poner freno a la mirada. Sin las porterías, nadie habría conseguido suponer que alguna vez se hubiera hecho allí el fútbol como en otros suelos del mundo se hacía maíz, se hacían ciudades o se hacían muertos.

–Cancha fantasma –murmuré al coger la cámara y al tomar la primera fotografía, y luego lo seguí repitiendo, como sortilegio, foto tras foto.

Fue Martín quien me lo había dicho por teléfono dos noches atrás.

–Una cancha donde ya nadie juega... donde nunca volverán a jugar.

Al principio Martín había reaccionado como los demás, como se esperaba de un buen compañero de profesión.

–¿Está loca?... ¿A quién va interesarle?... Por si no lo entiendes se trata de una celebración... año de mundial, año de fiesta...

Pero luego había agregado aquello, lo imperdonable.

–¿Predecir su muerte?... Eso es una farsa.

Mi padre me advirtió que siempre sucedería. Esoterismo, Fernanda, no bien que lo digas y la gente ya te estará imaginando rodeada de brebajes y de abracadabras.

–Verlo, Martín, le corregí sin explicarle la diferencia, ni maldecir ni presagiar... Ver el final del fútbol.

Luego él, que nada entendía, pero era buen amigo, y mientras escribía su colaboración al número especial –la historia de un bisabuelo suyo que perteneció al primer equipo fundado en México (el Pachuca) y que formó parte de la primera selección nuestra (la selección mexicana del mundial de 1930) y cuyo gol fue propiamente el primer gol mexicano en la historia de los mundiales (perdimos cuatro goles a uno contra Francia)–, él que nada entendía, fue trayéndome a la mesa en las siguientes semanas una maraña de los tópicos malditos del fútbol –Mira que lo del mercado de jugadores te da para hablar de un nuevo tipo de esclavitud... ¿Has notado que cada vez hay más muertes en las canchas? Como si estuvieran llevando a los futbolistas al límite físico con la cantidad de competencias... Lo de las apuestas es una posibilidad, porque, ¿sabes lo de los sobornos y los partidos arreglados, no?... ¿Eh? Cuando le negaron a Maribel Domínguez jugar en la primera división, dejaron claro lo de la exclusividad masculina en el fut, y ¿has notado que nadie habla jamás de la homosexualidad?... Drogas... ¿Recuerdas al jugador colombiano que mataron por fallar un tiro penal? Andrés Escobar...–, hasta que yo lo interrumpí una vez y a gritos le dije que allí no estaba el final, por el amor de Dios, que se callara de una buena vez, que el fútbol ya los había sobrevivido. Pudieron acabarlo pero fallaron, y ahora el fútbol los tenía de su parte.

–Tienes que aprender a verlo, Fer, solía decirme papá desde que yo era una niña; y me ponías enfrente una manzana, la planta de mamá, mi vestido nuevo, tu auto, la ciudad vista desde la azotea, ¿te acuerdas? La ciudad de entonces, ¿te

acuerdas? Todo se está acabando siempre... siempre... Tienes que aprender a verlo.

–Una cancha donde nadie juega... donde nunca se volverá a jugar, fue lo que había dicho Martín aquella noche. ¿Lo entiendes? Como una casa fantasma, un pueblo fantasma, un sitio fantasma... ¡Una cancha abandonada por el fútbol no sé desde cuándo!...

De modo que, dos días después de la llamada de Martín llegué al campo aquel adonde el fútbol tenía que haber perdido si no la guerra, al menos una de sus batallas.

Nunca he sido paciente como lo fue mi padre. Él era capaz de llevar la atención incluso en sentido inverso: ir de la inexistencia hacia aquello que debió de traerlas aquí. Era de este modo como lo decía. Como si él mismo estuviera ya del lado de lo que ha terminado de existir. “Fernanda, tienes que aprender a ver aquello que nos trae a la nada”. Yo siempre fui pésima aprendiz, así que esa mañana en la cancha fantasma no fue la excepción y me cansé bien pronto de resbalar la mirada por las polvorientas lejanías y por el cielo de un azul imposible. Si algo había sucedido allí, no dejó testigos ni huellas.

Llamé a Martín y le dije que no me suspendiera las entrevistas de la tarde. Él era buen entendedor. Mientras lo escuchaba disculparse, fui caminando por el borde del campo y, de esa distraída manera, di con las únicas dos sendas que conducían desde allá abajo hacia esta mediocre altiplanicie: dos zigzagueantes caminos de tierra que, pendiente abajo, derivaban en direcciones irreconciliables, hacia las rojas techumbres de dos poblados.

De haber elegido yo la brecha desdibujada por los matojos habría llegado al pueblo fantasma –en realidad apenas un caserío pobre, pero eso sí, en completa desolación: apisonadas calles desiertas, casas con las puertas abiertas que se mecían con el viento, y, adentro, los catres que contabilizaban la pérdida; en fin, un silencio inhumano de piedras, de sombras inmóviles y de secuencias sin drama: el paso de las nubes, la caída de alguna teja, el agusanamiento de los perros– pero yo elegí la otra senda que limpiamente me llevó al pueblo si no vecino, sí complementario.

Y allí estaba yo, sentada en la banqueta, afuera de una cantina donde las mujeres tenían prohibido el acceso, con una cerveza que se me entibiaba con rapidez entre las manos, pensativa en que si mi padre viera este México profundo encontraría no la muerte, sino la sobrevivencia. Ver la muerte, Fernanda, es aprender a poner los ojos sólo en una de las mil sendas que se desprenden de las cosas. Todas las que no conducen a la muerte te están relatando lo mismo: cómo esa vida ha sobrevivido. No tienes que distraerte con ellas. Y me pusiste ante una manzana de cuento de hadas, ¿te acuerdas? Tienes que ignorar los caminos victoriosos de la vida por descubrir aquélla que ha fallado, que está fallando, que fallará... Siempre se trata de un error, de una mala encrucijada, de algo que generalmente ya empezó en algún punto del pasado. Y partió la manzana para mostrarme los gusanos.

“Este pueblo no se va a morir nunca”, pensé sin saber que a tres kilómetros y a la ridícula distancia de una alternativa que no tomé se hallaba el otro pueblo, el complementario, el fantasmal.

–¿Por qué está aquí?

Un hombre acababa de salir de la cantina y en su pregunta sonó el tono de la curiosidad pura. La tonada de la verdadera extrañeza. Mi propia voz de aquel entonces cuando todavía interrogaba a mi madre.

–¿Dónde está mi papá?

Lo habré repetido tantas veces como para enloquecerla.

–¿Por qué? –repitió el hombre su limpia pregunta, moviéndose hacia la calle para ponerse amablemente entre el sol y yo. Y así vi que el hombre correoso y quemado que me interrogaba, cuya edad rondaría la treintena, estaba muerto.

Fernanda, hay excepciones; también tienes que saber identificarlas. Los que ya no están aquí aunque lo parezcan. Puede que tengan aún la cáscara roja, los pétalos abiertos, los broches y los moños en su sitio, el motor en marcha y sus veinte pisos irguiéndose hacia el cielo; muertos en vida; ya inexistentes aunque los estés mirando: frutas, flores, ropa, automóviles, edificios, una ciudad entera; incluso personas, hija, idos aunque estés hablando con ellos.

–¿Por qué estás aquí? –repitió por tercera vez el hombre correoso y quemado y muerto que también bebía una cerveza.

–Porque odio el fútbol, le respondí, estoy aquí porque odio el fútbol.

A papá se lo llevó el fútbol, esa fue mi verdad de niña, mi rezo de muchos años para defenderme de la amargura de mi madre.

–¡Qué padre abandona a su hija! –solía decirme ella para que la ayudara a odiar.

Y yo me resistía a su corriente de amargura prestando atención a todas las historias increíbles de lo que había hecho un partido, un solo partido, en tantas vidas. Fue un partido en Ciudad Universitaria, un domingo, un mediodía, y desde entonces siempre aparecía alguien que fue vecino o familiar o amigo o conocido de uno de los muertos, de uno de los encarcelados, de uno de los que juraron haber escuchado los disparos.

–¡No puede ser coincidencia! –le gritaba a mi madre cuando adquirí la edad para enfrentarla.

–¡Cree lo que quieras!

–¡Entonces déjame hacerlo!

Y lo que yo quise creer es que a mi papá se lo había llevado el fútbol. Que se lo había llevado entre los que murieron aplastados en los túneles... (tu padre nunca hubiera ido a meterse en un estadio...), entre los injustamente inculpados... (de haber pasado algo así, lo sabríamos), entre los alcanzados por alguna bala perdida (tu padre está vivo). Y yo me callaba. Silencio para mi madre y yo volvía a la contradicción de seguir encontrando en el fútbol un refugio, un rezo, una explicación; en el fútbol que lo mató.

–Nunca odies, Fernanda... Tienes que aprender a ver el fin de las cosas sin odiarlas, solía decirme él cuando tuve una edad en que podías, papá, hablarme de estas cosas; o mejor dicho, hija, tienes que aprender a desprenderte del odio para ver de verdad el final de las cosas.

–¿Y para qué, pa?, le pregunté cuando cría, ¿y para qué, papá?, le fui preguntando al crecer , ¿para que ver el final?, le pregunté por última vez una semana antes de quedarme huérfana de padre.

–Para cuando lo necesites –me respondió él al fin.

Afuera de la cantina del pueblo que no moriría nunca, bajo el azul imposible de su cielo, el hombre se sentó a mi lado. Por varios minutos no dijo nada. Estaba decidiéndose, era obvio, o darme el silencio o darme la palabra, pero cuando empezó a hablar lo hizo ya sin dudar.

–No son palabras, fue lo primero que me dijo, lo que vas a escuchar no son palabras.

Y me contó.

Sucedió en el mismo promontorio amesetado donde acababa yo de estar. Era el día de la patrona de los dos pueblos y se habían reunido muy de mañana los jugadores y con ellos unos pocos acompañantes, pues la mayoría se alistaba en el valle para la verdadera fiesta.

No lo dijo, pero me bastó con verlo a él para imaginármelo todo. El ridículo, lo grotesco. Las botas con que irían calzados, pantalones de largas perneras dobladas y vueltas a doblar, camisas de franela a cuadros y, acaso, encasquetado, algún sombrero que se les escapaba al vuelo.

Lo que él me dijo fue que cuando comenzaron a disputarse tanto el balón como el sencillo orgullo de ganarse el triunfo para su patrona, ¿cómo iban a adivinar lo que ya subía por una de las laderas?

Dijo que llevarían media hora de partido, que ya no iban cero a cero, y que los recién llegados no eran muchos, pero que vinieron con armas. Me dijo que se apostaron junto al campo y que a ellos les dieron la orden de que aquí no pasaba nada. Lo intentamos, murmuró luego de dar un trago a su cerveza; continuar con el juego, como les mandaron, pero que ya no era lo mismo. Escuchaban sollozos y golpes provenientes de aquel lado de la ladera, apenas abajito, bordeando la orilla. Pero desde arriba nada se podía ver, así que habrían de enterarse hasta después que se trataba de los sobrevivientes del otro pueblo, de la comunidad no vecina, sino complementaria, donde todavía quedaba calor de ollas, olor de estufas, y donde la sangre de los perros muertos todavía no se coagulaba. Que no supieron de qué se trataba todo eso hasta que uno de los armados se metió en la cancha para descerrajarle un pistoletazo al árbitro.

—Ya está bueno, lo primero que vamos a hacer, me dijo que gritó el otro, es cambiar de balón.

Y así, diciéndolo y haciéndolo, sacó el machete y de un tajo le separó la cabeza al cadáver y nos la arrojó.

Al escucharle decir esto al hombre, a mí se me olvidó la cerveza, se me olvidó el sol que nos caía encima con odio, se me olvidaron las entrevistas que debía hacer por la tarde.

Si yo hubiera regresado de inmediato a la ciudad de México en lugar de volver al pueblo fantasma, habría sido imposible no advertir –todavía de día, todavía con luz en el cielo– lo del estadio olímpico de Ciudad Universitaria. No sé cuál habría sido mi reacción. No creerlo, supongo. Verlo y no creerlo, aunque mi papá nunca me haya hablado de algo así, de espejismos de final. O quizá habría seguido conduciendo de frente por la avenida de los Insurgentes hacia el Estadio Azul, o de regreso, por Tlalpan, hacia el Estadio Azteca, para saber de una vez si realmente era espejismo o el verdadero final del fútbol.

El hombre muerto me dijo que cada vez que algún jugador del otro equipo, del otro pueblo, siempre de ellos, se negaba a patear la cabeza del cadáver en turno, lo mataban allí mismo, y era su cabeza la que venía a sustituir a la anterior. Que luego, para completar jugadores, porque siempre iban reduciéndose de once a diez, de once a diez, de once a diez, traían a alguien más de aquel lado de la ladera donde de pronto se había empezado a dejar oír una coral de llantos suaves, avergonzados; una mezcla de lloros que jamás se habían cantado en ningún fútbol del mundo –esto lo pensé después, cuando pude pensarlo–, un sonido que jamás se había acercado al rodar de una pelota. El hombre dijo que cada nuevo jugador que traían de aquel lado

de la colina aparecía ataviado ya de fiesta, los habían cogido a punto de salir de sus casas, y que apuntándoles a la espalda los obligaban a sumarse a las carreras en pos de la cabeza de su propio vecino, de alguien a quien conocieron de toda la vida, un pariente o compadre o enemigo a quien pronto habrían de alcanzar en la muerte; “y en esta muerte”, eso era lo que repetía el hombre al contármelo, y con eso lo decía todo, “y en esta muerte”.

Por culpa del fútbol. Eso es lo que pude haber pensado en dicho momento o, después, en el pueblo fantasma, o más tarde de regreso a la ciudad, o ya en mi cama en la medianoche de esa primera y larga noche que no ha terminado desde entonces. Habría sido una reacción más que humana. Culpar al fútbol. Odiarlo. Pero no pude. No llegué al odio ni el odio llegó a mí durante el insomnio; ni antes, en el regreso nocturno a la ciudad; ni antes aún, mientras oía al hombre decir que los demás armados, que no eran muchos pero sí suficientes, se rieron cuando el nuevo árbitro, el de la pistola, comenzó a cercenar orejas y narices a los muertos.

–¿Eh?... ¿Qué tal?... A que rueda mejor, me dijo que les dijo, anden, pruébenla. Y que las cabezas caían ya enrojecidas, ya salvajemente redondeadas para empezaran a rodar y a enlodarse a nuestros pies.

–Lo único bueno, repetía el hombre, lo repetía como un rezo, igual que yo de adolescente me susurraba que a papá se lo llevó el fútbol, lo bueno es que ya estaban muertos, que ya no podían vernos patearles, que sus ojos ciegos,

sorprendidos e incrédulos, ya no podrían llorar por haberse ido así.

–¿Y pudieron ver ellos ese final suyo, papá?! grité, ¿fueron capaces de adivinarlo?! ¿Les sirvió de algo?! No lo grité, pero lo habría hecho la primera noche de esta larga noche mía si en lugar de quedarme en la cama debatiéndome en el insomnio, hubiera salido para descubrir lo que no había descubierto aún: que donde siempre habían estado el Estadio Azul y el estadio olímpico y el Estadio Azteca, había ahora una estéril y amplia planicie donde nunca más rodaría un balón.

Para mi padre nunca alcancé la edad de merecerme una explicación por tanta enseñanza sobre el final de las cosas. Yo tuve que encontrarla con los años. Darme al menos dos posibles respuestas, poco originales ambas, lo acepto, pero verdaderas, porque la verdad nunca es original. Primera verdad: para mantener tu propia vida, Fernanda, existen las mil sendas de la supervivencia –sabiduría que cabría entera en una palabra “cuídate”–. Segunda verdad: para encontrar el consuelo de saber que aquello te daña, aquello que te lastima hoy, desaparecerá si resistes, Fernanda, tarde o temprano se irá del mundo para siempre –sabiduría que cabría entera en otra palabra “obstínate”–.

–¿Para qué, papá?! ¿Para qué me ha servido a mí?! –es lo que yo hubiera gritado si de verdad hubiera comprobado esa misma noche la desaparición de los estadios de fútbol en la ciudad de México, y si hubiera enfilado después el auto hacia las tres horas de carretera y los cuarenta y cinco minutos de sendas desoladas y arcillosas por llegar a la meseta, todavía

de madrugada, y bajar del auto, encumbrarme cuesta arriba y luz adentro en el haz que yo misma me creaba con la lámpara; si al alcanzar la árida altiplanicie hubiera alumbrado la oscuridad donde habría tenido que estar la burda portería hecha con tres palos.

–¿Es eso, papá, de esto se trata todo? ¿Ver historias que se precipitan hacia su final? ¿Sólo eso? ¿Ser testigo del error que llevará a tanta vida a la muerte sin poder impedir que pase lo que habrá de pasar, que pasara lo que habría de pasar?

Si de verdad me hubiera adentrado esa misma noche por el cono de luz de mi lámpara, primero hacia la intuición y luego hacia la confirmación, sólo habría llegado antes a la verdad. Y la verdad es que no habría encontrado, como no la encontré al día siguiente, la portería donde fue lanzado el tiro penal. Nada, papá. Desaparecida la portería y borrada también entonces del mundo la niña y su historia, papá.

¿Habría cambiado algo, papá? ¿Habría servido de algo? ¿Para qué le habría servido a ella tener un papá que le hubiera enseñado a ver los finales; el final, por ejemplo, del fútbol?

Lo peor no fue la desaparición del Estadio Olímpico Universitario y del Estadio Azul y del Estadio Azteca, como se sacaría de la tierra una mala hierba, sino que nadie en la ciudad –como si nunca hubieran existido– los echara en falta. Decenas de automóviles transitaban junto a mí aquella siguiente mañana cuando frené como una idiota a la altura de la Rectoría de la UNAM. El auto se quedó detenido en uno de los carriles de la avenida de los

Insurgentes, peligrosamente sesgado, pero ningún pasajero se bajó como yo con la expresión de la interrogante pura, de la genuina estupefacción, por mirar el cielo donde hasta ayer hubo un estadio y el suelo donde también hasta ayer se hizo fútbol, como en otros suelos del mundo se siembran semillas o muertos.

Dos días después fue sábado, tarde de sábado y entonces tarde de fútbol en todo el mundo, y sin embargo en el bar donde Martín y yo nos encontramos, los televisores permanecieron apagados. Yo acababa de regresar de mi segunda ida hacia la cancha fantasma adonde el fútbol llegó a su fin. Eso es lo que intenté explicarle a Martín.

–¿De qué hablas, Fernanda? –me dijo él con el gesto descompuesto por la imbecilidad de mantenerse silenciosamente respetuoso, pero sin ser capaz de entender nada.

Y yo le grité en medio de las mesas atestadas de personas que no extrañaban el rodar de una pelota.

–¿Y tu bisabuelo? ¿Y tu bisabuelo qué? ¿Dónde está el primer gol de México en las historia de los mundiales?

Lo peor no fue la cara que puso él y la mueca de quienes me escucharon aquí y allí en el bar, ni la expresión imbécil de quienes me habrían de escuchar durante los días posteriores cuando yo intentara hablar con un lenguaje que nadie entendía.

–¿No recuerdan a Pelé, no saben que es el Maracanazo, la copa Jules Rimet, la selección mexicana?–. Lo peor es que,

sin palabras como “gol” o “penalti” o “portero”, yo no podía contar a nadie que en algún momento el árbitro de la pistola simplemente caminó hacia la banda sin detener el juego, sin ver a los suyos que continuaban apostados junto a la línea de cal que separaba el terreno donde se hacía fútbol de todo el demás suelo del mundo donde no se hacía, y se encaminó hacia el borde de la cima amesetada y descendió unos metros hacia el llanto que provenía de la cuesta y lo apagó, así, simplemente lo apagó, y cuando volvió de allí, del otro suelo del mundo, tenía bajo el brazo el primer balón de larga cabellera en la historia del fútbol.

El hombre muerto me dijo que en ese momento a uno de los hombres del otro equipo se le doblaron las piernas como si se las hubieran amputado y que fue otro quien sacó el coraje e intentó arrebatarse la cabeza con la que el árbitro venía dejando un reguero de sangre sobre la cancha. El árbitro los baleó a los dos, al del dolor y al del odio, al que era el padre y a quien no lo era, y luego el árbitro fue matando a quienes se negaban a poner el pie en la cara de esa niña que aún sin cuerpo era tan pequeña.

–Ya... dijo el árbitro, vamos a acabar con esto. Y que hablaba siempre dirigiéndose a los integrantes del otro equipo, siempre hacia la media cancha de ellos, siempre hacia el pueblo de al lado, siempre hacia la línea de cal donde estaban todavía de pie, como olvidados, quienes vinieron a apoyarles.

–Les voy a regalar un tiro penal. Si lo anotan... y que con un pase del brazo abarcó la media cancha donde estaban ellos, los abarcó a todos y a su pueblo entero, se salvan.

Y fue entonces cuando el hombre que todo esto me contaba, se volvió por primera vez hacia mí desde que empezó esta historia que no estaba hecha de palabras sino de muertos, para decirme que él era el portero.

-Yo.

Lo peor de lo peor fue no poder contarle esta historia a nadie. Quedármela, quedarme en ella, toda yo atravesada, violada por ella hasta este 11 de junio en que México estaría por jugar contra Sudáfrica el partido inaugural del campeonato mundial.

Esto es lo que le digo al hombre que está de espaldas a mí en esta calle y en esta madrugada de viernes. Y él, vulnerable, con su pelo blanco revolviéndose por las rachas de viento, todo él ya muy mayor, envejecido como tendrías que estar tú de hallarte vivo, me escucha, me dejas hablarte sin volverte, respetas mi terquedad, mi obstinación, mi necesidad de darme algo que compense tanta desaparición, un regreso, aunque mi padre nunca me enseñó, nunca me enseñaste, que las cosas pudieran volver de su final.

El hombre muerto confesó que cuando se puso entre los tres palos todavía no sabía qué iba a hacer. Adivinaba que los supervivientes del otro pueblo, allí en pie, escuálidos y demudados por el terror, ya estaban muertos porque aquel de la pistola no cumpliría su promesa. Me dijo que la verdad es que él pensaba en su propia gente y en que hasta ese instante no les habían hecho nada.

–¿Sabes lo que significa tener en ti la vida de tantos? –murmuró y se quedó mirando sus propias manos, manos callosas y maltratadas que le temblaban un poco.

Y que cuando detuvo el penalti, los mataron. Decapitaron a todos los del otro pueblo, y que fue entonces –esto es lo que creí que iba a decir– que fue entonces cuando el pueblo se convirtió en un pueblo fantasma, que fue entonces cuando el fútbol se largó de allí.

Pero él no dijo esto.

–El árbitro se volvió hacia nosotros, hacia todos nosotros, los jugadores y los que se habían venido desde el pueblo para acompañarnos y que se metieron en la cancha, en nuestra zona de la cancha, en el área de mi portería, como si sirviera de algo.

Y me dijo que los vio con seriedad. Que eso fue lo malo. La seriedad con que lo dijo.

–Cojan una.

Y se refería a las cabezas.

–Es un regalo para que no se olviden del día de hoy.

Y que todos supieron que hablaba en serio, que fueron recogiendo la suya; cada quien una cabeza, deformada por los golpes y las patadas y las mutilaciones; todos abrazándolas sin asco al comenzar el descenso hacia la fiesta de la patrona.

-Menos yo.

Que desde el penalti él no había podido soltarse de la niña, de la cabeza de la niña.

-Entre mis manos.

Termino de contar ahora yo y cuando termino de hablar sigo sentada tras este hombre viejo en la misma esquina de la calle, pero ya lejos de la madrugada. Y sin embargo, él no se vuelve.

No se ha sorprendido de que le hable ni de que lo haga con palabras que no puede entender aunque quisiera, ni que esté yo intentándolo por última vez justo este día en que el mundial daría comienzo con la victoria o la derrota de México, hoy cuando ya ningún balón rueda por la superficie del mundo y cuando han vuelto ya todos los suelos destinados al fútbol a su maíz, a sus ciudades y a sus muertos, porque el final del fútbol fue permitir que algo así sucediera, que una historia como la que recién he terminado de contarte, papá, pasara a través suyo, a través del fútbol.

-Quizá la compensación que busqué durante meses, agrego antes de levantarme, estuvo desde aquel segundo día en que manejé otra vez las cuatro horas para volver a la cancha fantasma, al pueblo fantasma, a buscar nuevamente al hombre fantasma... Y esto que te voy a decir, y se lo digo acercándome a su espalda, a la espalda del viejo, susurrándotelo, esto es lo importante. Cuando volví a ver al hombre que me contó la historia, ya no estaba allá, o acá, como decías tú, ya no se

hallaba muerto, pero de todos modos me le acerqué y le di un beso, porque aunque él nada recordaba, me enseñó lo que un hombre puede hacer por alguien aunque no sea su hija, papá. Y estoy llorando, me descubro llorando junto a ti, qué tonta, llorando, y así escucho mi ruego, lo escuchamos el viejo que me da la espalda y yo, tú y yo.

–Aunque no fuera hija suya, señor, aunque no fuera tu hija.

Sin el perdón

No fue la primera vez que te negaste a hacer el amor, Ana. Dulcemente tomaste mi mano entre las tuyas y ladeaste con ternura la cabeza para quedar lejos de mis labios. ¿Cómo puede distinguirse aquello que está naciendo hoy de lo que procede de otro tiempo? Creí haberlo asimilado bien. Mi mano dentro de las tuyas, y tú girándote y dándome la espalda sin ofensa, un buen modo de tornarme inofensivo sin abandonarme en un extremo de la cama, acucharados tú y yo, con suavidad y tibieza, mi brazo alrededor de tu pecho, tus senos calculadamente lejos de mis dedos. Intenté dormir. Lo intento todavía en esa noche

como cualquier otra del pasado, como cualquier otra que habría de sobrevenirnos en el futuro. Así debió suceder. Los desencuentros suaves, sin repercusiones, que van punteando aquí y allá el carnaval que extienden dos cuerpos frente a sí. Hay momentos, hija, sin embargo, en que todo semeja cargarse. Ya lo entenderás, mi niña. Ya nos entenderás a Ana y a mí. Es como si las palabras más triviales, los gestos más ordinarios, se enturbiaran y comenzaran a significar algo distinto a lo que habías acostumbrado a ver en ellos. Entonces no resulta fácil dejarlos seguir de largo. Ahora parece sencillo, incluso a mí me lo parece, al de hoy, pero no a quien aquella noche iba sintiéndola, a ella, a mi Ana, aflojarse dentro del incómodo doblez de mi brazo, perder la forma que da la voluntad a los cuerpos, descomprimirse y ablandarse. Si yo hubiera conseguido liquidarme igual en un sueño compartido, una forma también de amarnos, perder juntos la conciencia en una entrega quizá más completa, quizá más tierna, quizá más bondadosa, o en ojos de un tercero que hubiera podido espiar nuestro desvanecimiento. Pero no pude, Ana, no fui capaz de dormir, comenzó a retornar cada parte de mi cuerpo, fueron rearmándose y encerrándose en su interior hasta que me solidifiqué junto a tu abandono. Entonces me quedé atento a todos los indicios que venían de ti. El ensanchamiento de tu respiración, tu manera de recoger los pies si tocaban los míos, la lenta pero inatajable distancia que ibas poniendo con suavidad entre nosotros, saliéndote de mi brazo y del alcance de mi aliento, girándote otra vez pero ahora sin mí, llevándote tu espalda, el roce de mi verga con tu culo. Después, un sólo movimiento en el instante justo, solidificó el resentimiento que se me enroscaba alrededor del cuello, un collar duro y pedregoso que no veía ningún contrasentido en que tú estuvieras dormida

y sin embargo me siguieras rechazando, como si no te bastara haberlo hecho una vez, subrayándolo con ese arrastre hacia la parte del futón donde yo no estaba, buscando la almohada para ponerla debajo de la cabeza, pero sesgándola de modo que también se acomodara bajo tu torso; sustituyéndome. Fue cuando de un solo manotazo, te sacaste la sábana de encima y la ahorcadura se distendió de mi cuello. Tal era la razón de que te hubieras alejado de mí. El hecho de que tuvieras calor –porque lo tenías, habíamos hablado antes de ello– debió ayudarme a imitarte, hacer mío el otro extremo del futón; volverme boca abajo, dejarme de imbecilidades y, fingiendo el sueño, realmente acabarlo por conseguir. ¿Cuántas ocasiones he repasado esta noche ya? La traigo a la memoria pero le he metido mano demasiadas veces, le he metido recuerdo demasiadas veces, algo así como una página de escrituras encimadas, tachoneos, digresiones afortunadas unas, otras meras boberías; un episodio excesivamente comentado por mí mismo, de modo que no sé si recuerdo lo que sucedió o lo que recuerdo son las sucesivas rememoraciones, un mosaico de interpretaciones empalmadas, un vitral desde donde ahora quiero mirar sin que se alteren o colorean las imágenes de tu rechazo, de tu inapetencia, Ana.

Por ejemplo, me oigo ahora y me desazona encontrar un tono casi irrisorio en mis palabras. ¡No hubo nada que desagraciara nuestro desencuentro! Según el recuerdo, yo resulto patético, en extremo susceptible, de una vulnerabilidad casi vergonzosa, quizá porque he omitido un dato fundamental. Cuando Ana se giró por primera vez, todavía con mi mano dulcemente inmovilizada entre las suyas y entonces remolcándome, logrando que yo naturalmente la enfundara con mis brazos, con

mis muslos, con mi pecho sirviéndole de soporte a su espalda, respaldándola pues, ella se volvió, se arqueó con dificultad para darme un beso que no consiguió sino a medias, rozando mi labio superior pero perdiendo la mayor parte de su beso en el aire. “Te amo”, murmuró.

Fue un buen detalle. Su intención era aliviarme de cualquier cosa que se hubiera soltado a doler por su cuenta. Sin embargo Ana no supo integrarse. La ternura y la calidez de su piel no encontraron apoyo en la voz breve, contenida, con que me murmuró su amor. No la respaldó porque de algún modo temió ella, lo supongo, que un exceso de calidez habría puesto de nuevo en marcha el mecanismo del deseo y yo habría renovado el intento y ella el desdén, con las complicaciones consecuentes seguramente más y más graves. Como sea, erró en el ritmo. Lo hizo demasiado rápido, en una revolución que le robó naturalidad, y entonces pareció como si sólo cubriera un inciso, hija mía.

Uno de los asesinos del amor, mi niña. Los enamorados necesitaríamos un manual para cada eventualidad de las llamadas crisis amorosas, manual que no existe sino hasta que te encuentras dentro de la situación y descubres saliendo de ti un perverso recetario de actos y frases que te dictan secuencias para liberarte de los malentendidos o para entraparte aún más en ellos. Supongo que este mismo argumento puede ser vuelto en mi contra. Que una manera de sabotear es mantener el amargor de lo que te ha malherido para ir agriando todo lo que viene después, igual que cuando tú, hija mía, quizá al cumplir cinco o seis años, habrás de dejarte el sabor de mi café en la boca y después de ese sorbo furtivo que yo alcanzaré a advertir, ya nada te sabrá

igual, aunque intentarás recobrar el gusto yendo de probada en probada sólo para provocarte el mismo gesto crispado con cada platillo de la mesa. Reconozco que, desde ese punto de vista, el contenido y más bien distanciado “te amo” que escuché decirle a Ana me descompuso todo lo demás, su respiración, el recogimiento de sus pies, su lenta pero impasible retirada al otro extremo de la cama. Hasta que se sacó la sábana de encima.

De algún modo, con la sábana volaron fuera del futón también los mantos de hostilidad que me habían caído encima y reapareció intacto mi deseo por Ana. Antes, cuando me acerqué a ella y empecé a tocarle inofensivamente la nuca, cuando ni yo mismo sabía que esa caricia comenzaría a resbalar por su espalda y por los estratos de mi cerebro hasta clavarse como un dardo en el primitivo cerebro reptil –“el reptilazo”, como habíamos jugado a llamarle ella y yo–, mi deseo no tuvo tiempo de ensancharse. Ana lo atajó sin que yo entendiera muy bien lo que sucedía y posiblemente por eso mismo me ofendí tanto. Era en esas ocasiones cuando me desquiciaba que ella pudiera entenderme mejor de lo que yo mismo lo hacía. Me miró a los ojos, bizqueando un poco porque nuestras caras estaban casi enfrentadas, y fue cuando se giró, sin ofensa, ya lo dije, de la manera más suave con que uno puede dejar a otra persona a su espalda. Reconozco que fue perfecto. No sólo en movimientos sino en tiempos. Cazó tan naciente a mi deseo que me dejó la mesa puesta para que incluso yo pudiera fingirme enfadado. “No habrás creído que estaba intentando algo, ¿verdad?” Pude mentirme a mí mismo, y así ambos simularíamos que nada entendíamos, que nada sucedía y habríamos tenido la oportunidad de dormir en paz. Cometí el error de creerme la mentira. Qué injusta, qué injusticia, me

habré empantanado en pensamientos así de imbéciles. Entonces ella se sacó la sábana de encima, dormida ya, y se quedó desnuda frente a mi malhumor.

No recuerdo otro momento cuando la luz que entraba de la calle a través de la ventana me hubiera resultado tan ambigua. En realidad no era luz. Se trataba de una fosforescencia que no iluminaba, apenas una sombra de luz, una irradiación tan tenue que más bien parecía ser resultado de un deseo de los propios ojos por ver dentro de la oscuridad, una ilusión que sin embargo se ajustaba a las cosas del mundo como funda. Dentro de esa luz inexplicable, Ana parecía salir directamente de mi imaginación, como si más que verla la fantaseara, como si más que contemplar su cuerpo desnudo lo estuviera creando. En posición supina, con la cabeza ladeada hacia el costado del futón donde yo estaba, ni siquiera los ojos de esa Ana que era obra mía (la eventualidad de que los abriera) me ponían freno. Podía ver bajo su cuerpo uno de sus pechos deformándose por la amable presión con el futón; ver la pequeña verruga que le ponía vórtice a todas las líneas de su espalda y que ella todavía defendía y se defendía de ella llamándole “lunar”; ver las bragas negras, recortando la palidez de su piel, adheridas a la curvatura de su culo como si lo recogieran y le dieran forma; uno de los bordes elásticos atravesándole por la mitad una de las nalgas hasta hundirse en la hendidura de su culo, dejándola a ella subrayadamente desnuda, asimétrica, deseable; las piernas apenas separadas para que la tela negra rodeara y se combara con suavidad en el bajo pubis, y allí las bragas fruncidas en un pliegue casi invisible dibujaran mejor los labios de su vagina. Recuerdo que en ese momento Ana libró uno de los brazos de

la presión de la almohada, un movimiento mínimo pero suficiente para que yo rompiera el trance, me dejara caer de espaldas en la cama y cerrara los ojos. ¿Cómo iba a conciliar el sueño así? Me ofendía que ella pudiera continuar dormida junto a esa verga que subía y bajaba al ritmo de mis constantes y frustrantes tentativas de sacarme su imagen de la cabeza...

Esto es una confesión amorosa. ¿A quién me dirijo? No hay confesión si no es dirigida para alguien y si no se busca, muy en el fondo, una respuesta que modifique la manera en que se recuerda; para qué hablar si no es para ti, Ana, o para ti, hija mía, o para ti, mamá. ¿Te sucedió alguna vez lo mismo con mi padre? ¿Y cómo lo resolvieron? Digo, ¿se resuelve o no hay más que resignación? De pronto, mamá, ya no me sentía malhumorado sino comprensivo. Yo mismo aceptaba que ese “no termino de desearte, Ana” iba dejándole de serle halagador a ella. La intensidad de mi deseo –me parecía– se le convertía a veces a ella en algo estrecho y cerrado, algo que tenía que estarle trabajando un arrebato casi claustrofóbico. ¿Cómo lo hacías tú, mamá, eh? ¿Te dejabas hacer o le asías la mano y se la devolvías a su cuerpo, con un beso casi infantil a los dedos, o bien explotaste una noche en un violento ¡No!?. Una masturbación a tiempo puede poner a salvo tantas cosas, ¿sabes? Lo intenté pero me sentí un imbécil, así que nada se salvó. Salí de la cama y me fui al estudio.

No importa lo que hice, no creo que ni siquiera quepa en una anécdota. De pronto yo estaba en calma, oyendo sin oír músicas lejanas en una cinta que cesaría de sonar sola en el estéreo. Pude abrirme un espacio en el sofá o extenderme sobre la alfombra, acomodarme de modo que las incomodidades de una u otra

superficie me afectaran menos, boca arriba, un brazo almohadándome la nuca, de preferencia sin cruzar las piernas para que uno de los talones no cargara con todo el peso, quizá encajar algo bajo las corvas a fin de evitar que las rodillas empezaran a dolerse. Es estúpido pensar tal cantidad de detalles sin hacer nada por llevarlos a cabo. Sentado, con medio cuerpo caído sobre la mesa del estudio, tuve que estarme embrollando en tamaña sarta de sandeces, sólo para evitar fondear en el sueño. No debía dejarme ir sin enfrentar el crucial hecho de que si yo era capaz de quedarme dormido allí, por la mañana y durante buena parte del día siguiente habría un problema entre Ana y yo, una escena. Cómo podría explicarle a ella que no usaba mi ausencia en el futón a modo de castigo, que simplemente hacía lo que tenía que hacer para que mi verga me dejara en paz, nos dejara en paz.

Allí, adormilado en el estudio, advertí que un incidente sin gravedad, banal incluso, iba atrayendo la totalidad de mi lenguaje, lo estaba transformando en un acontecimiento gracias a las repercusiones lingüísticas que se despeñaban hasta allí como un alud. ¡Qué diablos! Yo tenía la culpa. Creí entender lo que me estaba haciendo a mí mismo, lo que nos hacía a Ana y a mí, así que en algún instante de la noche me encontré conciliatoriamente de nuevo en el futón, resuelto por entero el día de mañana con el simple paso de una habitación a otra, supuse yo, recostado no tan cerca pero tampoco tan lejos de Ana, el brazo bajo la nuca, las piernas encimadas porque allí no existía el problema del sobrepeso en uno de los talones ni la tensión de los ligamentos en las rodillas; demasiado consciente de mis respiraciones leves, de la fatigosa inmovilidad de mi

cuerpo que yo quebraba de vez en cuando para sacudirme un adolorido doblez en la postura, una racha de calor, una molesta sensación de hormigueo, y luego iba siguiendo la estela de mi acto hasta que éste alcanzaba a Ana. Según yo, me cuidaba de no despertarla suavizando mis movimientos destemplados, pero la verdad es que no encontraba la manera de ajustarme a su indiferencia, ya fuera que ella se reacomodara luego de la descompensación que yo había provocado en la frágil armonía de nuestros orillamientos –girarse, soltar un suspiro, montarse mejor en la almohada sin realmente salir de la inconsciencia–, ya fuera que se mantuviera ajena e irresponsable a mi creciente insomnio, como si nada de lo que estaba sucediendo a un brazo de distancia tuviera que ver con ella, protegida por un tiempo distinto a ese otro tiempo mío que se alargaba obsesivamente, toda una noche que horas después ella reduciría a una frase “lo bien que me ha sentado el sueño”, y que para mí continuaba subdividiéndose en gordas partículas de lenguaje encajándose bajo mi piel, atravesándome, hinchándome, envenenándome.

Perdido el sueño, mis ojos desvelados cayeron enteros sobre Ana. “La pasmosa instantaneidad del deseo masculino”, había dicho ella una vez, y tuvo razón, como siempre. Hermosa, deseable, indefensamente dormida. Adiviné que me iba a acercar a ella y que descansaría con torpeza, con demasiada rigidez, mi mano sobre su espalda, que la mantendría quieta igual que si se tratara de un gesto inconsciente, y que luego me descubriría en medio de una caricia. Lo adiviné pero permanecí inmóvil, dudando. Toda caricia había comenzado a tornársete ambigua, Ana, o al menos eso me parecía leer en la expresión un poco fastidiada de tu rostro. En ese instante no eras tú la observadora

de mi acercamiento; yo era testigo de mí mismo y de mi caricia que corría el riesgo de ser interpretada mal. ¿Malinterpretada? ¿Desde cuándo las caricias se habían dividido en roces “puros” y roces “equivocos”? ¿Podía adulterarse una mera expresión de amor? ¿Quién cometió el imperdonable pecado original de dividir por vez primera lo erótico de lo amable? Había estado yo contemplando su desnudez etérea por causa de ese eco de luz, inmovilizado yo por la duda, cuando ella cogió la punta de la sábana y se cubrió.

Lo hizo dormida, una reacción sin doble sentido, y sin embargo fue una bofetada. Creo que produjo un sonido torvo, un bufido, me giré con brusquedad, furioso pero al mismo tiempo quebradizo, a igual distancia de estallar a puñetazos contra el muro que de soltarme en un llanto desleal, ante el que yo hubiera sido el primer sorprendido, víctima de una segunda bofetada, ahora auto infringida. Lo que son las cosas, resistiéndome a ir a parar a una u otra reacciones extremas, resoplando rabioso, me quedé dormido. Tuvo que ser un desvanecimiento poco natural y nada benigno, algo así como un motín interno para que alguien más diestro o menos escrupuloso se hiciera cargo del timón de mi carne. Cuando desperté, no sé cuánto tiempo después, ese alguien había cambiado las cosas. Con la cara metida entre la cabeza y el hombro de Ana, respirando a través de su pelo, sentí mi cuerpo pegado al suyo y pude sorprender a mi mano, sin poderla ver pero como si la viera, deslizándose sobre su culo. He pensado tantas veces en ti, Ana, o sería mejor decir pensado desde ti. Al menos lo he intentado, ser tú, estar ausente, profundamente sumergida en ese simulacro de inexistencia, y de pronto sentir una opresión, sufrirla en

realidad, estrechada por una tensión imprecisa, como si algo se fuera cerrando alrededor, devolviéndome así trechos de carne, encerrándome en un perímetro dentro del cual ni siquiera atinaba a reaccionar en términos de resistencia, solidificándome para enfrentar a aquella otra sólida presencia hasta que ya completaba el amurallamiento, y entonces abrí los ojos, los abriste, Ana. Yo no había dudado ya. Para entonces había resbalado junto con mi mano por tu culo hasta topar con el borde de las bragas y, con un lentitud elaborada pero desesperante que me iba sacando respiraciones cada vez más abruptas y poniendo a palpitar zonas de mi cuerpo que yo solía ignorar, como si un montón de corazones hubieran aparecido bajo mi piel y se hubieran lanzado a latir por su cuenta, descendí por el elástico hasta tu entrepierna. Al principio me limité a ahuecar los dedos y a descansarlos sobre tu vagina. Apenas te sentía porque entre la braga y mi mano parecía haber incrustado yo una zona de vacío. Antes que tocarte, mi mano flotaba para que todo fuera suave, muy suave. Respirando a través de tu pelo, mientras tanto, estaba al pendiente de cada una de tus reacciones. Tu misma inmovilidad se había convertido en un comportamiento a traducir. Yo interpretaba cada milimétrica variación de tus aspiraciones, cada sutil sacudida de tu tono muscular, y las convertía en signos, signos a favor o signos en contra. Era de tal morosidad mi acercamiento a ti, Ana, que de pronto parecía caer yo en delgadas grietas de somnolencia de las cuales brotaba un poco asustado y siempre más intrépido. Hubo un momento en que desapareció la capa de vacío y dejé de gravitar sobre tu vagina. Oprimí, Ana. Simplemente eso, empujé mis dedos con delicadeza pero de modo que fuera ostensible el contacto, enmarcándolo e imponiéndole un ritmo, porque ahora estaba

intentando de verdad ser yo quien te provocara los signos que me respaldaran.

Ana, nadie puede dormir así. El compás marcado por mi mano fue extendiéndose por todo mi cuerpo, el empuje ya no era tenue ni local, acentuaba el movimiento con un vaivén que me fundía entero en esa excitación urgente, imperativa, molesta incluso. Convertir un “no” en un “sí”. ¿No es esa la seducción, cariño? Tu increíble inconsciencia era la negativa que yo iba doblegando. ¿De qué otro modo podía traducir el desplazamiento de tu respiración de la nariz a la boca, el endurecimiento de tu brazo, el giro súbito con que de pronto quebraste tu postura? Entonces tendrías que haberme besado, todavía sin acabar de despertar, enarcándote hacia mí, devolviéndome el empuje sin que supieras bien a bien lo que hacías, incapaz siquiera de un desconcierto porque aún no habrías recobrado la identidad de un nombre, de una historia. Hubiera sido una reacción biológica de la que nadie tendría que dar cuenta después, un arrebato que luego podríamos llamar amoroso aunque el amor, incluso el amor, se habría quedado al margen, expectante, inofensivamente estacionado, pero respaldándonos, hasta que regresáramos al sueño, amor mío, agitados y bochornosos todavía, pero sobre todo juntos, Ana, tiernamente juntos, deslizándonos hacia la inconsciencia.

Nadie puede dormir así, Ana. Te giraste súbitamente y quedaste apoyada con los codos en el futón. Fue como si no pudieras enfocar, como si tu desconcierto resultara mayúsculo para la pobreza de cualquiera de tus gestos, así que yo fui encarado por una máscara y desde una brumosa ceguera. Luego te dejaste

caer de nuevo sobre la almohada. Tu voz provino de allá abajo, fue un gruñido casi inaudible. “No”, dijiste, y hasta entonces yo reaccioné.

Me había petrificado con mi mano en su entrepierna. Cuando se desplomó y farfulló la negativa, lo que hice yo fue hundirme más en el cuello de Ana y más en la humedad de su vagina. Ella lo intentó con cuidado. Cerró las piernas sin violencia y tomó mi mano entre la suya. “No”, murmuró con un sonido más limpio y más suave.

¿Cómo ha de negarse una mujer, hija mía? He ahí la pregunta hacia la que te va empujando la edad y que nunca termina por ser respondida. “¡Cómo quieres que me niegue sin dañarte!”, es un alarido femenino que se expresa de muchas maneras. ¿Y sabes? No existe respuesta porque es doloroso para nosotros, hija mía, así de fácil, “doloroso”, y al dolor nadie se acostumbra. Vulnerable, susceptible en extremo, ofendido hasta la humillación, en eso se convierte un cuerpo rechazado. Entonces uno recae en aquella palabra salvadora: “seducción”, convertir un “no” en un “sí”. La “comprensión” abriéndose paso por entre las capas de la indignidad, la inteligencia tornándose reptil.

Le arrebaté mi mano y se la metí bajo las bragas. Cuando ella se giró, yo fui más rápido y me comí sus palabras. La besaba como si mis labios fueran otro par de manos. La sujetaba. Mi abrazo también fue equívoco. La estreché soldándole los brazos al cuerpo y así la cerqué con mi verga.

La memoria es víctima del lenguaje. Durante mucho tiempo recordé con otras palabras y con otra sintaxis. Liberé mi mano de

la tuya y la resbalé bajo tus bragas. Cuando te volviste, yo te besé arrebatado por el deseo, me metí en tu boca como imantado, estaba atraído y cada parte de mí respondía a esa necesidad de complitud; hundirme en ti, Ana; te abrazaba con esa violenta urgencia de fundirme; todo yo convertido en cientos de bocas besándote amplia y multiplicadamente. Fue cuando Ana me mordió.

Sentí una aguda punzada en el labio, y de inmediato el resbalar espeso y caliente de la sangre. Supe entonces que ella estaba decidida a no querer; que en algún momento había resuelto no dejarse arrastrar ni por su cuerpo ni por el mío. Atajada cualquier clase de disposición, nos habíamos quedado sin ninguna salida digna porque mi desenfreno ya no tenía vuelta atrás, ni modo de ser disminuido a la levedad de un incidente. Entonces me volví testigo de mí, atento y aterrado al dolor que comenzaba a surgir en cada uno de esos corazones y bocas que parió mi excitación. Ablandado continué estrechándome a Ana ya sin convicción, con la verga debilitándose, un burdo remedo de mí mismo, alentando en balde el jadeo y el pendular, sólo para que el desasosiego permaneciera un momento más del otro lado de mi piel.

Ana cometió el siguiente error. Se libró de mí, se sentó en la cama, sacudió la cabeza, y pasándose la mano por la frente, sin mírame, dijo ocho palabras que ya no eran necesarias.

—¿No puedes poner en paz esa cosa tuya?

Alguna amiga de mi madre habrá sido quien me contó del experimento con los perros cuando todavía vivíamos juntos.

No recuerdo el estudio completo ni el objetivo de la investigación, así que en mi memoria perdura sobre todo la crueldad que la amiga de mi madre se encargó de subrayar a fuerza de un mal disimulado gozo. Habían plantado terminaciones eléctricas a un grupo de machos. En cada una de sus cabinas introdujeron repetidas veces a una perra en celo. Cada vez que el macho intentaba montarla, sufría una descarga eléctrica. Los perros comenzaron a enloquecer. Aun cuando no estaban cerca de la perra, aullaban lastimeramente como si anticiparan el momento en que aquélla volvería. No en todas las cabinas retornó más de una decena de veces, pero los machos fueron tornándose huraños, inquietos, echándose a temblar sin motivo. En otras cabinas la perra sí regresó demasiado y los investigadores filmaron una infame secuencia de reacciones. Algunos machos simplemente se petrificaban con los ojos desorbitados, pero los más comenzaron una danza angustiada adelantándose hacia la hembra para luego recular con el pelo erizado. Habían aprendido bien el límite, así que los investigadores ya no tuvieron que pulsar el botón, y sin embargo uno de los machos mostró el extremo al que puede ser empujado cuando se enseña a detestar su propia naturaleza. El perro comenzó a revolcarse mordiéndose a sí mismo.

Ocho palabras de Ana fueron suficientes para desquiciarme. Cuando me di cuenta estaba encima de ella. Veía venir sus manos hacia mi cara pero no sentía los golpes. Había dejado caerme con todo mi peso, sujetándole como podía los brazos e inmovilizándole las piernas con las mías. Más que besarla, la marcaba a fuerza de saliva. En algún momento me erguí y antes que reaccionara, le así las bragas y comencé a tirar de ellas. Mis

jalones eran tan torpes y fuertes que fui arrastrando a Ana sobre el futón. Ella pateaba, uno de sus talones me dio de lleno en el mentón, escuché el crujido de mi mandíbula. Entonces me quedé con las bragas en las manos, un pedazo de tela desgarrado que una hora antes parecía ser la gracia de su culo curvado. Acabé por sacar a Ana del futón y caímos sobre el suelo, y allí me monté en ella.

–¡Déjame! ¡Déjame, Bernardo! –gritaba ella.

Durante mucho tiempo creíste o te gustó creer que fuiste tú quien se detuvo, Bernardo. Fue una afortunada irrupción, pero no de la conciencia. La conciencia se hallaba allí, contigo, cuando estabas a punto de penetrar a Ana, de violarla, secundándote con una erección de la voluntad tan sólida como la de tu verga. La irrupción fue del amor. Te probaste y le probaste cuánto la amabas al arrojarte a un lado, ¿no? El amor como un interruptor que te soltó una furiosa descarga para que no hicieras lo imperdonable. Antes de dañarla, dañarte a ti mismo. Esas fueron las palabras que usaste durante aquella primera época. “Dañarla, dañarme” ¿Dañarla por transformar un “no” en un “sí”, porque aquello ya no parecía una seducción; dañarla porque intentabas ponerle la verga encima, adentro; dañarla con la verga, por ser incapaz de mantenerla en paz, de darle paz; dañarte?

En una segunda época del recuerdo comenzaste a desconfiar de esta versión, flotabas dentro de esa versión porque no encontrabas modo de encajar en el Bernardo que se encogió después contra uno de los muros. Entonces empezaste a sospechar, empecé a sospechar que quizá fue Ana, un gesto de Ana, un gesto cruzado

por el miedo fue lo que me hizo detenerme. Cuando rasgué sus bragas, cuando la saqué del futón, cuando estuve a punto de violarla, ¿en qué momento vio, en mi rostro, en mis resoplidos, en mi verga, aquello que le incrustó ese gesto cruzado por el miedo? ¿Y qué fue lo que vio? ¿Qué expresión surgió de pronto en mi cara, qué expresión deshabituada a mi semblante y a la luz, descomponiéndome porque era un gesto que mi cara no sabía contener, brotando desde qué oscuridad y desde qué pretérito, enmonstruándome por un segundo sólo para que luego se recompusieran mis facciones, ahora sospechosas, ahora para siempre transformadas en una puerta susceptible de entreabrirse?

Fue el miedo tatuado para siempre en el rostro de tu madre, hija mía, de mi Ana, o tú, o tú, mi niña, o tú, cariño mío.

Perdóname.

Ana, despavorida, retrocedió, subió al futón, se cubrió con las sábanas, pero yo permanecí sentado en el suelo. Fue menos por simular un rescoldo de control aunque lo intentaba, y más porque me era imposible ponerme en pie. Con las piernas recogidas, advertí que ocultaba la permanencia de la erección. Mi verga se mantenía indiferente al rechazo, al daño que estuve a punto de hacernos. Esa tiesura desnudaba mi desnudez, me provocaba un sentimiento de vergüenza, me infamaba. Tuve que haber reconocido desde ese momento que estaba demasiado afectado y no tenía que ser así. Que a quien debía intentar desagrar era a Ana, aliviarla, así fuera con la torpeza de un murmullo repetido. “Lo siento, de verdad lo siento”, y con

los pretextos usuales, estúpidos, estúpidos porque se reusan y estúpidos porque vuelven a funcionar. “No sé qué me pasó, vida mía. Nunca se repetirá... Te lo prometo, te lo prometo... por favor, créeme”.

“Cuántas veces reapareció esta frase entre ustedes, madre; qué cantidad de noches se consumieron con estos parches para defenderse de la desilusión. Y papá las había usado, las había susurrado hasta que tú le permitiste volver a acercarse, diciéndole que estaba bien, que ya hablarían mañana, o cualquiera de esas frases que simbolizan un principio de perdón. Entonces los dos, rendidos por el cansancio, tarde o temprano acababan dormidos dentro de las mismas paredes, bajo el mismo techo, ambos en la cama, en la mayor muestra de confianza que un ser humano puede ofrecerle a otro: ponerle al lado, voluntariamente, su cuerpo inconsciente.

Así debió cerrarse con suavidad lo que, pudiendo ser trágico, había terminado por resbalar hacia lo anecdótico. Sin embargo, papá no estaba en la cama sino aplastado bajo un sentimiento de lo indigno y de lo imperdonable. La amiga de mi madre nunca contó si los investigadores registraron adónde dirigió aquel perro sus dentelladas; en qué parte del cuerpo, según los dictados de su naturaleza, creyó encontrar una especie de pedal de freno. Mamá se había recostado otra vez. Supongo que cubierta hasta el mentón, aunque desde el suelo, donde mi padre seguía sentado, el pliegue de la sábana debió impedirle ver la dureza de un rostro que estaba decidiendo no perdonar más.

Quien hubo de ser mi madre, pues, se dio la vuelta en el futón hasta quedar de costado, y así dejó a su espalda a quien iba a ser mi padre.

“Perdón”, es la única palabra que profiere él también, hija mía.

Sólo desaparecidos

...Y hoy está escribiendo al fin el nombre, hoy, al fin, pero no con esa letra suya tan cargada de trazos innecesarios –curvas, gan-chillos, y siempre los copetes engominados sobre las mayúsculas y las líneas que se extienden como hilos de orina al término de cada palabra–. Está escribiéndolo, el nombre, como si no quisiera acabar nunca, con una lentitud de semilla que revienta y echa fuera un tallo frágil, ridículo, sin hojas. Es una burda línea que tirándose hacia arriba está dando la “l” y ahora él gira la plumilla como si diera vuelta a la llave de gas de su estufa y será la “e” y luego la “t” igual que una cruz de madera

clavándose sobre la tumba blanca del renglón y luego la “a” y entonces “Violeta”, sin apellido, sólo “Violeta”, se pensará que no existe otra mujer con ese nombre, y sí, quizá para él, “Violeta”, sin murmurarse la advertencia habitual que usaba con los otros: *ya saben, sólo desaparecidos.*

Esto sucede hoy, pero ayer, ayer todavía se defendía con las combinaciones entre nombres y apellidos. Había empezado con las combinaciones porque de pronto les cogió miedo a las personas. Una y otra vez dijo él que era suficiente con las palabras. Pero explíquenle a esas mujeres que lo rodeaban –sobre todo mujeres, y a sus hijos de ojos redondeados por el hambre y ahora por la esperanza– que bastaba el nombre y el apellido, y de nada le servían los rostros de las fotografías que le empujaban ante los ojos hasta que su propia respiración empañaba los cristales de los portarretratos; rostros echados de la infancia a patadas, adultos prematuros exhibidos en las láminas con uniformes militares o con simples trajes adaptados que habrán pertenecido a algún abuelo más ancho o más estrecho. “Mi papá”, chillaban los niños; “mi hombre”, aullaban las mujeres; y él, también a gritos, “los nombres, sólo los nombres”. Ayer todavía se sentaba en los restaurantes de La Candelaria, barrio adonde fue a parar porque allí nadie sabía nada de él ni de su directorio de desaparecidos. Se bebía tres cervezas Costeñas y se iba a vagar por el barrio hasta que lo alcanzaba de nuevo la sed o lo tiraba la borrachera. En las entrehoras de la sobriedad a la borrachera únicamente escribía; no tanto, tampoco se crea; apenas cuando el nombre de “Violeta” llegaba a su cabeza antes que la inconsciencia y él era incapaz de mantenerlo inaudible como un rezo privado. En esos momentos en que lo sentía escurrir desde sus labios, perdiendo

ingravedez y espesándose camino a sus dedos, en esos instantes prefería inventar y recurría a cualquier nombre que no fuera el de Violeta –Hugo, por ejemplo, o Josefina–, lo reunía con el primer apellido que se le ocurriera y abriendo el cuaderno donde estaba el separador garabateaba rápidamente “Hugo Díaz” o “Josefina Caicedo” o simplemente “Liliana Silva”, meras combinaciones azarasas cuyo mérito estaba en contener el alud en que para entonces se le había convertido su “Violeta”. Él se defendía así y bien, pero las calles de La Candelaria ya desde ayer se estaban poblando con cantidad de gente extraña al barrio, gente viva que echaba a andar desconcertada haciendo preguntas tontas como “¿dónde estoy?” o inquiriendo si continuaba siendo agosto, pero también de gente muerta que simplemente aparecía sobre las avenidas para entorpecer el tránsito.

Eso fue ayer, pero antier él todavía viviendo en su barrio y en su casa, enfundándose el saco de las coderas y echándose hacia atrás el largo cabello gris, intentando desconocerse en el espejo para hallar algo más que la interminable nariz de siempre y esos ojos de niño o de loco; saliendo él a la calle con el “buenos días” a punta de boca para cada uno de sus vecinos, quienes, sin embargo, ya desde antier y también desde antes de antier, lo recibían con listas de nombres que le leían sin comas, juntando en una promiscuidad irrespetuosa a los poseedores de tales nombres que cuando moraban en el barrio, entre nosotros, o sería mejor, más propio, decir entre ellos, cuando todavía estaban entre ellos aquellas mujeres y aquellos hombres, nunca habían logrado coincidir. Así de larga estaba siendo la guerra que se los había ido llevando en diferentes años. Antier entonces, mientras la gente, su gente, se atropellaba repitiéndole los

nombres que él conocía porque los había proferido durante décadas para saludar a sus vecinos, y para llamar sus atenciones en las charlas comunes y banales que tuvieron antes de la guerra y antes de los secuestros masivos y antes de los asesinatos a sueldo y de las cuentas pendientes y de las cacerías que ni en sus peores rachas de pesimismo pensaron que sufriría su país; antier, digo, mientras él interrumpía el vocerío para hacer la advertencia de siempre luego de cada nombre que le leían –ni muertos ya oficialmente declarados, ni vivos que aún están oficialmente en combate, ¿verdad?, ya saben, sólo desaparecidos–, desde el restaurante de enfrente unos hombres, vestidos con chaqueta sobre chaqueta y desvelados a fuerza de tinto tras tinto, lo miraban ya sin interrogarse entre sí, pero con la pregunta muda en sus ojos “¿y por qué el amigo Castrillón no escribirá el nombre de su mujer?”

Antes antes de antier, o sea anteanteantier, o sea el domingo, fue cuando descubrí yo que algunos reaparecidos no le gustábamos. Entonces él todavía sentía curiosidad, o quizá no era sino inercia lo que le hacía desplazarse con el gentío a fin de cotejar lo que para ese instante ya nadie ponía en duda, que reaparecíamos. La reaparición casi siempre despuntaba con un grito a la distancia que hacía entumecer a las mujeres de faldas largas y siempre negras, temblar a los niños de mejillas encostradas y lustrosas como el caparazón de una tortuga, vacilar a los ancianos que empujaban un bastón frente a sus zancadas artificiosamente cortas. Nadie corría, a pesar de saber que otro de los idos había vuelto. Iban despaciosos, con un afán de demora, primero desplazándose por las aceras, pero luego, cuando sumaban suficientes curiosidades como para detener el tránsito de autos y busetas, se desbordaban hasta las calles. En el silencio sólo lijado por el resbalar de

las suelas y el roce de las ropas, se presentía el miedo, un miedo furtivo como el movimiento de la mano que guardaba en el bolso uno de aquellos retratos de hombres-niño o en el histérico mandato con el cual las madres, de pronto conscientes, enviaban de vuelta a sus hijos para ocuparse en sus casas de quehaceres inútiles. Supongo que en todas esas personas próximas al grito que se iba convirtiendo en lamento, ganaban altura un par de certezas como dos serpientes que se enroscan. La primera era más bien un ruego: “no es mi hombre, no es mi hombre”. La segunda, más bien un propósito: “y si lo fuera, yo no voy a dar un espectáculo”. Y sin embargo a la hora de llegar a la plazoleta, a la esquina, al quicio de la puerta de donde provinieran los alaridos, una de las serpientes se desenroscaba y entonces aquellos desafortunados que resultaran ser los deudos caían de rodillas frente al recién llegado y de sus bocas comenzaba a brotar el mortificante espectáculo de la viudez y de la orfandad como un árbol quebrándose en una tormenta. El árbol era esa fe pequeña que había comenzado a crecer desde que el nombre de su hombre había brillado por su ausencia en la lista de los muertos que semana con semana se adhería a los muros gigantes de la fiscalía; un tallo que ganaba altura y grosor porque tampoco el nombre había sido escrito en los diarios ni mencionado en los noticieros de la televisión, y así, con el paso de las semanas, un árbol, y ya, no hay porqué extenderse en una imagen tan obvia de bosques interminables. El caso es que pocos días ofrecieron la enseñanza de que los desaparecidos reaparecían en las calles del barrio casi siempre con un agujero en la frente o sin piernas, como si del suelo hubiera emergido algo lleno de dientes y de hambre, y luego la mordida, y luego más luego, no hay que ser genio, los chorros de sangre vaciándolos hasta dejarlos como

los encontrábamos, acartonados por la deshidratación. Pero también muertos sin cabeza, con el pecho destrozado a machetazos, con los mangos de los cuchillos todavía sobresaliendo de sus vientres; muertos azules, dulzamente olorosos, desnudos e hinchados igual que de embarazo, pariendo todos una muerte prematura como prematura fue su adultez, si no véanles esas piernas flacas y las rótulas saltonas, como prematura habrá sido su vida si pudieron esperar a nacer en otro país no tan efímero como el nuestro. Los desaparecidos reapareciendo casi siempre muertos y él, el amigo Castrillón –era predecible– sacando siempre la plumilla con disimulo y palomeando el nombre que él había creído inventar sumando un nombre cualquiera y un apellido cualquiera, y ya ven, descubriendo por causa de los murmullos que él cazaba al vuelo entre los círculos concéntricos de personas, que no, que otra vez había dado en el blanco sin querer, en un blanco o en un morocho o en un amarillo, en un hombre de cualquier color de piel pero sobre todo pálido, o sea del color de lo bien muerto, cadáver a cuyos nombre y apellidos, la gente comenzaban a agregar datos como que hijo de quién y oriundo de dónde, y que si estaba con el ejército o con la guerrilla o con los paramilitares o con los narcos o con el siempre interminable bando de los inocentes. En ocasiones, sin embargo, rarísimas ocasiones eso sí, las dos serpientes se desenroscaban juntas y en lugar de un cadáver y de nuestra boca apretada para no soltarnos a dar alaridos (y digo nuestras y soltarnos, así, en plural, para no sentirme tan solo), nos encontrábamos con un cuerpo todavía en pie, todavía sin otros orificios que los normales, los del desagüe del cuerpo y los de la entrada del mundo, y entonces nuestras bocas (ahí voy de nuevo, arrebañándome), nuestras bocas eran todo besos y nuestras manos se convertían en todo

palmas y en todo aplausos como en un teatro, y cada palabra resultaba ser una felicitación para quienes casi huérfanos y casi viudas ahora podían, a pesar de la consigna compartida de no dar un espectáculo, comenzar la fiesta de los vueltos en vida.

Supongo que el amigo Castrillón tenía los ojos apropiados, como decir, llenos de las cicatrices invisibles que da la experiencia, para distinguir lo que él suponía las farsas y embustes de los falsos extraviados, de aquellos desaparecidos auténticos. Esto era así porque, aunque los más de los reaparecidos permanecían estáticos en medio de la gente con esa estúpida sonrisa y con los ojos húmedos, sin compostura, dejándose mojar por la emoción, algunos no reaparecían con esa mirada de lluvia y menos aún eran capaces de dibujar aunque fuera una mínima sonrisa que simulara la dicha. Ese domingo el amigo Castrillón miró al hombre de los cabellos largos y los ojos verdes, y supo de inmediato que allí no había existido un secuestro ni una amenaza de muerte ni nada que no hubiera sido una decisión propia por esfumarse, ¡carajo!, se le escapó la injuria a él, porque una desaparición voluntaria por motivos que me importan una mierda, infiero que pensaba él, no cabe en estas páginas mías, así que él cerró de golpe su cuaderno y dejó sin anotación el nombre de Eusebio Perdomo, que de las tierras calientes de Valle, que policia de “el minuto de Dios”, que ¡hijo de puta!, alcanzó a rematar el amigo Castrillón, sólo por eso, por haberse esfumado a voluntad.

Antes antes antes de antier, es decir, el sábado, ya empezaba a no ser tan milagroso su *Directorio de los desaparecidos*, como él le llamaba al cuaderno de tapas gruesas y hojas enmarcadas.

Había ya tantos reaparecidos despatarrados en las aceras, cuando las puertas de su casa se abrieron ese sábado por la mañana, y continuaban allí por la noche, aquí y allá, en cantidad de sitios del barrio, sin que las autoridades se dieran abasto para tanto levantamiento de cadáveres. Aquello era un exceso. La fetidez y las imágenes siempre macabras de rostros con ojos abiertos y bocas destrabadas nos empujaban a dar rodeos por otras calles. Las mujeres iban abrazando a sus hijos a fin de que no miraran y el tránsito se tornó insoportable, pues de pronto apareció un muerto a mitad de la calle y a ver quién lograba convencer al policía que el atropellamiento fue una redundancia, un redundante punto final donde ya preexistía un punto final. La cantidad de reaparecidos, de “vuelos a casa”, de “bienvenidos”, de “hijos pródigos” de ese sábado dejó en claro lo que un día antes sólo había sido un mal presentimiento: quienes retornaban eran un estorbo, sobraban. Sus propias gentes los habían echado de un territorio que de pronto ya no les pertenecía, los desplazaron, porque los desplazados, allí, de vuelta, con su materialidad visible, sólo servían –si retornaban muertos– para extinguir la esperanza que la palabra *desaparecido*, siempre etérea y siempre abstracta, había sabido sembrar en las familias. Sus hombres niño volvían del limbo sólo para atraer a las moscas, a los perros, a los buitres, a las camionetas blancas de la fiscalía, a los sitios geográficos y legales adonde una vez hecho llegar el cuerpo, se les enterraba en actas blancas flanqueados con las presuntas causas de la muerte y se les volvía a desaparecer, ahora sí que para siempre, bajo paladas de tierra en las recién inauguradas fosas comunes. Y si regresaban con vida –vida menguada, restos insuficientes de vida– pues se volvían una carga, enfermos de soledad y de resentimiento porque su mujer ya era de otro y

de otros los hijos que fueron suyos. Por eso ya desde el sábado mismo resultaba sospechoso que el amigo Castrillón se entercara en continuar recorriendo el barrio, acercándose a los muros de La Defensoría del Pueblo donde se adherían los retratos de los desaparecidos, revisando en los periódicos todas las secciones de clasificados que, eufemísticamente, tenían un apartado titulado *Por encontrarse*, oyendo como sin querer las charlas en las cuales se mentaba un nombre con nostalgia, un nombre que sonaba a intemperie y a escarcha, y que hacía temblar. El amigo Castrillón había dicho, dicen, que escribía para corregir las tragedias, que su directorio tenía la finalidad de dar una segunda oportunidad a los desaparecidos. Dicen que antes de saber de su poder milagrero, él hablaba de resarcir destinos, porque si alguien aceptaba usar de nuevo los nombres de todos los desaparecidos que él iba escribiendo en su cuaderno –cuando todavía no le daba a él por inventar y por atinar, con sus nombres ficticios, en personas reales que podían estar dentro de nuestras fronteras, sí, batallando o agonizando o encrueldándose o reventando de gusanos; pero también fuera de ellas, de las fronteras nuestras, vagando bienaventuradamente sin matar y sin morir en el anchuroso mundo que, ya se ve, no es tan anchuroso como se cree cuando se deja oír la llamada del milagro–, que si alguien aceptaba alguno de los nombres inscritos con apresuramiento en sus páginas, listas y listas interminables de nombres reales que pertenecieron a seres humanos de pronto irreales, y rebautizaba entonces con los viejos nombres los nuevos cuerpos, entonces con los bautizos de las criaturas recién nacidas que habrían de ser el futuro del país cuando el país dejara de ser el mal país que era ahora para sus hijos, entonces se podrían completar las biografías inconclusas de quienes fallecieron a destiempo.

Muy bonita, muy encomiable su obra y argumentada sin grietas como todo buen delirio, pero lo extraño, lo sospechoso es que mientras escribía en su libreta “María Isabel Vélez”, “Francisco Penagos”, “Ruperto Angarita”, con esa letra suya tan llena de adornos como una hilera de bellos carruajes montándose en el renglón, al mismo tiempo iba brotando de su boca un susurro que sólo cogía forma si uno se acercaba hasta la órbita de su aliento alcohólico y se le ponía a tiro, y entonces “Violeta”, siempre “Violeta”.

Antes antes antes antes de antier, es decir, el viernes, fue cuando comenzó esta historia. Era de mañana y, aunque yo seguía dormido, mis oídos llevaban tiempo ya extrañando el rumor del mar y, nostálgicos, mis poros se abrían sin encontrar los calores extremos de cada alborada. Habré sido uno de los primeros reaparecidos porque el amigo Castrillón estaba metiendo sus manos frías y largas bajo mi camisa, cuando abrí los ojos y lo sentí resbalando sus palmas sobre mi piel, buscando el sitio donde las balas tenían que haber entrado o tenían que haber salido. Cuando abrí los ojos, él, con toda su nariz y todos sus cabellos revueltos, se echó hacia atrás como si hubiera visto un fantasma y yo, a mi vez, grité. No fueron tan inmediatas nuestras reacciones, sin embargo, como para que yo no hubiera tenido la oportunidad de encontrar antes, en su manera de mirarme, en sus ojos de niño o de loco, algo semejante a los enormes boquetes que de pronto aparecen en los techos de las casas por donde luego se cuele la lluvia y va mojando los muebles y enmohecando las paredes hasta que todo termina por pudrirse. Vi la inundación y la podredumbre y la tristeza flotando en la superficie húmeda de su mirada, y después, ya se sabe, yo grité y él se

fue de espaldas o tendría que decir de culo, porque su culo fue lo primero que tocó suelo, posteriormente su espalda y, sólo al final, aterrizó su asombro al aceptar que se podía regresar vivo de donde se hubiera estado. “¡Vivo, Violeta! ¡Vivo!”, comenzó a repetir como un rezo y yo seguí gritando porque no más playa en Soladero y no más “Mi negra, linda” y no más los niños que aprendí a querer como míos, que es donde yo había estado desde que decidí, voluntariamente, largarme de esta vaina de ciudad y de país, más allá de las fronteras de la muerte nacional. Ese viernes triste comenzó la historia, al menos para mí, porque, para él, su historia, tuvo que haber empezado antes, seguramente con el descubrimiento de su don. Se habrá topado él con su poder mágico de forma azarosa, igual que el primer prodigio logrado por el rey Midas al tropezar con un trozo de mierda para verlo transformado en oro; así habrá escrito el amigo Castrillón el primer nombre en su directorio, casi como sin querer, y, de pronto, como sin querer también, ¡un rey Midas entre nosotros... con el poder de hacer reaparecer a los desaparecidos! La historia tuvo que haber empezado ahí o quizá un poco más atrás con una presumible llegada de él a su casa alguna muy tarde noche o alguna muy temprana mañana para encontrarse con un silencio y con un frío que no conocía, y entonces hizo los primeros llamados suaves como para no despertarla, pero quizá también para no consumirse de golpe la esperanza, “Violeta”, “Violeta”, y luego los zapatazos escaleras arriba y las puertas que se abren y se cierran, y entonces “¡Violeta!” ya a gritos histéricos, y quizá ya desde allí, aunque como asegurarlo si yo no me hallaba en esta historia en tal momento, quizá ya desde allí el temor por la miserable disyuntiva que nació con la ausencia de su mujer: muerta o desaparecida a voluntad.

Asco

La historia

Además de todo, el cementerio es como un alambre de púas que se hunde por un orificio de la nariz para brotar humedecido y excitado por el orificio de junto. Olor, un olor irreconocible, aconceptual, sin historia, pero que el cuerpo sufre. Incluso ellos que lo respiran cíclicamente, regresan siempre a “la primera vez”. Uno de los hombres vestidos con deslastrados pantalones de peto y que caminan en fila, por ejemplo, se dobla ahora mismo por las arcadas. Seguramente entre las aletas de su nariz está pasando el lugar completo como un tren. Los nuevos –siempre

hay nuevos-, siempre son ellos quienes a maldiciones intentan enfundar en palabras lo que les ha obligado a soltar el pico y a cubrirse el rostro. “A la mierda”, “puta madre”, “¿qué es esta chingadera?”, aunque de vez en cuando llega entre ellos algún hombre instruido orillado por el hambre que piensa un poco desfavorablemente palabras que le ayuden a resistir la náusea: “fétido”, “nauseabundo”, “repugnante”, se escuchan pensar una lista de palabras como escalinata que no les lleva a refugio alguno. Terminan prensándose la nariz, cerrando la boca, pero la peste ya está en su interior convirtiéndose en sustantivos: excrementos, algo como carne podrida, orina rancia. Esas palabras les atraviesan antes de ver cruzar a los últimos hombres de la hilera cargando el enorme perol.

Él es un hombre viejo, curtido y no viste como ellos ni está allí para hacer lo que ellos. Se acerca trastabillando al perol y desliza allí los dedos recogiendo la pasta tibia que escurre por los bordes. Nadie le detiene ni le recrimina. La fila de hombres sigue adelante con los picos, las palas y el perol, mientras el viejo se lleva aquella pasta a la boca y luego se la emplasta en las ventanas de la nariz. La pasta es dulce y a dulce huele. Con ella se ha creado una máscara de aroma empalagoso le devuelve la paz a su estómago.

El viejo fue uno más de los que no pudo hacer nada con nuestro lastimoso vocabulario olfativo para defenderse del aroma inmundos que da forma y muralla al cementerio. Este olor que limita el adentro del afuera, el signo de un territorio desterrado, una jurisdicción de la indignidad, un lugar donde nadie puede sentirse bienvenido.

Los hombres cavan precipitadamente y de vez en cuando se vuelven por sobre su hombro. Las únicas construcciones, en este oscuro terreno lodoso cruzado por bajas cordilleras de montículos blancos como islas, son las barracas hacia donde ellos miran y las cinco letrinas que se levantan en la única pendiente natural: cinco cajas angostas como ataúdes puestos en pie, cuyas puertas de madera carecen de seguro y oscilan a merced del viento.

La última puerta se cierra ahora de un modo ilógico para servir de refugio al anciano.

Es una fosa la que han abierto los hombres, ancha y profunda como una alberca. El lodo les ha dado un nuevo uniforme, pardo y chorreante. Les uniforma también este tranco abrupto con el que vuelven por donde llegaron una vez concluido el trabajo. Los veteranos ya les habían advertido a los nuevos de la coincidencia. “Cuando terminamos, siempre empieza el repique”. El campanileo es apenas audible y es obvio que proviene de las barracas. Al perderse tras los montículos el último hombre de la fila, aparece el camión de volteo desplazándose en reversa. Produce un rumor líquido y sus llantas se ahogan en el fango antes de parar a diez metros de la fosa. La caja metálica cruje al levantarse. Por un instante da la impresión de que el camión carece de cargamento. La caja ha de ladearse casi completamente a fin de que aparezcan los cuerpos.

El viejo se halla de pie dentro de la letrina, todavía con una mano cubriéndose la nariz, a pesar de que allí dentro sólo huele a abandono. Mira a través de una hendidura de la puerta y, antes

de verlos, los escucha. Un tintineo que hace pensar en luciérnagas, como si el sonido pudiera parpadear. Entonces aparecen los niños. El mayor no tendrá más de ocho años, piensa el anciano; los más pequeños estarán llegando o despidiéndose de los cuatro, y todos llevan un collar metálico alrededor del cuello y, en el collar, la campanilla.

Cuando el mayor comprueba que están solos, los niños corren en estampida, gritando, produciendo un alud de retintines que no ensordece pero apabulla al viejo. Llegan al perol que permanece a un costado de la fosa, hunden las manos en el dulce espeso y se lo llevan a la boca. Comen empujándose, arrebatándose las plastas marrones, gritándose.

“Como perros”, piensa el viejo, él mismo con el rostro embetunado, y, sin advertirlo, saca la punta de la lengua y sufre así nuevamente el dulzor extremo. No se le ocurre un símil mejor que haber lamido los asientos cristalizados de una veintena de panales. Su estómago reacciona con un leve asalto de náusea.

Algunos niños y algunas niñas permanecerán todavía lengüeteando el perol cuando la mayoría eche a andar los diez metros que separan de los muertos.

–Todas las cosas que se presentan en enjambre sobre la faz de la tierra son abominables, recita con un murmullo el viejo contemplando la pila de cuerpos y la horda de niños.

Una niña huesuda como radiografía sujeta al azar un brazo desnudo que sobresale del montículo de cadáveres y de

inmediato otros le ayudan asiéndole del suéter de lana que le viste, de la manga del pantalón, de la segunda mano, hasta desprender a tirones al cuerpo del montón. Luego lo arrastran sobre el fango y en el límite de la fosa simplemente lo ruedan al interior.

Existen niños suficientes en el cementerio como para desplazar tres cadáveres por vez. Los muertos llegan al borde con los vestidos enrollados, los calzones ennegrecidos, las piernas rayadas por el fango. Luego desaparecen en el hoyo.

El viejo ve a los niños y piensa en ratas, en aves carroñeras.

Él sabe que somos la única especie capaz de sentir la emoción que llamamos asco. Él sabe que, por eso mismo, somos las únicas criaturas sobre la faz de la tierra en sufrir aversión por nuestros congéneres. Es lo que está sintiendo ahora mismo, y, sin embargo, su cuerpo se mantiene ecuánime. Quisiera sufrir las arcadas que le provocó entrar en el cementerio o al menos este remolino suave que le giró el estómago con la pasta dulce, seca ahora en su rostro y que le hace parecer sobreviviente de una tormenta de arena.

Lo que siente no tiene nada que ver con ello. Se siente solo. El regreso de la impresión de ser el último.

–El último, murmura, otra de las experiencias de vivir de más.

Él sabe que –imposible decidir si como ventaja o como desventaja– la pérdida del asco también es un síntoma de vejez.

Él es un especialista en la degradación como todo el que vive de más. Antes de conocer a la pelirroja, él había ido viéndose oscurecer por partes. En el espejo, mientras se bañaba. Su piel fue llenándose de manchas y la carne se le desprendió de los huesos, como si todo él fuera un teatro sobrecargado de cortinas de grueso bastillaje que comenzaban a venirse abajo.

-Demasiadas representaciones.

Desde hace años ha sufrido erupciones microscópicas bajo las axilas y en el cuello, una infinidad de lenguas diminutas de piel que también pueblan su espalda, su entrepierna y las corvas; y sólo recientemente los agrietamientos de su carne comenzaron a dejar salir supuraciones y un olor rancio que le desbarató la ilusión de un interior inofensivo.

“Un costal que empieza a distender sus nudos”, se dijo entonces ante el espejo imaginándose las tripas, las bolas exudadas de sus vísceras que se contraen y se distienden, las babas que allí adentro escurren y se cristalizan como agujas, filosas puntas de porquería del otro lado de su piel, a escasos milímetros de distancia de atravesarle.

El anciano estuvo presente, sin advertirlo, sin reconocerlo, en todos los cambios mínimos que le sucedieron por separado, y que de pronto, sin embargo, coincidieron, embonaron como piezas, y lo profanaron ya sin ambages.

Ahora que se ha sentado en el asiento hendido de la letrina y ve a los niños a través de la hendidura de la puerta, de pronto se siente cercano a ellos.

Las niñas y los niños tocan a los muertos sin reacciones visibles. Han empujado a la fosa decenas de cadáveres y, sin embargo, se mantienen inmunes. El anciano piensa que lo de ellos no tiene que ver con la rendición en la batalla contra el deterioro físico, sino con una verdadera inmunidad al asco. No han tenido que aprender que el proceso de la vida es sucio, y que de la vida se desprenden sustancias y olores. La muerte siempre es más sucia y más ostentosa.

“Por otro lado”, piensa, “no han sido obligados a dudar de sí mismos, y por eso están aquí”.

Cuando uno de los cadáveres se destraba del montón con los jaloneos brutales que realizan allá abajo los niños, queda al descubierto un cuerpo yerto de pelo rojo.

El anciano ve extinguirse abruptamente su voz interior y con torpeza, enredándose con el faldón del abrigo, extrae una pistola, se yergue con un chasquido de rodillas y empuja la puerta sólo para advertir que el cuerpo no es de mujer.

El cadáver está desnudo sobre el fango y es ese fondo oscuro el que resalta su palidez y su complexión frágil y corta, infantil como ellos. En lugar de manos, tiene dos muñones purulentos, difíciles de mirar. Los niños permanecen rígidos. No se escucha un sólo tintineo. El viejo aprovecha para volver a la letrina y cerrar suavemente la puerta.

El final

El viejo tenía una pistola. Sí, pero no la sujetaba bien. A lo mejor no quería tenerla. Yo creo que le pesaba. Era como si él

tuviera demasiado blandas las manos. Hay manos así que no sirven para cargar nada y menos para sostener un arma. Ese señor intentaba vernos, pero los ojos se le caían hacia donde estaba la mujer. Se ve que quería ponerse duro, malo, muy malo. Luego yo vi que los labios le temblaban. Se le movían como si estuviera hablando él solo. Cuando se le cayó la pistola, casi le pega en la cabeza a la mujer. La soltó. No, se le cayó. La pistola se enterró un poco en el lodo. Yo creo que ya ni hubiera servido. Las pistolas tienen unos tubos y, si se llenan, como de mocos en la nariz, pues ya no puedes respirar y pues tampoco salen las balas. Yo abro la boca. Pero la pistola no tiene boca. Yo respiro por la boca. El señor sólo miraba a la mujer. Y temblaba, estaba temblando. Cuando se agachó pensamos que iba por la pistola. Le cogió el pelo a la señora. Metió sus manos en el pelo rojo como si el pelo fuera agua. Era igual que cuando llueve y el agua se te escurre por entre los dedos. Chorros de pelo rojo escurriéndosele. Luego sacaba los dedos y los volvía a meter. Él casi no tenía pelos en la cabeza, ¿verdad? A lo mejor por eso le gustaban los de la señora. Luego empezó a tocarle la cara. Sus dedos estaban con bolas. No son bolas, eran sus huesos. Como jorobitas. Y torcidos igual que las raíces de los árboles. Sus uñas parecían de papel. Pero no se rompieron. De papel duro. Y entonces empezó a abrirle el vestido a la señora. Se ve que no era bueno para abrir vestidos porque equivocaba con los botones. El vestido de la señora era rojo. Pero no como la sangre... o, bueno, igual que la sangre cuando se está secando... antes de ponerse café y como de aceite. Le sacó todos los botones hasta las rodillas. Fue extendiendo el vestido sobre el lodo y de pronto ya no había lodo. Parecía una cama. Levantó uno de los brazos para quitarle también la manga, pero el otro brazo estaba duro y se

le quedó pegado al cuerpo. El señor se levantó. La veía y la veía. Ella estaba bien blanca. Pero tenía un poco de pelo en su cola. Como pasto. Pero era negro aunque el pelo de su cabeza seguía siendo rojo. El señor hizo un ruido. A veces les pegamos con las piedras a los perros y cuando las piedras chocan en su panza, los perros abren su boca como el señor y les sale ese sonido. Pero él no tenía lágrimas. Los perros tampoco, pero sí les duelen las pedradas porque se van arrastrando. Entonces el señor empezó a zafarse los botones de su ropa también. ¿Verdad que se le doblaban las rodillas? El señor tenía la piel salpicada. Eran manchas. Como hormigas. Y también tenía pelos en la espalda y aquí arriba de la panza. Como los bigotes de las ratas. Pelos blancos. Y su panza se le doblaba. Y tenía unas costras bajo el brazo. Cuando se quedó desnudo, la cola se le movió como nuestras campanas, nada más que no hizo ruido. Y luego él se sentó pero lo hizo mal porque las nalgas no cayeron en el vestido. Se vio chistoso cuando se sentaron en el lodo... Él la empezó a tocar por los pies. Los pies de la mujer eran flacos y tenía las uñas pintadas de rojo. Igual que la sangre. Las manos del señor subían por las piernas como el camión que trae a los muertos, deteniéndose, deteniéndose mucho. Parecían arañas, ¿verdad? Como si la fuera a ensuciar con las manchas que el señor tenía acá arriba, en la mano. Pero no la ensució. Empezó a enredar los dedos en el pelo negro de la señora. Ahora no eran igual que ríos, eran como anillos en sus dedos. Y el señor se le subió a la mujer por el cuerpo. Tenía su cola como un palo. Se empezó a mover como si la quisiera aplastar. Y sus nalgas estaban negras por el lodo. Se veía chistoso pero nosotros no nos reímos. Él se movía y en las nalgas se le abría una raya blanca. Y se cerraba otra vez, y se abría y se cerraba la raya blanca como si fuera un ojo. Luego el

señor se separó y quiso abrirle las piernas a la señora. Primero la empujó por los tobillos y luego por las rodillas. Pujaba como cuando no te sale caca. Las manos aquí, entre las piernas de la mujer, pero no la podían abrir. Al final se cayó encima de ella y empezó a llorar. Y el palo ya no estaba. Su cola otra vez era una campana. Muy quieta. Y él lloraba mucho. Se abrazó a la señora. Se apretó. Con su cabeza quería hundirse aquí en el cuello de ella. Hacía un ruido igual que cuando llega el viento y se mete por las maderas y no nos deja dormir. Entonces extendió un brazo. Quería agarrar una de las puntas del vestido. Movía la mano, pero su mano no tenía ojos y se equivocaba. Nosotros agarramos la cama y se la fuimos poniendo encima. Como si la señora le prestara su ropa. Los dos quedaron vestidos de rojo. Y alguien le tapó también la cabeza al señor. Para que no tuviera frío. Se la tapé con el pelo de la mujer. Después ya no sabíamos quién era quién porque los dos eran los dos.

La historia

El anciano abre los ojos y por un momento, dentro de esa oscuridad absoluta, no sabe ni quién es ni dónde está. Tiene un dolor encajado en la espalda. Él no sabe que es el mango del pico. Se echa a un lado y con el movimiento se precipita en el pánico cuando sus zapatos chocan con la puerta al mismo tiempo que su mano se estrella con la pared lateral de la letrina. Su cerebro ha lanzado como un fuego pirotécnico en la oscuridad la palabra “ataúd”; pero antes de sufrir las consecuencias de su errada interpretación, se dejan oír los campanilleos y unas risas agazapadas que le desbaratan la idea de enterrado vivo y lo devuelven de golpe al reconocimiento de quién es y dónde está.

Empuja levemente la puerta. La luna ilumina como si se hubiera derramado. Él contempla el exterior unos segundos arrebujiándose en el abrigo porque de pronto ha deseado una nevada, una capa blanca que cubra y ponga en pausa el aspecto grasiento y abundante y purulento de este horizonte donde se unen la vida y la muerte, que las ponga en paz, que las aquiete en una pureza cristalina.

Aunque desde afuera los niños no pueden verlo, él se echa hacia atrás hasta chocar con la pared del fondo de la letrina y permanece así, empotrado en las tablas húmedas y enlamadas. Se siente demasiado cercano a esos niños que ha descubierto merodeando en las sombras. Es una proximidad que no tiene nada que ver con dimensiones físicas. La pendiente que hay entre las letrinas y los galerones ahora no es una distancia que le salvaguarde del despuntar de la simpatía.

“Impostores”, piensa para intentar una lejanía verbal.

Los niños que están fuera de las barracas tienen que ser mayores de lo que aparentan. De algún modo han logrado encubrir sus años reales, pues de otra manera ya no trabajarían en el cementerio.

Es la única condición para poder ocuparse de los muertos –edades inmunes al asco–, pero estos niños y estas niñas que el anciano vuelve a contemplar, rindiéndose él a la tentación de una segunda mirada entre repelida y fascinada como cuando uno se pliega a la curiosidad de abrir el pañuelo recién usado o deja caer la mirada en la tasa todavía tibia del retrete para comprobar la

cantidad y la calidad de las excreciones; son impostores porque han perdido la edad de la inmunidad.

Son casi una docena de niñas y niños los que están alrededor de los pocos cadáveres que se quedaron afuera porque la fosa se desbordó con los muertos y con la capa de cal paleada después para formar la islilla blanca, ahora fosforescente, bajo la luz escamosa de la luna.

Los niños y las niñas ríen y sus campanillas tintinean con ellos.

Ahora ellos destraban un segundo cadáver de la pequeña pila de cuerpos y lo ponen junto al otro, al primero, aquél que recién ha descubierto el viejo, tendido solo en el lodo, con punzones y ramas sobresaliendo de los orificios de la nariz y del hueco de las orejas.

Cuando escucha él un sobrecogedor rasgueo, se cubre las orejas y descubre que algunas niñas y algunos niños las tienen taponadas también. De allí brotan los extremos de la tela que han usado a manera de tapones.

–Para protegerse –murmura el anciano.

Los niños encajaron los punzones en la nariz del segundo muerto y empujaron con fuerza. Ahora son las niñas las que lamen las ramas para lubricarlas, y sin embargo las ramas terminan dobladas o se quiebran antes de hundirse por los oídos del cadáver.

Uno de los niños suelta el punzón que está hundido casi hasta el mango en una de las ventanas de la nariz, coge varias ramillas

y forma un manojito de puntas que incrusta en el ojo del muerto hasta reventarlo.

Es cuando el anciano gira la cabeza, y cuando las otras niñas y niños, quienes también miraban, se cubren los rostros estremecidos.

Los niños mayores han saltado un tercer cuerpo junto a los otros dos y se miran entre sí, desafiándose.

El viejo sabe que esos niños ya no tendrían que trabajar en el cementerio porque la epidemia del asco los ha alcanzado. Por eso los taponos en sus oídos y, está casi seguro, los taponos en sus narices por la manera en que se les abultan las aletas de un modo tan poco natural.

Esas niñas y esos niños osados en realidad son víctimas. La realidad se les ha partido en lo oculto y en lo expuesto, y entonces la mitad del mundo se les ha convertido en una forma de humillar, de avergonzar y de despreciar a la otra mitad.

No estás haciendo otra cosa. Uno de ellos toma la iniciativa. Se sube en el cadáver, se pone en pie sobre el vientre extendiendo sus brazos para guardar equilibrio y comienza a saltar. Otros dos lo imitan de inmediato. Por las carcajadas de los restantes es obvio que los taponos no los protegen completamente de los ruidosos gases que brotan del muerto y de los chasquidos con los cuales van reventándoles las costillas. Ablandan y vacían al cadáver.

Cuando uno de los niños se detiene, los otros dos paran y bajan también del muerto. Una de las niñas tira de las perneras hasta

sacarle el pantalón al muerto. Luego le mete la mano bajo las nalgas. Con la mierda que ha recogido, embadurna el rostro del muerto, se mira los dedos y, antes de que reaccione ella, los demás se precipitan en una carrera fingidamente despavorida.

Sus gritos pueden despertar a los niños menores que duermen en las barracas y ese es el riesgo de que los mayores permanezcan aquí.

Están contagiados como la niña de la mierda en la mano que se ha lanzado a la persecución. El asco valora negativamente lo que toca, clasifica. No hace sino enseñarnos nuestra vulnerabilidad y mostrarnos que vivimos en un lugar peligroso y que quien se pone al alcance de lo asqueroso se vuelve asqueroso en sí. Es lo que los niños menores no deben saber aún para que puedan seguir ocupándose de los muertos.

Los mayores tendrían de cuidar el volumen de las risas porque incluso el sonido tiene el poder de la contaminación. El sonido, el olor, ciertas miradas.

Uno de los niños ha evitado participar en la fuga. Es alto y quizá el más fuerte del grupo, un púber ya. Él ha reparado en un cuarto cadáver que está recostado boca abajo. El chico ha buscado con los ojos hasta dar con una viga de madera. La ha arrastrado por el lodo hasta el muerto. Ha levantado la cabeza yerta del cadáver, ha metido debajo la viga, colocándola de modo tal que la boca descuajada del cadáver muerda la viga. Unas mandíbulas abiertas incrustadas en la madera a modo de trampolín y, antes de que el muchacho tome vuelo para saltar encima, el anciano cierra los ojos, intenta defenderse, quedarse

fuera, aprieta los párpados dolorosamente, pero el crujido del cráneo se le cuele por los oídos y de golpe el estómago se le desenfunda, y él comienza a echar por la boca una cascada de papilla que va a dar sobre su abrigo, las rodillas se le doblan y cae, cubriéndose la boca con ambas manos para no gritar, para llorar en silencio.

“No llegues aquí”, ruega sin voz al sentir el miedo resbalando por su espalda, el miedo a los niños, el miedo por él y por ella, “por favor, no llegues aquí”.

Cuando amanece, tanto los niños como el viejo duermen. Ellos amontonados por el frío junto a los rescoldos de la hoguera; él patiabierto, con la cabeza caída sobre el pecho donde el vómito le ha dibujado un archipiélago verdeamarillo que se le desborda hasta la cintura. Abajo, una de las niñas que respira ruidosamente, tiene una pesadilla. Se sueña pastando en un valle. Tiene que inclinarse para arrancar la hierba con los dientes, y las briznas se le deshacen en la boca como nube de azúcar. Presiente el acecho de algo, aunque cada vez que levanta la mirada sólo encuentra a otros niños como ella, pastando también.

El anciano posee su propia pesadilla, un sueño extraño donde se ve a sí mismo frente al espejo. “Difícil aceptar que una cara se tiene a los 20 y otra a los 40 y otra a los 70”, se escucha pensar como si la cita hubiera sido dicha en voz alta, pero ese anciano, que es él, mantiene en el espejo la boca cerrada. En el sueño su percepción no está en sus ojos. Él se contempla a sí mismo desde otro cuerpo, desde la cama. Se observa con una mirada de párpados leves como alas de mariposa, con ojos que no raspan, a

merced a la contemplación femeninamente paciente de la mujer que le espera allí en la cama. “Con el tiempo, sólo a través del tiempo, uno llega a tener su propia cara, a dejarle huellas, rastros”, escucha otra vez ese pensamiento amplificado que intenta defender de la decadencia al hombre que está ante el espejo y que también es él mismo, y que se acerca con lentitud al cristal azogado para ponerle al viejo reflejado un dedo sobre los labios. Entonces él ve su mano, no en el espejo sino frente al cristal, una mano sin manchas, sin venas varicosas asomando con desvergüenza, sino una mano blanca y delgada, cálida, apropiada para dignificar aquello que toque. Con esa mano, él se acaricia el rostro y, a pesar de lo que diga el espejo, de lo que le grita, él no siente acanaladuras en la carne, ninguno de esos terrenos arenosos donde el viento ha levantado infinitas y microscópicas dunas que él ve reflejadas allí, y descubre también la sensación de sus dedos de una tersura líquida y fresca como riachuelos. “Te amo”, se escucha decir trémulamente con su voz de hombre joven. “Ambos lo sabemos”, musita con dulzura su voz fina como mascada desde el cuerpo de la mujer que hoy es él también.

En la pesadilla, la niña que pastaba ha descubierto que ha tardado en reaccionar. Todavía con las briznas de pasto entre los dientes ha comenzado a correr en la misma dirección que los otros niños. Tarda en completar las zancadas porque sus piernas parecen tener ojos, pero todos los ojos de su cuerpo se le están cerrando al mismo tiempo, dejándola ciega en medio de la fuga. Siente el viento en su pelo, la humedad de la hierba en sus plantas. Sabe que los demás niños no se hallan muy lejos por delante de ella. Sin embargo, sabe también –sin necesidad de ojos para ver al dueño del campanilleo que se deja oír nítido

a su espalda como dos mandíbulas chocando entre sí- que la elegida ha sido ella.

El anciano se sueña con sus manos de uñas largas y larga cabellera pelirroja; se sueña montado a horcajadas sobre el viejo que hoy no es viejo, respirando desde arriba el grueso aliento que exhala él, un olor que poco a poco se va tornando metálico, herrumbroso, que se convierte en sabor a hojalata cuando ella le besa esa boca que empieza a aflojarse, a rodearse de pliegues. Él abre los ojos y ve sus manos en los senos de ella y sus manos otra vez se han manchado y se han llenado de nudos y de serpenteantes venas verdosas. Intenta zafarse del abrazo de ella, de las piernas que lo aprisionan, de la vagina que lo tiene cogido. Sin embargo, la mujer de pelo rojo, que también es él, no siente náuseas. Contempla el pecho deformado por la postura: las tetillas llenas de pelos blancos y resbalando hacia los costados en ese derrumbe de carnes erosionadas, y se inclina y las besa, y su cabello sobre aquella piel vieja es como una benigna llovizna, como el florecer de un bello jardín rojo que no tiene que ver con la sangre. “El placer sexual es la indulgencia máxima” –se escucha pensar el anciano en el sueño-. “El amor es la disposición para perdonar la vejez”. Pero la mujer que es hoy le pone un dedo sobre el labio superior, como si hubiera escuchado sus pensamientos, para acallar ese diccionario vejatorio. Ella resbala lentamente el dedo sobre ambos labios y termina por hundirlo en una boca que semeja ser una caverna, árida, casi fría, y adentro se encuentra con una lengua dura que parece formada de costras, una lengua seca y enflaquecida como un pedazo de cartón. “El amor no tendría mucho sentido si el asco no estuviera ahí para ser superado”, le murmura con su voz de mujer y le besa su boca de hombre.

La niña de la pesadilla se ha quedado completamente ciega en el sueño. Sabe que ya no corre porque ha desaparecido la humedad de la planta de sus pies. Tarda en advertir que está manoteando, enarcando los dedos para defenderse. Tarda aún más en reconocer que uno de sus brazos oscila inútilmente, que no tiene uñas ni dedos porque la mano que la protegía desapareció con un dolor agudo y una oleada tibia y pegajosa que desciende por su brazo.

“El adulterio canoso”, “huesos huecos llenos de maldito deseo”. El viejo que no es él está recordando ese mundo de Tournour donde la copulación no cesa, una sexualidad indecorosa que alcanza proporciones epidémicas y que lleva incluso a los esqueletos a empalmarse. Pero él mismo, desdoblado en el cuerpo de mujer, va acallando al viejo con la oscilación suave de las nalgas sobre su verga primero flácida, pero que ha ido vertebrándose. Lo va concentrando con un mero roce, lo va amordazando con el vaivén de sus senos y, echándose hacia delante, le susurra al oído: “la historia de la tolerancia hacia los cuerpos, hacia sus flaquezas, hacia sus cualidades peligrosas y contaminantes, esa es la historia del amor” y empujándose hacia atrás se hunde en la verga, y el viejo, en el sueño, y soñando se siente enguantado y enguantándose, los brazos y el abrazo, quien coge y quien se deja coger.

Cuando se escucha el ronquido estentóreo del motor y aparecen los hombres con las palas y los picos, el anciano y la niña despiertan con la entrepierna húmeda.

Luego tendrá que transcurrir mucho tiempo, sumarse una nueva fosa, un nuevo perol desbordado por el dulce, para que

el camión descargue los cadáveres, y ambos, niña y anciano, se hermanen en la búsqueda de un cuerpo.

El final

Los niños me miraron retadores, inconscientes de sus sombras menudas y de sus manos de juguete. Todo en ellos, viéndolos de cerca, resultaba inacabado, una promesa que no iba a cumplirse, y sin embargo los temblores que venían de su interior eran adultos, algo con la historia suficiente para haberse fermentado y haberse agriado.

Me observaron hasta el convencimiento de que yo no iba a disputarles el cadáver. Luego se inclinaron y comenzaron a desarroparlo. El hombre no tendría más de 40 años. Su piel era trigueña, el pelo oscuro y azules los ojos. Cuando quedó completamente desnudo, las miradas recalaron no en los diminutos orificios de bordes chamuscados en la piel de su torso sino en el collar metálico que le ceñía el cuello.

El collar era idéntico al de ellos, pero no había campanilla allí. A primera vista parecía muy pequeño, pero luego era obvio que el collar tenía el mismo tamaño de aquellos que flotaban en los cuellos de los niños más chicos y el mismo tamaño de los collares que ya se ajustaban como anillo al dedo en los cuellos casi adolescentes de los niños mayores que ya no tendrían que estar en el cementerio. Bastaba ver cómo se hundía el redondel metálico en la piel del cadáver, dividiéndole horizontalmente en dos el cuello, para adivinar el sufrimiento que soportó aquel hombre en vida. Cicatrices rugosas producidas por la fricción le trazaban allí mismo un segundo collar a modo de la huella

de un ahorcado. La prueba de que tuvo que vivir en una asfixia perenne y en el cruel saber ahogándole de que ese collar había sido diseñado para no dejarlo alcanzar edades adultas. Él lo consiguió, sin embargo, porque su anatomía se puso de su parte. Un adulto de complexión juvenil que cambió muy poco con los años, muriéndose a gotas pero sin morirse, sobreviviendo edades que le negaron en algún momento de su infancia.

Entonces el muchacho más alto y acuerpado dio la primera patada.

Punteó con saña el costado del cadáver, pero tuvo que repetir hasta tres veces el punterazo antes de que los otros le siguieran en forma mecánica; resoplando las niñas, apretando los dientes los niños, sin sacar la vista ni unos ni otros del collar.

Supongo que este arrebato no estaba previsto. No sé ni siquiera si algo de lo que siguió obedecía una pauta. Se acuclillaron alrededor del cuerpo y entre el campanilleo de sus collares (luciérnagas de sonido, enjambre de langosta) comenzaron a arrancarle los pelos al cadáver. Fue como si desyerbaran un terreno árido, jalándole los pelos de los muslos, de los brazos, del pecho, de la entrepierna, de la base de la verga. La piel del cadáver se deformaba con el tirón antes de ceder e irse desnudando en su desnudez. Al final sólo quedaron en el cuerpo el cabello y las cejas.

Por un momento, los niños parecieron dudar. Una de las niñas incluso se irguió, se dio la vuelta, comenzó a alejarse. Los otros la miraron hasta que la vieron llegar al perol y sólo entonces fueron detrás.

El que se quedó junto al cadáver era un niño ojeroso de seis o siete años. Él se hincó, empujó el brazo al cadáver para unírsele al cuerpo y después, levantando trabajosamente el costado del hombre, le introdujo la mano yerta bajo las nalgas. Hizo lo mismo en el costado opuesto, y cuando llegaron los demás, el cadáver parecía no tener manos, un par de muñones inofensivos.

Empezaron sin inspiración, resistiéndose; uno a uno, niñas y niños, se acercaban al hombre y con la palma de su mano ensopada de dulce fueron estampándole su huella en algún sitio de la piel. Le tejieron, esa era la impresión, una mortaja de caricias, como si lo hubieran vestido de nuevo, florecido el muerto con esas corolas pardas de cinco pétalos que lo cubrían desde los pies hasta el collar rojo del cuello.

Debo pensar que cada niño y cada niña mantuvieron la vista fija en la huella de su mano, y que cuando se acercaron de nuevo al cadáver supieron respetarse. Llegaron hasta la piel, hincados y echados al frente usando sólo la boca, como si fueran a besarle.

Lo demás lo vi poco, en fragmentos, jaloneado por segundas miradas. Fue como cuando tiraban de los pelos del cadáver pero ahora de manera amplificada. La piel se deformaba hasta que la carne cedía sin ruido. Eso fue lo peor: el silencio con que el cuerpo se abrió. Los niños menores masticaban sin la repugnancia o el placer que producía en los mayores el morder largamente los trozos arrancados únicamente para terminar escupiendo una masa membranosa y húmeda. Los mayores se arqueaban por el asco, perturbados, y, cuando escupían la carne, se arrebataban por una euforia que los llevaba a patearla y a pisarla

igual que si estuviera viva aún. Los menores se sorprendieron y luego imitaron.

¿Qué puedo decir? Como antes lo limpiaron de los vellos que le cubrían el cuerpo, esta vez lo dejaron leproosamente convertido en un mapa de redondeles en carne viva que no sangraban. Lo único intacto fue el collar rojo, metálico e imposible de arrancar de otro modo que no fuera liberando al muerto de su cabeza.

Fue cuando los niños se volvieron hacia mí. No era súplica lo que había en sus ojos, era algo más amargo y fermentado, una obligatoria complicidad, y yo comencé a pensar en la asfixia perenne, en el tormento que ese pedazo de metal impuso al hombre. Lo pensaba para ayudarme preocupado a la vez por la imagen absurda, por la incredulidad de que fuera posible decapitar a alguien con seis balas.

La historia

Horas antes, desde mediodía, se condensa en el cementerio una atmósfera de espera. El viejo ha terminado por arrojar el pico a través del agujero de la letrina, cansado de topar con él cada vez que extendía una pierna o balanceaba el brazo para evitar el entumecimiento. El pico se hundió en la oscuridad y allá abajo produjo un ruido gorgoteante como el que ahora brota de su estómago. Tiene hambre, la boca reseca, le duele la mano porque apenas se descuida se sorprende empuñando la pistola. La hace a un lado de nuevo, se inclina y mira por la hendidura. Allá afuera la intranquilidad es mayor. Los niños y las niñas caminan sin sentido frente a las barracas, desplazándose en medios círculos, en zigzagues abruptos, yendo y viniendo dentro del lodazal.

El viejo no entiende cómo pueden soportar la fetidez. Una leve ráfaga de viento basta para traerle hasta acá arriba el olor dulzón que lo descompone por completo en la náusea. El hedor proviene de las islas blancas que se derraman por el terreno, pero también de los cadáveres descubiertos que se pudren al sol.

Esos muertos se extienden tras las barracas en una larga hilera. Son los cadáveres sin manos. Cuerpos cortos y angostos como los de ellos. Las niñas y los niños los entresacan de los otros muertos y los arrastran en dirección contraria a las fosas. Allí les enguantan los muñones con pedazos de tela. Todos muertos infantiles que se descomponen a la intemperie.

Este día en que llegan los hombres vestidos con deslastrados pantalones de peto y caminan en fila cargando palas y picos, los niños, contra la costumbre o la regla implícita de sustraerse, permanecen fuera de las barracas. Es en la reacción de los hombres corpulentos y torvos donde halla el viejo al fin la asociación que ha estado buscando desde el primer campanileo de ayer: leprosos. Los hombres les tienen miedo a los niños. Ahora sabe por qué nunca saldrán del cementerio, por qué no cruzarán las edades que ensanchan los cuellos. Distanciarlos de los hombres, mantenerlos a favor del viento, no ir por caminos estrechos, no tocar a nadie, asir una campana y hacerla sonar para anunciar su cercanía. Desterrados del mundo.

Los hombres escuchan el tintineo y seguramente sufren un miedo antiguo que no comprenden. Volviéndose por sobre sus hombros y lanzando miradas esquinadas, palean lejos de las barracas, fuera de los sitios habituales y abren apenas,

frenéticamente, un simulacro de fosa. Luego viene el camión mientras ellos se precipitan sin orden por donde vinieron.

Los niños y el anciano lo descubren al mismo tiempo. Lo ven cuando el camión vuelca la carga de muertos. Es un fulgor rojo como una explosión de sangre. El viejo comienza a llorar. Se desplomaría como el saco de amarres sueltos que cree ser, pero los niños están empezando a correr. Él se gira, coge la pistola y empuja la puerta de la letrina. Los niños ven bajar algo que es un alarido, brazos extendidos como de espantapájaros y la boca de la pistola que oscila ante cada uno de ellos sin detenerse.

–No la toquen.

Él jadea. Las lágrimas le enturbian los rostros que tiene enfrente y que le hacen pensar en un tipo de vejez que no había advertido antes. Están a un par de metros de seres humanos más viejos que él.

El mayor de los niños, el más largo y acuerpado, se vuelve con un dejo de repugnancia hacia el collar rojo que estrecha horriblemente el cuello de uno de los cadáveres. El anciano se vuelve a su vez y descubre, sobresaliendo como una flor, la cabellera pelirroja que buscó por días entre los vivos.

–No la toquen –grita.

El final

Era el que estaba matando niños. Y niñas. Y les cortaba las manos. El hombre del collar. Cuando el viejo dejó de gritar y se

acostó con la mujer, nosotros cogimos la pistola. El viejo nos vio con ojos llorosos.

–Yo sé que no lo entienden, pero si de verdad él los estaba matando era para salvarlos.

Eso dijo. Que mataba niñas y niños para salvarlos. Nosotros no le hicimos caso porque ahora teníamos la pistola y podíamos separarle la cabeza del collar.

Estoy rezando por tu salvación

No sé cuál es la tumba de la abuela. “Wife”, “wife”, “wife”, se repiten en este cementerio los epitafios de épocas poco memorables para la mujer. Bastaría con un “Alice”, o con este “Rosella Ishler” de lápida abarquinada, hundiéndose como barco, o “Myra”.

–Myra no murió sola, abuelo.

La primera vez, mi primera vez en Estados Unidos, la primera vez que acudí a un cumpleaños del abuelo, me encontré con

una casa llena de comida. Supuse que era parte del festejo, una excentricidad de soperas, charolas, decenas de platos ocupando la superficie de cada mueble. Pero luego vi que también había comida en las vitrinas y en parte del suelo. Mis parientes se movían con una gravedad ridícula rodeando los platos para ni pisarlos y contemplando las tajadas de col, el maíz en aceite, la variedad de guisos que combinaban embutidos y papas, frutas secas, semillas, largas barras de pan negro. Contemplando la comida sin llevársela a la boca.

Ahora sé, y por eso pienso que seguramente desde esa conmemoración hubo una pieza de pastel aparentemente similar a cualquier otra o acaso rebanadas de un queso ordinario que conectaba con la tragedia del 17 de agosto de 1943. Alguna comida que a su modo la resumía y la conjuraba.

Yo no supe ver, no sabía por aquel entonces que las excentricidades en el onomástico del abuelo no eran sino pretexto para montar el escenario donde una historia que él era incapaz de representarse quizá podría encontrar el modo de volver.

Tenía yo 24 años, se trataba de mi primer viaje a los Estados Unidos, estaba descubriendo que “Fleming” no era un apellido angosto dedicado a mi madre y a mí, y acababa de entrar en el sótano junto con toda mi familia recién descubierta donde el abuelo había colocado tantas botellas vacías, recostadas unas sobre otras hasta tocar el techo, como para demostrarle a toda su gente, a todos nosotros, a toda la sangre de su sangre, cuánto alcohol se necesita en ocasiones para continuar vivo.

Tardé dos inviernos más para convencerme de que realmente lo que me esperaba en casa del abuelo cada cumpleaños era su vida, siempre su vida armada como un distinto rompecabezas.

Por mis primos me enteré de que una de las primeras celebraciones fue un museo de olores. Aromas que por alguna razón se quedaron con él en sus entonces 78 años de vida. Supe que también hubo una tentativa musical para resumirse. Creo que fue al cumplir los 80. Que desde bajar de los autos oyeron los sonidos que escapaban de la casona a través de las paredes y que cuando cruzaron el umbral descubrieron la planta baja desbordada con discos de acetato y fonógrafos venidos desde tiempos previos a mi madre. La planta alta, me cuentan mis primos, era la variante de un mismo llanto reproduciéndose desde distintas habitaciones en ritmos celtas y en cantos gregorianos y en un tristísimo blues.

No fue sino hasta recibir por tercer año consecutivo el sobre azul remitido desde Pensylvania y pretender en vano convencer a mi madre (a Natalia, porque ella renunció con el “Natalie” a su piel blanca, a sus ojos verdes y a su origen anglosajón), intentar persuadirla de ir juntos por esta vez, sólo por esta vez (ella rompió su boleto sin prisa pero sin goce tampoco); no fue sino hasta volar de la ciudad de México a Nueva York y luego llegar en autobús a State College, atravesar el campus de Penn State con la bolsa a la espalda y con el renovado asombro por el olor a nogal que se desprendía del césped, recorrer Fairmount Avenue hasta el 140 y empujar la puerta cargando una estúpida caja envuelta en papel metálico que contenía el reloj de arena, cuando intuí que el abuelo nos reunía cada 14 de abril para obligarnos a hacer

turismo no por toda su biografía, sino por un único momento de su vida.

Aquella vez la casa era un hospital. El abuelo, o mejor dicho la gente que le ayudaba, montó un espectáculo de la enfermedad humana, de su enfermedad. Las radiografías estaban adheridas a los vidrios de las ventanas para aprovechar la visibilidad a trasluz y los muros se hallaban empapelados con centenares de recetas opacadas por el tiempo; había un par de muletas que narraban episodios de fracturas, y los anteojos dispersos en la mesa invitaban a seguir el proceso de una miopía.

Muchas de mis tías no ocultaban su repugnancia. No sólo era por el espectáculo morboso de esta aventura por los males de un cuerpo. En aquel entonces ya también había entendido de qué iba esto para mis parientes.

La familia estaba como cada año recorriendo el nuevo capricho del abuelo con un interés forzado. Flemings que venían de Georgia, de Santa Bárbara, de Carolina del Sur, de Nebraska, unidos menos por la sangre que por la certeza de una herencia. Desdoblaban, miraban y devolvían los informes médicos a los sobres sin apenas leerlos como quien suma puntos.

El itinerario por las enfermedades del abuelo desembocó en la cocina donde los muebles fueron cubiertos con tubos de pomadas, cajas que contenían láminas de comprimidos a veces indemnes (¿rebeldía?, ¿indicio de afecciones que cesaban de pronto y en paz?), botellas de jarabe que hablaban de la propensión a un mal de garganta. Yo encontré frascos sin inscripción

ocupando una gaveta completa bajo el fregadero y desensqué la tapa de uno pensando torpemente encontrar en el interior el residuo de algún aroma que me narrara la causa de tal desmesura de químicos. Lo que encontré fue la inscripción rotulada en el fondo blanco de la tapa: “University Park Hospital”.

–Quisieron cambiar el nombre del pueblo –me respondió irritada mamá días después. Todo tuvo que llamarse University Park a partir de 1950 por culpa de la maldita universidad de Penn State y el manicomio no fue la excepción... De ahí salieron los frascos... Una camisa de fuerza hecha con fármacos para que tu abuelo se dejara en paz.

Hoy es nuevamente fecha de cumpleaños. Mi octavo (y último) regreso a los Estados Unidos a pesar de la incompreensión de mi esposa y la tristeza de mi hija. Sin embargo hoy, todavía hoy, no he podido llegar a la casona del abuelo quizá para acabar de una buena vez con esto.

Llegué a Nueva York por la mañana, vine conduciendo el Saturn que renté en el aeropuerto Kennedy por todas las desviaciones que me sacaran de la ruta, me detuve en un pueblo llamado Bellofonte sin saber que necesitaría cuatro cervezas y esa frase garabateada en el mosaico del baño: “I’m praying for your salvation”, para recordar y para ir al cementerio en busca de una abuela de la que mamá dice ni siquiera recordar su nombre –¿Alicia? ¿Rosella? ¿Isher?–, y finalmente he llegado a la ciudad del abuelo, a las orillas de la universidad de Penn State, a seis calles de Fairmount Avenue.

He descendido del auto desde entonces muchas veces, cada 15 minutos. Lo hago para echar una moneda en el parquímetro. Luego vuelvo al auto y me distraigo adrede con la gente que se diluye tras el parabrisas por causa de la lluvia. No sé si podré soportar esta vez el círculo de recuerdos que habrá trazado el abuelo alrededor de la noche aquella de agosto 17 en que mi madre perdió a su madre.

Cuando descubrí que el abuelo no hacía sino relatarnos un mismo pasaje de su existencia, pero mudando y mudando de perspectiva, yo pensé que podría ayudarlo. Creí que bastaba una conversación, ayudarnos con las palabras, pedirle que fuera sincero conmigo o que si no existía camino directo en su memoria, me narrara, no sé, sus sueños, porque también en los sueños cabe una biografía, o que me hablara de las promesas que nunca cumplió, o las preguntas que inevitablemente modelan el misterio que cada quien hace de su vida, o que enlistara palabras, así de simple, un vocabulario que embonando significados acabara tejiendo un enorme rostro sobre su rostro, la huella digital con que él se hizo del mundo un mundo trágico, no sé.

Fue hace un año, en 1991. Increíble lo que puede pasarle a una vida en un año. Llegué con la estúpida certeza de que las biografías se arman a voluntad, que es pura cuestión de resoluciones y determinación, y que yo estaba listo para participar en el juego –todavía lo suponía un juego–, pero me encontré con la casona sin cuadros en los muros, sin cortinas, sin un mueble y sin una sola alfombra. El abuelo estaba sentado en su silla de ruedas en medio de nada, enmarcado por el rectángulo de luz que entraba por el ventanal, y él se hallaba completamente desnudo.

–¡Miren mis cicatrices! –gritaba mostrando sus carnes colgantes, pero ninguno de los tíos se le aproximaba.

–¡Léanme! –chillaba, y sus ojos negríssimos parecían boquear como pescados a orillas de algo que tendría que ser su salvación.

La biografía del abuelo nunca tuvo un centro. Fue lo que entendí. Cada año inventaba él una nueva forma de organizar su memoria como un cazador cambia los cebos y las trampas. Provocar al azar para que le pusiera al alcance aquello que lo eludía, probabilizar un accidente afortunado que le revelara una verdad.

Fui ingenuo al suponer que ningún otro Fleming estaba al tanto del ritual. Los desestimé. Más de uno veía en aquellas veladas un duelo interminable, insano y humillante, al cual había que someterse para pasar después al comedor y a una ubicación siempre más nítida en el testamento.

A mí me bastó, sin embargo, ver al abuelo ese año estacionado junto a la chimenea, con el tic que le había convertido la mano en un péndulo absurdo, en una caricia que se perdía involuntariamente en el vacío, para saber que el abuelo nos necesitaba, que él nos traía y nos soltaba dentro de su vida cada abril para que le mostráramos una salida. Ratas en una casa que se incendia buscando juntos un punto de fuga.

Sucedió, pues, el año pasado. Si la planta baja estaba desnuda, la planta alta de la casa, por el contrario, parecía contener los objetos que flotarían en la superficie del mar luego de una tormenta. Deformados zapatos con suela de madera, sombreros

de ala ancha, un caballo mecedora pesado y rústico. Yo caminaba con cuidado para no tropezar con esas ruinas que habían sido arrojadas por la borda de una vida. Miraba las corbatas, un par de relojes de cadena, una leontina, como si fueran otra cosa, un lenguaje extraño que yo tenía que traducir o una serie de dígitos que producirían sentido si yo descubría una fórmula para sumarlos. Me asombró lo que ese contexto híbrido hizo con el reloj de arena que hacía apenas unos años yo le di como regalo. El reloj parecía tan disparatado como las mancuernillas de marfil y la enorme máquina de escribir de teclas redondas y rodillo metálico. Supuse que todos mis parientes estarían desconociendo igual los obsequios que alguna vez llevaron a la casa. Una memoria del afecto, de lo que otros han pensado merecedor de ti, digno de ti.

Tuvimos que llegar mis tíos, mis primos y yo a la mesa donde el abuelo ya estaba vestido y aplastado por la indiferencia, a la mesa del comedor donde la celebración de los cumpleaños tomaba un cauce normal (tuve que llegar hasta la tercera copa de vino), antes que me atreviera a empujar la silla, me levantara y volviera al living para repasar unos dibujos infantiles que había visto de pasada allí.

Los papeles amarilleados por el tiempo estaban sobre decenas de libros y mostraban dibujos infantiles: un elefante, una constelación de lunas rosadas en una hoja doblada en cuatro, el contorno multicolor de una mano pequeña en un pedazo de cartoncillo. Al pie de cada uno de esos dibujos descubrí una serie de rayones que en realidad eran un nombre escrito temblorosa y disléxicamente “Natali3”, y debajo, con bella y minúscula caligrafía, las fechas:

“14 de abril de 1941”, “14 de abril de 1942”, “14 de abril de 1943”. Después de esta fecha última, ya no hubo más dibujos aunque yo hojeé todos los libros y todos los cuadernos que se libraron del naufragio de la vida del abuelo. No más dibujos, no más fechas, no más regalos de mi madre.

1991. Hace un año. Recuerdo que llamé a mi esposa desde el aeropuerto, pero terminamos gritándonos y acabó colgándome el teléfono. Recuerdo que tomé un taxi, di la dirección de mi madre, entré en su departamento sin encender la luz. Dejé la maleta junto al sillón y fui por el álbum fotográfico que llevaba años en la parte alta del ropero. Las fotografías iluminadas por el tenue resplandor que venía de la calle, me ofrecieron una memoria menos críptica que las del abuelo. Le reconocí en el hombre de barba y cara rocosa que, por la perspectiva, opacaba la casa que él tenía detrás y que yo acababa de abandonar hacía ocho horas, a cincuenta años de distancia. El abuelo era entonces una montaña de hombre vestido de frac. La niña que se enroscaba en su gruesa pierna tendría que ser mi madre, y quien los miraba, quien había tomado la fotografía, no podía ser de otro modo, era la abuela.

–¿¡Que pasó con ustedes?! –le grité a mamá apenas abrió la puerta del departamento.

Ella se asustó pero no gritó, se quedó parada en la puerta sin poder verme, luego dejó su bolso y su abrigo y fue a sentarse al sofá.

–No, no –me dijo cuando intenté accionar el interruptor de la lámpara.

La lluvia es más fuerte ahora. Con el atardecer advierto que los faros del Saturn están encendidos y que han comenzado a iluminar la esquina de Allen Street por donde yo debería doblar, recorrer cinco calles, doblar de nuevo y estacionar el auto justo frente a la casona. ¿Y para qué? ¿Qué le puedo decir al abuelo? ¿Qué nadie puede recordar lo que no vio? ¿Qué hay historias que parecen suceder para sí mismas? ¿Qué no sirve de nada regresar a un instante del pasado, si no habrá modo de ponerse de pie para cambiar la historia? Ese 17 de agosto es una especie de ataúd que sólo guarda espacio para tres personas: un hombre, una niña que hace muchísimos años recién acaba de despertar y una mujer con una soga al cuello.

Mamá me dijo que, cuando salió de la recámara aquella mañana, su madre estaba pendiendo de la viga pero aún se movía, y que su papá, el abuelo, estaba desplomado entre los sillones y las botellas.

Intento no mirar y sin embargo, cada vez que los limpiadores sacan el agua del parabrisas, reaparece una frase no sé si de verdad escrita en la pared que alumbran los faros o en mi memoria “I’m praying for your salvation”, “I’m praying for your salvation”, “I’m praying for you”.

Mamá me dijo que por más que gritó abrazándose a las piernas de su madre e intentando sostenerla en vilo para ayudarla a respirar, el abuelo no recobró la conciencia.

Ángeles

Con los ángeles cobra sentido aquella imagen del par de trenes moviéndose en direcciones opuestas, convergiendo por segundos en el mismo túnel y la misma asfixia. Nos cruzamos. Se podrán decir cosas absurdas de su tiempo como ridículos les parecerán a ellos los cursos de nuestras manecillas y nuestros calendarios, nuestros acumulamientos. Ellos, los ángeles, viajan hacia atrás: rumbo a nuestra juventud y los años perdidos de la infancia. No son, sin embargo, las criaturas inofensivas de los filmes que se proyectan en reversa en el cine Cosmos, como *matiné* durante la mañana de los sábados. No se

limitan a desandar, a desatender, a desvivir. No son seres sin consecuencia.

Aparecen por vez primera en las pesadillas de algunos ancianos. Les previenen del mal sueño obligándolos a salir de la cobija para regresar a la calle. A eso se dedican noche con noche: sacudirlos, echarlos de la cama, encenderles el televisor, ponerlos en la mecedora, forzarlos a devolver a puñados el Valium, los comprimidos de diazepam o lo que se hayan tragado esta vez.

El ángel de manos gruesas y ojos luminosos, por ejemplo, es guarda de una anciana de asilo, de un velador, de un poeta quien sólo ha aprendido a llorar en imágenes de familia: una telaraña metafórica entre padres e hijos. El poeta suele balancearse sobre las nalgas desnudas, en el piso áspero del corredor, hasta que el ángel le obliga a empuñar la pluma, apoyarla en la hoja y moverla con bello trazo de derecha a izquierda, recogiendo cada una de las letras de la palabra *condena* o *herencia* o el significante para “relevo” que haya usado esta vez. Con la anciana es suficiente llevar la orina del colchón a la bata y de la bata a la entrepierna hasta restituir la sequedad.

El sacrificio es visible: con el tiempo el ángel deja de ser etéreo. Muestra ahora una cicatriz en la mejilla y se ha llenado de vello blanco y grueso. Por el contrario, la mujer ve desaparecer de sus piernas las costuras verdosas de arterias y el velador recobra uno a uno sus dientes.

En algún “hoy”, el ángel acaba de quitarle a ella una navaja. Ella lloraba cuando él la forzó a envolverla de nuevo, ponerla otra

vez en el segundo cajón de la cómoda y reintegrarla después al bolsillo de su esposo.

Y sin embargo, hay días benignos en que ellos parecen vivir sin su ángel. El velador se ha vuelto policía, el poeta está acariciando el vientre hinchado de su esposa, la mujer antes anciana abrió las piernas y dejó entrar a un muchacho torpe pero bello.

Es falsa la independencia. Ellos están eternamente a su cuidado y, sin embargo, como si no bastara, el ángel ha empezado a recoger a otros. A la joven rubia le restituyó la sangre que ensuciaba las cortinas y las paredes del lavabo, le recompuso las muñecas, le ayudó a borrar una nota de todos modos ilegible porque ella había decidido omitirlo a él, su ángel. Al muchacho de treinta y seis años le extrajo la bala de la nuca.

El ángel los acompaña y los preserva cobrando cada vez mayor visibilidad. Ahora tiene un olor inconfundible a madera mojada, uno de sus dedos carece de uña; en un verso del novel poeta se ha logrado la afortunada evocación de una mano posada en la nuca.

Guardar es una labor que termina por tornarse agotadora, incluso para ángeles. El monótono ritual de adelgazar los llantos y los gritos, y devolverles a sus ahora cinco infantes la expresión seca y muerta de los peces –unos ojos redondos y opacos, asfixiados por el cristal–, empuja al sacrificio último.

Hace un par de días tocó el turno a la niña rubia. Hoy le corresponde al muchacho del balazo, devuelto a una infancia

interrumpida con sedantes y largas sesiones de preguntas que no entiende. Sucede parecido con cada uno. Hay un hospital y de pronto el hospital no existe más, y este niño de suéter azul, pantalón corto y botines con las puntas encharoladas se descubre en una sala familiar pero desierta. La deformidad que muestra el ángel es la prueba de la inmólación. Está boqueando y las grietas de su frente son como un segundo par de ojos, tiene amoratado el labio inferior y el olor que se escapa del cuello es duro como lija. El ángel abraza al niño para ayudarle con las arcadas y los pataleos, lo estrecha contra sí a pesar del manotazo que acaba de herirle la mejilla. Le murmura algo al oído como a la niña rubia, le sujeta de la nuca con su mano gigantesca como al niño que después será poeta, y poco a poco va haciendo que la sangre retorne a la entrepierna. Entonces el ángel se empuja una última vez y extrae algo sólido y pasmoso, como una estaca, que atravesaba al niño.

Después este niño y ese otro que habrá de escribir decenas de libros sin escaparse del silencio se van calmando. Este niño y el futuro policía recobran progresivamente el color. Este niño y quien fue una mujer vieja, luego adulta, luego esta niña tímida de mentón dividido, ensayan una sonrisa.

Cada niño y cada niña ponen luego la mano dentro de la mano del ángel y echan a andar por las calles de la ciudad ante veintenas de personas que no atinan a maravillarse de porqué criaturas tan pequeñas necesiten de ese ángel enorme que las guarde.

La última vez que se encuentran, los niños pasan la mirada sobre su ángel sin agradecimiento, sin reconocerlo, a no ser por

quien dentro de treinta años habrá de pegarse un tiro en la nuca y ahora esté con el ángel, en el asiento de junto, mordiendo una paleta. Los otros niños juegan con una reata, con las canicas. El ángel, a su vez, los observa desde el auto, sin bajar el vidrio, con una expresión que recuerda el gesto muerto de los peces. Los ojos opacos y áridos de la condena, la herencia, el legado o el vocablo que haya usado esta vez el poeta para llenar la hoja y para terminar balanceándose desnudo, en el suelo áspero del corredor, sin terminar nunca este escrito.

¿Cómo defenderse, hijo, de alguien que te ama?

–Una viga humedecida –escucho decir a mamá desde su habitación y yo traduzco en voz muy baja: “adorado mío”, y pienso, también, que ella está mirando el techo.

–¿Tragaluz cubierto por el polvo y por las hojas? –dice ella ahora y yo, sin decidirlo, involuntariamente, interpreto lo que papá puede entender en esa frase: “¿me amas, cariño, me sigues amando?” o algo así, y sé que mamá continúa con los ojos vueltos hacia arriba, y entonces, al menos por el momento, no hay peligro de que llegue a la puerta o a la ventana.

Yo sujeto la perilla de la radio, aunque a veces quisiera soltarla y murmurar sin tono dramático: “acaba de estallar una mina”, porque de verdad acaba de estallar una mina.

Luego de la explosión leve que me ensordece un poco, escucho a mamá gritar desde su pieza.

–Estoy bien.

Lo grita por segunda vez, por tercera vez, cada vez más alto.

–Estoy bien –responde al fin papá con voz apagada desde la recámara que fue de la abuela.

Papá se demoró en la respuesta. Quizá se hallaba dormido... aunque la explosión vino por sus rumbos. Quizá el zumbar de sus oídos le impidió escucharla antes.

–Estamos bien –contesto yo precipitadamente por mi hermana y por mí desde nuestra habitación compartida, y prefiero coger de nuevo la perilla de la vieja radio porque mis palabras no sonaron neutras.

“Acaba de estallar una mina, acaba de estallar una mina”.

¿Se puede decir eso sin tono? ¿Sin drama?

Prefiero asir el botón metálico y girarlo hacia la izquierda para oírme murmurar:

–Vamos a explotar como se abre el botón de una flor.

O girarla más aún hasta que la aguja llegue al tope del radial.

–Vamos a explotar igual que el sapo tonto que atraviesa a saltos la autopista. “Cuidado con el qué? ¿Cuidado con... ¡Pluag!”

Así está mejor.

Aquí sentado, sobre el tapete de flecos rojos, justo en medio de la recámara, veo la puerta de la pieza de mamá, sesgadamente la puerta donde está papá. Giro la cabeza sobre mi hombro y, detrás de mí, veo a mi hermana recostada en la litera alta. Es inevitable advertir que nuestra pieza se está quedando vacía. Ya no hay lámparas, los cajones se han quedado sin ropa, el baúl de los juguetes guarda un último muñeco de peluche: una cebra de crines negras y rayas rojas como arañazos.

Mamá se ha callado. No está bien que guarde silencio. Uno sólo deja de hablar si te besan, si te cosen los labios con hilo y aguja, si descubres que tienes una mina en la lengua justo antes de que te estalle la cabeza... Uno sólo deja de hablar si no encuentras nada por decir... nada para decir.

No tengo que ver a mamá para saber que está moviéndose dentro de su pieza con los brazos caídos y los ojos muy abiertos buscando un objeto que no haya usado antes. Debe de estar repasando el tocador y el ropero, los cobertores, las fundas de las almohadas, las figurillas del mueble esquinero; ha de estarse reflejando en el péndulo inmóvil del reloj de pared mientras resbala la mirada

por las reproducciones que cubren el muro y por las fotografías que resguarda el vidrio de la cómoda. Tendrá que estar contemplando las placas metálicas que celebran sus cincuenta representaciones en *Las burguesas de la calle Mayor*, aquí en Cartagena, o por sus cinco años en *O Marinheiro*, “con el colectivo teatral más prestigioso de Colombia” –presumía mamá– “Matacandelas”.

Estará buscando otra vez entre sus retratos y en su álbum de recortes periodísticos donde CLARISA SANTAFÉ aparece siempre en mayúsculas y subrayado, sabiendo sin embargo que no puede recurrir a todos esos objetos que ha repasado y usado antes, porque ya pronunció sus nombres una vez y esa es una de las reglas más estrictas del ejercicio.

–¡Mamá...! –le grito.

–Un olor a carne quemada –le oigo decir ignorándome.

Yo traduzco otra vez sin proponérmelo: “necesito tus brazos”, y sé que mamá se está acercando a la ventana, que acaso las cortinas no estarán corridas como he querido imaginar, sino abiertas de par en par hacia la plaza, y algún armazón se habrá quedado suelto por donde se cuele el olor a muerto.

Me paso los dedos, como una caricia, por la planta de los pies buscando alguna protuberancia, un redondel duro bajo la piel que ayer no hubiera estado, mientras acepto que de nada sirve pensar en el piso inferior de la casa donde se quedaron muchos de los objetos que le ayudarían ahora a mamá a continuar poniéndole palabras a su amor por mi padre.

Cierro los ojos. Tomo aire por la boca. Me levanto sin apoyar las manos. Cuando estoy de pie compruebo que nada ha sucedido, que nada me ha sucedido, y rodeo la antigua radio. Es más fácil rodearla que dar un paso por encima. La radio es un cajón amplio de épocas de la abuela, con un remate curvo y además está la antena. He recogido el tapete de flecos rojos y camino muy despacio hasta el baúl de los juguetes; muy despacio aunque ahora ya no debo cuidarme más del suelo. Me muevo con los brazos separados y con las piernas arqueadas por si las protuberancias estuvieran allí, entre mis piernas, en el costado de mis brazos. Mejor que mi piel no roce mi piel. Desde el vano de nuestra pieza arrojo el tapete enrollado y también lanzo el último muñeco de peluche a la recámara de mi madre.

–Todas las rayas de la cebra –le escucho decir casi al instante.

–Los ojos de vidrio y el peluche suave –continúa luego de una pausa.

Y sé que ahora puedo volver a mi radio.

De camino al centro de la pieza, mi hermana me observa. Tiene las cobijas echadas hasta la barbilla. Pienso que tendrá frío.

–¿Tienes frío? –le pregunto.

Ella no se ha movido de allí desde que supo que yo ya no podía tocarla. No tocarnos, ni yo a ella ni ella a mí ni nosotros a mis papás, para que no nos pase lo que a la abuela. Mi hermana prefirió recostarse y me imagino que cada vez que se despierta tiene

que usar una de sus manos y revisarse con mucho cuidado para comprobar que sus brazos y sus piernas siguen allí.

Lo mejor sería permanecer de pie sobre el diámetro reducido de las plantas de los pies, pero es cansado. Yo me siento. Creo que de este modo hay menos riesgo que acostándose. Yo tengo apoyado el culo en la duela, a veces los talones, a veces la planta completa de los pies, a veces los tobillos y la parte exterior de las pantorrillas si doblo las piernas en posición de loto, pero así y todo, lo demás permanece al aire, intocado, a salvo, mi espalda, mi cabeza, mi pecho, mis brazos, excepto mis dedos de la mano derecha que siempre vuelven a la perilla.

–No estés triste, eso le digo a mi hermana, no sé cuántas veces se lo he repetido antes; mira que la radio nos ayuda.

También se lo he reiterado pero ella parece no entender lo de los tonos.

Mi mamá me lo enseñó cuando estalló la primera mina dentro de la ciudad. La víctima fue un vecino sin parentesco con nosotros y sin más historia común que vernos y saludarnos de vez en cuando, pero la forma repentina en que perdió las piernas al pisar un adoquín en apariencia similar a cualquier otro y se desplomó en la calle igual que un árbol aserrado, nos lo volvió íntimo, como próximo se vuelve siempre el primer cadáver.

Mi miedo no necesitó de los muertos que irían acumulándose después con los estallidos cada vez más frecuentes que comenzaron a dejarse escuchar en la plaza de Santo Domingo. Yo tuve

con el primer muerto, porque nuestro vecino se desangró allí mismo donde se quedó sin piernas.

Fue cuando mi mamá me ayudó. Ella estaba aterrada como todos. Yo podía notarlo cuando salía de la casa para ir por habas, verduras y alguna fruta. Mamá se demoraba una eternidad en dar un paso allá afuera. Yo la veía por la ventana. Ella vacilaba y vacilaba, y terminaba por preferir ir metiendo sus zapatillas rojas en los agujeros de las minas que ya habían estallado para alcanzar la tienda.

Ella me habrá visto mal, demasiado enfermo con mis pesadillas y luego mojando otra vez la cama igual que un niño.

–Ninguna cosa que nos sucede es buena o mala en sí. Nada tiene en sí mismo un tono dramático –me dijo mi madre atrayendo la radio de la abuela hacia ella.

–Las personas somos quienes cargamos de drama un acontecimiento. Mira la radio, me dijo y, como yo continuaba viéndola a ella, me cogió por el mentón y me ladeó la cabeza; ¿miras el extremo derecho del cuadrante?, dijo ella señalándolo, ¿lo miras?... Bueno, imagina que esa es la posición de la tragedia.

Luego apuntó con un dedo hacia el extremo opuesto del cuadrante donde estaban rotuladas las frecuencias más bajas.

–El extremo izquierdo, por el contrario, es el área de la comedia... La gran enseñanza que te doy viene del teatro. Es una enseñanza que el teatro le ha regalado a nuestra vida. La

enseñanza es que nosotros pulsamos la perilla de nuestros afectos –y ella cogió la perilla de la radio.

–¿Ves la aguja?... Basta con desplazarnos hacia la izquierda con ella para que cualquier suceso que estamos viviendo, digamos, la muerte de alguien muy querido, por ejemplo yo, se convierta en una fiesta... ¿Me entiendes?... A nosotros no nos toca decidir lo que nos depara el destino sino lo que hacemos con ello... nos toca decidir si sufrimos o gozamos los percances de la existencia.

Me vuelvo otra vez por sobre mi hombro. Mi hermana no se ha movido.

–¿Quieres que te cuente otra vez lo de la abuela para que veas que no hay nada de qué estar triste? –le pregunto, cojo el botón de la radio, la giro hasta dejar la aguja casi en el centro del cuadrante.

No espero su respuesta.

Mamá también me lo dijo: “no esperes que la gente te pida lo que necesita”.

–Melodrama, empiezo entonces, la abuela Bárbara enfermó de pronto. Advertimos que algo no estaba bien cuando a la hora de la comida levantaba el rostro, nos preguntaba por tercera vez: *¿y cómo les fue en el colegio?*, (por tercera vez, cuando ya le habíamos dicho bien un par de veces en los últimos cinco minutos, bien, abuela; bien, abuela; bien, abuela... ¿Te acuerdas?),

pero ella pareció no escucharnos como tú pareces no escucharme, y la abuela permaneció sujetando la cuchara llena de ajiaco, sin sorber, porque de pronto olvidó que estaba comiendo. Tenía la mano en alto, el caldo humeante, muy cerca de la boca, pero había olvidado su hambre, hasta que sus ojos toparon con la cuchara y se sorprendió por hallarla tan cerca, goteando sobre el mantel, y entonces, por causa de sus sustos, la cuchara salió girando por encima de nuestras cabezas y todos nos enjugamos discretamente con la servilleta para no ofender a la abuela con nuestra piedad.

Muevo la perilla de la radio hacia el borde izquierdo hasta donde la aguja no se desplaza más. Mi hermana no reacciona pero me deja continuar cuando en otros instantes me habría llamado a gritos.

—Comedia, prosigo, papá envidiaba a la abuela. Ella se sentaba en la cocina y leía el periódico, una, dos, cuatro, siete veces, sin darse cuenta de que ya lo había leído. Empezaba por la primera hoja acentuando fuerte y con una voz que alcanzaba para desbaratarnos el sueño en las piezas de la planta alta: *Estalló mina contra bus escolar en la vereda de Bruselas, en Usme*, y luego de vocear los titulares del periódico completo, la abuela retornaba a la primera página y comenzaba a leer de nuevo, sorprendiéndose otra vez con lo del bus escolar o con aquello del campo de fútbol minado en Filo Gringo o con el asunto de los talleres para fabricación de minas recién descubierto en las montañas de Jamundi. Papá la envidiaba, a la abuela, no por beberse seis o siete cafés al hilo y disfrutarlos como si fueran el primero, sino porque gracias a su desmemoria galopante no tenía modo

de reconocer que las malas noticias de los territorios minados iban desplazándose por el mapa como una peste. Y que si, por ejemplo, ese 15 de octubre una de las notas periodísticas hablaba de la serranía de San Lucas donde una mujer le dijo a su hija que no mirara debajo de la sábana para que no se asustara con lo que le hizo la mina quiebrapatas, el 16 de octubre, en grandes titulares, se anunciaba a bombo y platillo que el ejército desactivaba cuatro cilindros de gas explosivo en San Marcos, ya cerca de Sucre, y al día siguiente, 17 de octubre, se decía que las vías de acceso a San Juan de Nepomuceno quedaron cerradas porque las cargas explosivas aparecieron inexplicablemente debajo de las capas de asfalto de todas las carreteras, y hasta el día 18 de octubre en que, con rojas letras de alarma, notificaron de las minas antipersonales aparecidas en Arjona.

Recuerdo, aunque esto no se lo digo a mi hermana, que papá perdió el color del rostro cuando dijo que de allí, de Arjona, a nuestra Cartagena de las Indias restaban sólo 21 kilómetros.

Lo que le digo a mi hermana es que al día siguiente y al siguiente, la abuela continuó leyendo sin inmutarse la crónica del avance.

Se lo digo pero no le doy detalles.

¡¡EXPLOSIVOS CERCA DE LA ZONA HOTELERA!!

¡¡MINA EN EL AEROPUERTO!!

¡¡UN OLOR A CHAMUSQUINA HA CUBIERTO A CARTAGENA!!

–Noticias aterradoras que, con grandes mayúsculas y gran pánico, ocuparían las portadas de los periódicos hasta 19 de octubre; el 19 de octubre de hace dos semanas, cuando la abuela se cansó de repasar el periódico por quinta vez y ya afónica por tanta noticia leída a gritos, dejó el diario sobre la mesa con un manotazo.

Entonces simulo la voz de la abuela.

–Basta ya de mundo, murmuró dirigiéndose hacia ti y hacia mí, ¿te acuerdas, hermana? ¿Qué les parece un helado en la placita?, lo dijo con un gesto travieso aunque ella acababa de leer que las minas habían aparecido aquí mismo dentro de la ciudad vieja, al interior de las murallas, a unos metros de nuestra casa, en la plaza de Santo Domingo.

Exagero la voz afónica de la abuela.

–Un helado de feijoa, eso quiero yo –dijo la abuela cogiendo su bolso y su abrigo; y cómo no envidiarla, susurró papá, antes de asirla suavemente por el codo.

–¿Por qué no lo deja para más tarde, suegra? –finjo ahora la voz de papá.

Y la abuela se dejó caer en la silla sin protestar, sin que se le borrara del rostro el gesto travieso, porque de pronto olvidó para qué se había levantado. Nos miró como sin reconocernos, y luego murmuró con un suspiro:

–Me apetece otro tinto.

El octavo café de la tarde y ya sabíamos que esa noche se dejarían escuchar los zapatazos yendo y viniendo dentro de su recámara sin dejar dormir a nadie en casa, ¿lo recuerdas?

Cuando giro la perilla unos centímetros hacia la derecha escucho la voz de mamá.

–Un tapete con caireles púrpuras –dice ella.

Yo traduzco sin proponérmelo: “¿dónde estás, cariño mío?”; aguardo un instante para oír si papá responde pero creo que él está cansado del juego.

–Del ejercicio, corregiría mamá, no es un juego, el teatro nunca es un juego.

“Está bien, mamá, del ejercicio”, pienso yo, pero de la recámara de la abuela no se deja escuchar ninguna respuesta de papá.

–Farsa, digo volviéndome hacia mi hermana, la abuela era la única que salía a la calle sin motivo. Tan fácil como que se escapaba de nuestra vigilancia y cuando menos lo esperábamos, tocaba la puerta, nosotros le abríamos desconcertados y ella entraba chapoteando, con el escaso cabello blanco en gajos y adherido al cráneo, con el vestido dibujándole los huesos como una segunda piel, con la lluvia escurriéndole por cada arruga del rostro. Apenas cruzar la puerta, abría los brazos y veíamos caer en el suelo, con el mismo ruido que produciría una granizada, zapatos, vidrios, jirones de ropa, fragmentos de metal y plástico, lo que hubiera traído esta vez de su paseo

por las calles minadas del interior de la muralla, su colección de vestigios.

Otra vez imito su voz:

–¡De porquerías!, gritaba cuando la desmemoria la alcanzaba demasiado pronto, ¿quién trajo esas cochinas? Y barría hasta la acera lo que recién metió.

Mi hermana no me ayuda porque no sonrío ante mi imitación.

–Pero a veces la memoria de la abuela le daba para llevar hasta el cuarto del traspatio los objetos que recolectados después de los estallidos en la plaza de San Pedro y en la plaza de San Diego y en la calle de la Inquisición, y que la abuela juntaba como en una actitud antropológica, la justificaba papá. “Pero qué antropológica ni qué los mil diablos”, se defendía ella cuando su memoria le daba un poco más, y argüía que todo acto violento, aunque se intentara borrarlas, deja huellas siempre, y que ella estaba reuniendo precisamente eso, las huellas; porque alguna vez vendrá alguien que sepa leerlas y explicarlas y entonces todos vamos a entender qué nos está pasando aquí... ¿Y tendría razón o no?, quién lo sabe, pero si en ocasiones las huellas eran inofensivas, como pedazos de teja, algún ladrillo rojo del suelo, un fragmento irreconocible de la *Figura reclinada* 22 de Botero (escultura que ocupaba un sitio honroso en la plaza de Santo Domingo desde hacía apenas seis meses), en ocasiones las huellas no eran tan inofensivas y la abuela llegó a traer a casa, entre las esquirlas metálicas y los zapatos que apretaba contra su cuerpo, restos chamuscados de víctimas:

dedos, manos, pies, huellas que nadie habría podido leer porque horas después ya apestaban y papá tenía que ir por ellas al cuarto del traspatio, meterlas en un costal y arrojarlas por el balcón.

Suelto la perilla y dejo en paz la radio. Mi hermana no entiende lo de los tonos. Me mira reconcentradamente y con una gravedad incómoda. Parece que le hablo a una pared.

–Ya sé, ya sé –le digo sin usar la radio. Luego tuvimos que venirnos a la planta alta cuando las minas se metieron en la casa.

Ella no reacciona. Sus ojos parecen agujeros. No dejan salir nada. Son como la coladera por donde se iban las canicas. Allí se hunde mi voz.

Hasta ahora noto que mamá se ha callado. ¿Desde cuándo? Tiene que estar yendo en dirección a la puerta, de otro modo ya se habría topado con las cortinas o con los vidrios de la ventana.

¿Por qué las ventanas forman parte de la arquitectura de una pieza?

El ejercicio de teatro de mamá se reduce al espacio de una habitación, a todo lo que quepa en una habitación, pero del otro lado del cristal de las ventanas se le estará mostrando lo que queda de la plaza de Santo Domingo, se verán las bancas dobladas como si fueran de papel, la torre del luz partida en dos, los balcones hechos polvo en el suelo, y si mamá se topa con esas imágenes, ¿cómo podrá decirle a papá que lo ama?

–Necesita nuestra ayuda, le digo a mi hermana mientras me levanto y doy el primer paso sin haber revisado antes las plantas de mis pies. Vas a ver que con esto mamá vuelve al centro de su pieza y a lo mejor hasta se cansa de su ejercicio y nos saca de aquí –continúo murmurando al tiempo que llego a la litera, hago a un lado las cobijas y comienzo a desanudar con mucho cuidado las agujetas del botín derecho de mi hermana, observando que ella, mi hermana, tiene un mechón de pelo cruzándole los ojos, pero no hace ningún intento por sacárselo de encima. Creerá que las minas pueden brotar en la extrema delgadez de los cabellos aunque papá le repitió que la mina de la abuela tuvo que estar en el cráneo, entre el hueso y la piel.

Termino por descalzarla y estoy a punto de acariciar su pie delgado cuando cometo la estupidez de darme vuelta y arrojar desde allí el botín plateado de mi hermana. Estaban el hueco de la escalera, el perchero, la mecedora, como posibles desenlaces imbéciles de mi temeridad, y sin embargo hubo suerte. El botín dio contra el marco de la puerta de mamá y se coló milagrosamente al interior. El zapatazo se habrá escuchado como una detonación allí dentro y por eso mamá gritó “estoy bien”, antes de murmurar con ternura:

–La humedad y la tibieza de una bota.

Y yo no puedo dejar de traducir: “necesito el calor de tus brazos para respirar”.

Papá fue quien me contó lo del ejercicio de teatro. Me lo dijo una madrugada en que coincidimos en la cocina cuando las minas

aún no llegaban aquí. Mamá le había gritado desde el baño “vapor en el espejo”, y papá le respondió “yo también te adoro”. Ante mi obvia confusión, él me habló del ejercicio, sin saber que meses después, con la muerte de la abuela, mamá nos metería a todos en ese mundo de palabras absurdas.

–¿Recuerdas lo del lápiz? –me preguntó papá aquella vez en la cocina mientras servía su café.

Igualmente podría haberme interrogado que si recordaba lo de las comidas o lo del libro sobre la cabeza o lo del llanto increíble de mamá.

–Es lo mismo: un ejercicio.

Y entonces supe que así como mamá mordía un lápiz y hablaba durante horas con el lápiz atravesado en la boca para mejorar su dicción, y así como caminaba dentro de la casa con el libro en la cabeza para perfeccionar su postura corporal, y así como se echaba a llorar en las situaciones más inesperadas ante cualquier extraño para ejercitar el manejo de sus emociones, y luego simplemente callaba, decía “ya está bien” y sonreía, todavía con las lágrimas escurriéndole por sus mejillas; así, algunas veces, mamá se soltaba a decir frases sin sentido para probarse en el único ejercicio teatral que la había superado a ella, que la había vencido.

Papá me contó que fue muchos años antes de que nació mi hermana y yo. Cuando ellos estudiaban en la escuela de teatro, cuando él todavía pensaba que llegaría a ser actor, cuando comenzaban a enamorarse. Por eso fueron los

elegidos para el ejercicio. El profesor los llamó “amantes” y se los llevó a una pieza diminuta, una pieza falsa armada con utilería, cuyas dimensiones no eran mayores a las de una cama matrimonial.

–Esa es la idea, dijo mi padre que dijo el profesor, un lecho para los amantes.

Y mientras el profesor arrastraba un costal hacia el interior, les fue explicando que un verdadero actor no necesitaba de las palabras. Que ellos tenían los gestos, su propio cuerpo y la voz.

–La voz, no las palabras, recalcó mi padre, y el profesor continuó: ustedes deben bastarse con el sonido. Los significados son una cárcel. Se trata de limpiar las palabras, renovarlas, proferirlas como si nadie las hubiera usado antes... Los significados, ayudarse de ellos, entiéndanme, sólo encubre que ustedes no saben actuar. ¡Suelten esas muletas que los tornan inválidos! Sonido, sonido. Dice mi padre que siguió hablando el profesor a todos los muchachos que iban rodeando la pieza de cristal en donde ellos tres se habían metido.

–Lo otro es fácil. Nada más sencillo que hincarse, y se hincó, dice mi papá, y tomarle las manos a su amada, y cogió las manos de Clarisa, de mi esposa, de tu madre, de mamá, y comenzó “adorada mía” y “me exalto pensando en una causa tan grande como tu corazón” y “qué gozo que me duelas en el centro justo de mi alma” y “no hay razón, cielo mío, para que tus labios no se cierren en los míos” y “sé presa, en

el dulce comienzo, de una dulzura tan dulcemente dulce” y cuando parecía que iba a besarla, a tu madre, a Clarisa, “¿Dios, estoy enamorado?”

Todavía se atrevió a murmurar el profesor, justo antes de que su bocas se encontraran, “¡tullidos!”, gritó él, el profesor, y se levantó de un brinco y les dijo que actuar así era una miseria, que lo que habían visto en escena no fue sino el funcionamiento del discurso amoroso. Da igual subir al foro un par de maniqués, accionar la grabadora y echar a andar esa maquinaria lingüística, esa envoltura lisa que se ciñe a los cuerpos y los ahoga, ese guante muy suave que inutiliza a los actores.

“Desgarrar”, murmuró ahí papá.

–Desgarren el lenguaje y ámense –murmuró el profesor. Vacío los costales en el suelo, y salió de la habitación de cristal y se reunió afuera con los demás estudiantes que no eran papá y mamá. Desde allá gritó: jámense sin tocarse... únicamente con su voz... únicamente con el diccionario que significan las cosas que tienen allí dentro... y ya saben, nunca repitan los objetos que hayan usado antes!

Y luego el profesor de teatro corrió las cuatro cortinas de las cuatro paredes de cristal y los dejaron solos.

–Nos dejaron solos allí adentro.

Papá me dijo que de afuera provenían murmullos apagados y que al principio fue difícil concentrarse.

-Ámame -murmuró tu madre.

Él vio el piso de la habitación improvisada que parecía un basurero, pero no atinó a hacer nada, así que tu mamá fue la primera en inclinarse... No me pidas que recuerde con qué objeto empezó, había botellas, algún frasco de medicina, la navaja, un paraguas, botones, una rejilla, focos, un servilletero. Imagina lo que quieras porque todo estaba ahí. Que el inicio fue un desastre.

-Imagina tratar de decirle a alguien que lo amas con una escobetilla, siguió papá como si ya no hablara conmigo, era difícil sacarnos de encima los significados de las cosas. Nos caían encima. Por lo menos a mí me abrumaban. ¿Cómo podías usar una navaja que no fuera para cortar, enterrar, rasgar, herir? Y sin embargo tu mamá, mi Clarisa, siempre tuvo el don para el teatro. Ella cogió no uno sino dos objetos y los reunió en una frase: “una brújula para que alguna vez pueda hallar una navaja sin filos”, por ejemplo, no recuerdo; y de pronto me sentí enternecido, no por la poesía, no por la metáfora, tu madre me acaba de decir que me quería.

Entonces comenzó la magia -sonreía papá ya sin mirarme- yo no estuve a su altura, musité algunas palabras, sí, pero ella, mi Clarisa, tendrías que haberla visto, tendrías que haberla oído, estaba poseída, ya ni siquiera se escuchaban los murmullos del exterior, era como si tu madre estuviera bautizando al mundo, todos los objetos que tomaba entre su manos, por disparatados e incongruentes que fueran, salían de su boca convertidos en una declaración de amor. Yo permanecí mudo pero fui entendiendo

que de verdad nos eran suficientes el volumen de la voz, la tesitura, la manera de entonar, las inflexiones, la articulación, y que las propias palabras, más allá de sus significados, nos ayudaban, resultaban en sí musicales, profundas, temblorosas, vibrantes. “Mangueta”, me dijo tu madre en un susurro, alargando levemente el sonido de la “e”; “anilla, un tintero con olores densos, este sabor amargo de todo el largo de tu cinto” y de verdad mamá lamía el cinturón –me contó mi padre–, y olisqueaba las cosas, las mordía o se las resbalaba sobre su mejilla, las hacía suyas y luego me las profería como una ofrenda.

Papá pudo haber terminado allí la remembranza pero se había olvidado de mí.

–Estuvimos mucho tiempo allí dentro hasta que Clarisa se calló. Aún quedaban cosas en el suelo que ella no había usado. “Se toma un respiro”, recuerdo que pensé.

Imagino que allá afuera –aunque papá no me lo dijo– el silencio fue distinto, un alargamiento del arrobo, como cuando ha terminado de pasar un tren y uno sigue oyendo el traqueteo de los rieles.

–Incluso el profesor tardó en reaccionar, murmuró papá, dicen que había permanecido junto a la puerta, muy serio, muy grave durante todo el ejercicio, y que cuando abrió la puerta de un empujón, su voz sonaba inocultablemente orgullosa.

Papá lo dijo sin sonreír y bebió un sorbo de su café antes de proseguir.

–Clarisa no llegó al silencio por voluntad. Algo le sucedió y fue incapaz de continuar. Perdió la cabeza, trató de resumir papá, y por eso comenzó pegarme. Lo hizo sin querer. De pretender hacerme daño hubiera podido usar la navaja. Sólo me estaba golpeando con sus manos desnudas cuando entró el profesor. Luego mis compañeros no entendieron porqué yo no la había detenido.

Papá suspiró, se mesó el pelo, luego me vio directamente a los ojos como si acabara de reparar en mí.

–¿Cómo defenderme, eh?... Dímelo tú... ¿Cómo defenderse, hijo, de alguien que te ama?

–La deshilada agujeta de esta bota fría –se deja oír la voz de mamá desde su pieza, yo traduzco “un beso que haga renacer mi piel” e imagino a mamá, más joven, en aquella época de estudiante, dando manotazos a papá.

He permanecido con un pie en alto desde que sentí la hinchazón bajo la piel.

Si tienes suerte, las sientes. Si no estás dormido, si no estás distraído, porque las protuberancias siempre se mueven como si alguien te acariciara por dentro, como si ese alguien apoyara un dedo más que los otros y ese dedo fuera la mina que va abultándote la carne. La sentí descender por la pierna, rodear el tobillo, atravesar dolorosamente el talón. Sé que no debo tocarla y sin embargo tengo un dedo encima y la oprimo suave como retando a un oso.

No sé quién las bautizó así, cuando las minas terminaron con el cerco y se nos metieron bajo la piel. Pero entiendo, entiendo la relación.

Los osos blancos en los zoológicos son como muñecos de peluche, parecen inofensivos y entonces los niños, sobre todo los niños, meten la mano por entre los barrotes de la jaula. Luego, cuando menos lo esperan, ya no tienen brazo.

Dando saltos como un cojo para no apoyar el pie de la mina, llego hasta el centro de la pieza, me siento en el piso y tomo la perilla de la radio.

–La abuela se peinaba frente al espejo cuando tuvo un ataque de amnesia como no le había dado antes y se desconoció.

Giro la perilla y oprimo un poco la mina que ahora se desplaza por la planta de mi pie.

–¿Y si la abuela no hubiera sido una persona sino una de esas cosas que el profesor de teatro arrojó al suelo frente a mamá y papá? ¿Pueden perder las cosas su significado sin resistirse? ¿Se resistió la abuela cuando miró su rostro y no se reconoció?

Giro la perilla.

–Antes de comenzar a jalarse el pelo, antes de topar con la mina que debía de estársele desplazando entre el cuero cabelludo y el cráneo, la abuela le dijo al espejo “¿mamá, eres tú, mamá?”

Giro la perilla y descubro que puedo jugar con la mina, cerrarle el paso, sentirla chocar contra mi dedo.

–Imagina, hermana, que en el zoológico el espacio entre los barrotes de la jaula fuera muy amplio y la abuela no se hubiera contentado con una caricia. En lugar de eso metió la cabeza para besar al oso.

Giro la perilla.

–Mamá me dijo “los detalles”; que en los detalles está la clave de los tonos dramáticos: “de acuerdo con lo que elijas ver y describir, estarás acercándote o alejándote de la tragedia”. Y luego agregó: “el estilo para dramatizar la vida depende de ti... ese será tu estilo existencial”. ¿Recuerdas, hermana, el olor a carne quemada que inundó la casa después de la explosión de la abuela? ¿Recuerdas que en la pared del baño parecía que se hubiera abierto una flor roja? ¿Recuerdas que tú cogiste la pantufla de la abuela y quisiste llevarla al cuarto del traspatio, al cuarto de las huellas, para que después alguien la leyera, a la abuela, como un libro? El olor, la sangre, la pantufla, ¿con cuál detalle puedo empezar para alejarnos, mamá, de la tragedia?

Giro la perilla hacia la izquierda y descubro que la mina ha desaparecido de mi pie. Se ha esfumado como un barco que se va a pique. Sé que cuando yo menos lo espere, en otras latitudes de mi cuerpo, como el mar echa fuera los cadáveres, brotará de nuevo, sin embargo.

Giro la perilla entonces hasta el tope izquierdo.

-La abuela abandonó su cuerpo en el piso como si hubiera terminado una fiesta de carnaval. Se salió por la cabeza del disfraz, aunque descorrió tan fuerte el cierre que se rompió y luego fue mamá quien quiso meterse dentro y...

-Bancas dobladas como si fueran de papel.

Me callo.

-La torre de luz partida en dos.

Me vuelvo para ver a mi hermana.

-Los balcones hechos polvo en el suelo.

Me levanto porque mamá ha llegado a la ventana y esta vez ni siquiera yo puedo traducir sus palabras en una declaración de amor.

Mi padre me dijo que, cuando en el ejercicio de teatro, a ella se le acabaron las frases, lo golpeó. Pero yo quisiera preguntarle ¿qué objetos quedaron en el suelo? Y preguntarle si hay palabras a las cuales no es posible limpiar de significado, palabras que no son amorosas y siempre se van a rebelar a perder su identidad.

-Una mujer sin piernas.

Camino hacia la litera de mi hermana hablándole de otro juego que no sea de teatro.

–Las zonas prohibidas. Tienes que ir estrechando los lugares en los que puede estar la gente que quieres, le digo, mamá no puede ir a la ventana. Papá no puede salir de la pieza de la abuela porque a mamá se le están acabando las frases de amor. Tú no puedes bajar de la litera. Mamá no debe quedarse con las palabras que están en la calle. Yo no quiero llegar al extremo derecho del cuadrante de la radio...

–...

Mamá ha callado. Va a salir de su pieza para buscar a papá. Yo no encuentro el otro botón plateado bajo las cobijas húmedas y enrojecidas de la litera de mi hermana. Me doy vuelta. No quedan más muñecos de peluche en el cofre y todos los cajones de la cómoda están vacíos. En el centro de la pieza se halla la radio: rotunda e inevitable con su gran antena.

A lo mejor ella se equivocó y así como hay palabras que no sirven para el amor, así, quizá, hay sucesos que nacen con un tono y lo van a recobrar si no mantengo la aguja lejos del extremo derecho del cuadrante.

–No puedo dártela, mamá –grito.

Me siento de nuevo en el piso y giro la perilla aunque ya no puede orillarse más hacia la izquierda y aunque noto la reaparición del oso ahora en las yemas de mis dedos, giro a pesar de la protuberancia porque si no cómo voy aceptar que la pieza donde se halla papá está muy silenciosa desde la última explosión, y si no cómo voy a decirle a mamá que tú llevas tanto tiempo sin

parpadear, y que si ella sale de su recámara y llega hasta aquí con sus manos llenas de minas para pegarme porque se le han acabado las frases de amor, yo tampoco voy a saber defenderme, porque te amo, mamá, y ¿cómo te defiendes de quien te ama?

A la distancia de los horizontes

No pensaron que alguien se atrevería a mentir. Era un ritual que se daba fuera de las casas, con los extraños –aunque en esa época la palabra “extraños” había perdido sentido– al entrar en cualquier comedor público o en las cafeterías o en los bares que se te atravesaran en el camino. Alguien se levantaba para apagar el radio del local y, codo con codo, alrededor de una mesa que servía de base para armar la escenografía común de la tragedia, nos preparábamos, sin saberlo, para el regreso de septiembre. No importaba de qué cabo despuntara la plástica, se podía empezar con algo tan lejano como los goles del fin de semana o con un

viejo dolor en el hombro, el caso es que las conversaciones eran una: “por entonces no hubo fútbol, ¿se acuerdan?, el estadio estaba lleno de muertos” o “es la clavícula, me duele, ya saben desde cuándo”. Y sobre la mesa comenzaban a dibujarse calles a escala, el ulular de las ambulancias, una casa sin techo apropiada para decir “se me vino encima”.

Demasiado obvio: el recuerdo nos tenía empalados.

La cosa era juntarse y hablar. Una especie de cura, corrigió alguien (sólo “alguien” porque no existían los nombres, no importaban los nombres). Ponerte un abrigo cuando se te condensaba la necesidad de hablar, salir de casa y meterse en el primer café que saliera al paso, sin acuerdos ni citas, de todos modos te esperaban. No los conocía, pero me esperaban. ¿Puedo sentarme? Y las tazas eran corridas hacia los extremos para que no estorbaran la caída de los edificios.

Yo los vi, así empezaba esta cura, o yo estuve o yo hice, e íbamos por orden. En un café si era de día o en un bar si era de noche, se repetía la fórmula: te toca, sin decirlo, y uno a uno íbamos hablando mientras los demás se volvían testigos de la crónica en turno que íbamos desarrollando sobre la mesa con voz grave y movimientos nerviosos de las manos. Los demás nos escuchaban como si nos acompañaran. Supongo que esto era fundamental: sentirnos en compañía, reconocer que no habíamos estado solos ni siquiera entonces.

Los recuerdos se apoyaban en las superficies de las mesas como maquetas: callejones a escala, un vecindario y el derrumbe;

siempre derrumbes, escombros, y los cinco dedos de cada mano resbalando en el tablero, derramándose, para representar a la gente que no salió.

Luego venía un silencio húmedo. Solía escurrir por la mejilla de alguna mujer que lo enjugaba apresuradamente.

–Lo siento, no es nada.

Alguien pedía más café, esperábamos a que las tazas estuvieran llenas y, sin tirar la escenografía anterior de la catástrofe, cuando más orillándola hacia donde habíamos empujado la azucarera y el servilletero, recomenzábamos con la pregunta: ¿y usted, dónde estuvo?

A la pregunta le daba igual si uno quería hablar o no. Simplemente estaba allí, agazapada en cada encuentro fortuito que se daba en los restaurantes, los cafés, los bares, ya lo dije, pero también en las breves coincidencias de extraños en las plazas o, en el subsuelo, al viajar en metro, de hecho, en cualquier transporte público de abajo o de arriba del suelo. Lista la pregunta para tomar cualquier atajo que evitara los rodeos que se daban al interior de las casas, entre familiares, con gruesos álbumes de fotografías, fotos maltratadas que tarde o temprano iban a mostrar, por ejemplo, un hotel que no está más, pero, casi siempre, rostros con nombres, tristemente reconocibles, para murmurar casi con miedo “ésta era la Meche”.

La pregunta en las calles buscaba palabras como “septiembre” para no irse por los sufrientes caminos largos de las ausencias,

de los que ya no estaban, de los que despertaron esa mañana sólo para morir en conciencia, a conciencia; allí donde daba miedo preguntar a la familia y a los amigos de la familia por viejos conocidos comunes. Septiembre o el olor a muerto que uno creía percibir en las calles –imposible a tanto tiempo de distancia, y sin embargo la ciudad olía a muerto, lo juro–, mejor llegar a la memoria por esos atajos, directamente a la pregunta sin dar tantas vueltas.

Por eso daba igual que fueran un par de muchachos que yo nunca había visto o el dueño del local que confiadamente se sentaba en tu mesa o el viejo que llegó tambaleándose hasta la barra sin soltar el vaso, aunque yo elegí adrede una cantina que ocupaba aquellos extremos de la ciudad que no eran mis rumbos; no importaba a dónde te fueras para evitar a los conocidos, nadie te dejaba en paz porque no era un tiempo ni para los conocidos ni para la paz. El viejo que se levantó de su mesa y llegó hasta la barra a fuerza de tragos y traspiés era nadie y no necesitó conocerme para ser portavoz de la pregunta:

–¿Y en dónde le duele a usted?

Se daba por hecho que a todos nos dolía y que todos necesitábamos hablar. Así que el único refugio contra la memoria era no tomar el abrigo y no salir de casa (aunque eso suponía quedarte con los álbumes fotográficos, y con la Meche y demás rostros nombrados, y con los llantos por los ausentes), pero yo salía, todos salíamos, no podías no hacerlo, y cuando me llegaba el turno en el bar o en el café contaba una historia, mi historia, que por lo menos en mi caso nunca fue la misma.

El asunto se reducía a no romper las reglas. Era un ritual. Había que respetarlo. Lo que ayudaba es que nadie comprobaba la versión; habría sido estúpido andarse con coartadas y testigos; era el dominio de la credulidad. Yo empezaba mi historia en turno como si dijera ¿Me permiten un momento? Y como si me fuera a recorrer las otras mesas del local tomando parte de los escenarios y de los recuerdos ajenos que reposaban allí, un poste que atravesaba la calle lateral de la avenida Reforma, las líneas muertas de todos los teléfonos, la gente que durmió en la calle porque los terremotos siempre vienen en pareja, y entonces improvisaba. ¿Cómo iba a resultar difícil si todos nos estábamos convirtiendo en depósitos de dolorosos recuerdos, en fosas para los episodios de la tragedia?

Con un almacén de experiencias ajenas en la memoria después de tantos meses de escuchar, bastaba abrir mi boca y dejar que las historias brotaran tristes y en primera persona, como si de verdad yo hubiera pasado la primera y la segunda y la tercera noche en vela, ensordeciéndome con los martillazos y guiándome únicamente con los lamentos que salían del suelo.

—Ya voy, aguanta, ya voy.

No lo advirtieron.

En cada mesa, plaza, pórtico de iglesia donde la gente estaba de pronto reunida y de pronto tirando otra vez la ciudad a coro para removerla a fuerza de recuerdos, se hablaba sobre lo mismo. No se esperaba que fuera de otro modo. Los episodios no

podían ser infinitos. Como hogueras de la memoria para encontrarnos juntos y juntos entibiarnos. La misma versión donde la vieja se abrazó al castillo desnudo del edificio que se vino abajo. ¡Déjenme!, dijo llorando y gritó que se quedaba con los suyos. Uno podía escucharla en la calle, bajar al metro y allí estaba la continuación de la historia. ¡Déjenme!, gritó la vieja que milagrosamente no parecía herida. Cambiar de vagón o transbordar hacia otra línea del metro y la crónica continuaba, te digo, la vieja terca con morirse allí. Continuaba así uno volviera a la calle o prendiera el televisor donde alguien la relataba o saliera inopinadamente de mi propia boca. Que la arrancaron del castillo. Y los demás mirándome, atentos, como si no hubiéramos escuchado antes el episodio tanto ellos como yo. Lo habían escuchado lo suficiente como para memorizarlo y recitarlo a varias voces: parecía que la desollaban, de ese tamaño fueron sus gritos, y en la piedra quedó la mancha de la orina. Luego bastaba dar un sorbo al café frío o a la cerveza caliente para preludear la marcha, tomar el abrigo y largarse de allí.

Era fácil.

Si una sola vez yo no hubiera usado versiones ajenas para responder al “¿usted, dónde estuvo?”, la cosa habría sido distinta. Entonces hubiera sido evidente que las reglas del ritual existían y que no tenía nada de inofensivo violarlas.

Se trataba de seguir excavando como se hizo en los días posteriores al terremoto, excavando aunque fuera en la memoria, de eso se trataba, de que las palabras y los dolores perdieran fuerza de tanto repetirse.

Y sin embargo había zonas pertinentes en la memoria y zonas impertinentes, y se contaba sólo parte de la historia.

Eso hubiera quedado claro en el bar o en el café cuando yo transgrediera el principio personal y concéntrico de los escenarios. En vez de empujar los testimonios de quienes me habían precedido y narrado antes de mí hacia las orillas en donde estaban la azucarera y el servilletero o, en este caso, donde las botellas vacías de cerveza iban amontonándose para que el mesero se las llevara, traerlos al centro de la mesa, todos los episodios y las coordenadas de la ciudad mentadas: los restos del Nuevo León en Tlatelolco, toda la avenida de Los Insurgentes, el desastre de La Condesa, las ruinas de Santa María la Ribera, y luego empezar a mover allí mis manos sin dirigir las a ningún lugar en específico habría provocado un desconcierto inmediato, así yo intentara aliviarles de la desconfianza confesando que yo estuve en esos lugares, en todos ellos y en más, en realidad recorrí la ciudad entera empezando desde el mismo 19 de septiembre. Mostrarles con el dedo índice trayectorias amplias y sin sentido sobre el tablero, confesando de alguna manera con ello que yo violaba las fórmulas, pues no paraba mi dedo en sitio alguno con el fin de sumarme a la hilera de personas y tomar el cascajo que me acababa de dar un muchacho y que yo debía pasar al hombre vestido de traje.

La versión hubiera provocado escándalo, pero fue lo que hice: seguí de largo aunque había cantidades de personas desescombrando, y docenas de palas y picos libres para excavar.

La verdad, nada más que la verdad... pero existían palabras prohibidas.

¿Quién quería escuchar que transcurrió el primer día y mis uñas continuaban sin tierra y yo sin haber sacado un solo muerto de las ruinas?

Pero hago parecer que se relataban únicamente gestas heroicas. Nada más lejano a la verdad. El caso es que yo tampoco podría hablar de esas tareas anónimas de las que tanta gente hablaba, como ordenar medicamentos o apilar cajas estúpidas llenas de cosas estúpidas como cepillos de dientes, enviadas desde el interior del país. Montañas de comida que enviaban a la Cruz Roja con la vanidosa autoría de la buena acción engomada en los costales: “Colonos de Ciudad Satélite”, “Vecinos del Pedregal”, “Amigos de las Lomas”, y que había que distribuir pronto, la comida, o terminaría en la basura –eso hubieran querido escucharme decir– “di comida durante tres semanas a la gente que ayudaba en las labores de rescate”, y luego cerrar la boca, dejar que la gente recobrará, escapara del recelo y prosiguiera así la ronda de confesiones con una mujer que, mientras yo hablaba, no paró de prologar su episodio con pañuelos desechables y un apenas audible gemir.

Pero fue mentira. Era mentira. Una más de las versiones robadas para no decir que ni distribuí alimentos, ni ayudé a ningún niño a encontrar a sus padres (vivos o muertos), ni se me murió nadie en la banqueta mientras le sujetaba la mano y le repetía palabras de aliento, “manito, vas a ver que todo sale bien”. No vi un solo cadáver que me importara cuando habría bastado con ir al estadio donde el campo de béisbol se desbordaba de muertos listos para el reconocimiento o listos para ser metidos en las bolsas de plástico que yo extendía en el césped, mentira, y en donde yo

metía a los cuerpos que ya apestaban, mentira, y lo más difícil era subir el cierre y dejar al muerto allí adentro, mentira.

Mi dedo rodeó las botellas vacías que traje al centro de la mesa, un par de platos donde todavía quedaba algo de botana y un cenicero que hacía de cine Nova, donde se consumía un cigarro y que se quemó ese día, sí, el cine entero. Sin embargo, mi dedo no paró, no paré en el hospital aunque fuera para asombrarme porque los recién nacidos, que llevaban días enterrados, hubieran sido rescatados con vida milagrosamente; pero yo no me detuve, no podía detenerme así la gente me gritara: “aquí, ayúdanos, carnal; danos una mano, no seas ojete”. O así algún escucha de pronto rabioso en el bar se cansara de mi crónica insensata y gritando: “¡ya cállate, hijo de la chingada!”, me quebrara los huesos de la mano con un botellazo, igual que si pusiera sobre la mesa del bar el segundo terremoto que un día después, el 20 de septiembre, remató a la ciudad junto con los platos de botana y todas las demás botellas que salieron despedidas y se hicieron pedazos en el suelo.

Al menos la frase estaba dicha.

En mi confesión –porque esto se trata de una confesión– la habría usado hasta que no quedara duda, porque es probable que nadie la notara la primera vez. Decir “yo no podía”, “yo no pude”, “yo no puedo”, aunque seguramente de ser notada habría sido traducida como “no quería”.

Para entonces todos en el bar tendrían la sospecha bien subrayada en el entrecejo, una grieta vertical en la frente que se iría

contagiando de mesa en mesa y trayendo más escuchas a mi lugar, pues nadie es estúpido; fue reconocimiento a destiempo, demasiado tarde, que algunas personas arremangaron sus camisas y se montaron en las pilas de escombros pero no para llevar a cabo ningún rescate.

“Si ya se sabe, ¿para qué contarlo?”, parecían decirse al escucharme, “a menos que...”

Y en los puntos suspensivos anidaría esa pregunta, la que nadie hacía, la prohibida: “¿fuiste tú uno de esos hijos de la chingada?” Porque fue de cobardes, de a gente bien echada a perder, saquear las casas abandonadas y los restos de la ciudad mientras tantos arriesgaban el pellejo por desenterrar a tantos desgraciados que aún se mantenían con vida pero que se nos estaban muriendo entre los escombros, debajo de nuestros pies.

No existía perdón posible. Se trataba de los infames episodios del silencio, de lo que no se hablaba en ninguna parte, lo peor.

Quién sabe si quienes rodeaban la mesa y me escuchaban, habrían logrado contenerse y refrenar el veredicto antes de que yo terminara; soltar las botellas y no estrellármelas en la cabeza para que yo continuara empujando mi confesión fuera de los límites de lo decible y de la memoria y de nuestra triste ciudad que se había venido abajo en septiembre.

Yo no podía respetar los límites si quería desgastar mi recuerdo a fuerza de repeticiones. Yo también trataba de olvidar.

Otra vez el “no podía” y sin embargo nadie repararía en la frase. Sólo les interesaría saber si fui parte de la rapiña, si aproveché la noche de tantos postes rotos como árboles para meterme en las ruinas con la linterna y la codicia. Para quienes me escuchaban con el ceño fruncido la trasgresión sólo tenía una ruta y por eso no entendían qué pendejada era esa de mi dedo recorriendo la mesa una y otra vez.

–Párala ya, cabrón, ¿robaste o no? –parecían decirse con el silencio duro que se adueñó del bar, como si en tal alternativa se cubrieran todas las posibilidades.

Desde el 19 de septiembre no había más que bueno y malo; de lo bueno se hablaba, es obvio; pero yo recorrí los restos de la ciudad nuestra sin hacerme de una historia para montarla en la mesa, en cualquier maldita mesa en donde me alcanzara la pregunta ¿y tú, dónde estuviste?

Ellos, quienes me miraban, creían que la infamia fue rapiñar a los muertos. Se equivocaron. Al menos los ladrones, esos hijos de puta, tenían un episodio donde fueron protagonistas para vomitarlo en las borracheras donde no se respeta ningún secreto. Yo podía beberme un tonel de cerveza, lo bebía, ¿dónde estaba mi historia?

Era el peor pecado.

¿Cómo explicárselos? Vi la ciudad como un caballo al que le hubieran serruchado las patas delanteras, se desplomó hacia mí, el hocico en el suelo y yo no pude sentir. No pude.

Sucede que la alternativa no se redujo a “querer” o “no querer” como creímos, incluso yo. Una catástrofe del tamaño de septiembre y estabas encima de los escombros levantando cascajo o estabas debajo con la cabeza hecha mierda, no había de otra. Y sin embargo, yo recorrí la ciudad y no pude acercármela.

Así de simple, pero así de imposible de poner en palabras.

La ciudad se me fue lejos con el terremoto, a la distancia de los horizontes. Y luego yo sólo tuve dos piernas y, en cuatro días de poner un pie después de otro para aproximarme a mi ciudad caída, únicamente logré llegar a los restos de un muro donde me apoyé de espaldas, ya desde entonces sabiendo que no podría estar más cerca.

–Del barrio aquél, no quedaba casi nada en pie, habría tenido que decir, y el muro donde me recargué de espaldas era de un edificio que se hundió como si lo hubieran jalado desde abajo.

No sé si hubieran advertido lo importante antes de que yo hablara de los gemidos: que toda la ciudad estaba a mis espaldas.

Allí sosteniéndome en los restos del edificio, supe que no me haría ya de ninguna historia, de ningún protagonismo, de ningún acto. Porque fue como si en algún momento se hubiera levantado una muralla alrededor de la ciudad y yo me hubiese quedado afuera, solo, sin poder hacer nada por nadie, a pesar de que, detrás de mí, entre la telaraña de varillas y cascote, empezó a surgir en ese momento un gemido vago, ininteligible, que bien pudo repetir “ayúdenme, ayudenme”, con la

largura de una esperanza que se apagó hasta el alba sin que yo pudiera volverme.

–No robé.

Eso terminaba por decir las pocas veces que estuve a punto de rendirme a la confesión. “No robé” en lugar de “no pude”.

Los demás se relajaron, volvieron a sus mesas en el bar, alguien me palmeó la espalda.

Luego hacer a un lado esa extraña escenografía mía donde nadie notaba o todos dejaban pasar por alto que nada había sucedido allí, escuchar una o dos historias más, pretextar lo tarde que se había hecho dejando varios billetes de más en la mesa, recoger mi abrigo y mi silencio, proseguir la fuga.

Y sobrevivir con las manos abiertas

Para Katarzyna Beilin

Una ventana; junto a la ventana, una mecedora; en la mecedora Kata mirando el lecho donde duerme el niño de brazo roto. Kata de negro, azul y gris –negra de pelo, azul de ojos y gris de piel– no se balancea en la mecedora. Aunque ella lo hiciera, no habría modo de saber si se impulsa de atrás para adelante o de adelante para atrás, porque hay objetos –como la mecedora– que no saben revelar la dirección del tiempo.

Una nube cruza la ventana de derecha a izquierda y la mano izquierda de Kata se suelta de la mano derecha de Kata, y entonces Kata se queda con sus dos manos vacías.

Acaso ella estará viendo ahora no el paso de las nubes por el exterior de la ventana sino, por el interior de su cabeza (de izquierda a derecha o de derecha a izquierda), el paso lento de un triste pensamiento que nunca antes había pensado: “ayudar de verdad”, si la reflexión va de izquierda a derecha, o “(la) verdad de ayudar”, si la reflexión va de derecha a izquierda. Y luego la más triste de todas las ideas cayendo en picada desde la cabeza hasta su corazón: “imposible”.

No es la primera vez que Kata está naciendo. Ella ha nacido muchas veces... como todos nosotros. Se nace a la vida y luego vamos naciendo a las cosas de la vida: el primer llanto, el primer amor, la primera vez que el género humano nos decepciona y la primera vez que nosotros decepcionamos a nuestra humanidad.

Es cierto, Kata ya no es una niña ni tampoco es adolescente, pero ella aún sigue acumulando nacimientos. Por ejemplo, hace unos años dio a luz a un niño y entonces ella nació como madre. El mes pasado, incluso, nació como “madre que sin querer fractura el brazo de su hijo”, lo que es un nacimiento muy infrecuente entre las madres: subir a un juego de feria con el niño de tres años y, después de tres minutos, bajar del juego cargando al lloroso niño porque el peso de un cuerpo adulto a veces no debe acercarse tanto a un leve peso infantil, así sean madre e hijo.

Ese es el problema. Nacemos también para las desgracias de la vida –la primera vez que perdemos a un ser querido, la primera vez que permanecemos inmóviles con las manos abiertas sin poder ayudar a alguien– porque ellas, las desgracias, también son la vida.

Hace muchos años que esta Kata de hoy, quieta en la mecedora, nació a la conciencia de que hay nacimientos que no son fáciles de entender. Tales nacimientos no aparecen simplemente del lado bueno de la vida, como la primera vez que dio un beso, o del lado malo, como la primera vez que intentaron besarla contra su voluntad. Más aún, sabe ella que la gran mayoría de las cosas de la vida no nacen por sí solas hacia la gracia o hacia la desgracia. En principio no es posible anticipar a dónde nos llevará o a dónde llevaremos nosotros eso para lo que recién hemos nacido, hacia lo bellamente inolvidable o hacia lo tristemente inolvidable. Acaso es éste el asunto esencial, comprender que no basta con nacer. Una vez nacidos para aquello que no existía antes en nuestra vida, todavía resta esperar la maduración, como se ensanchan los frutos en la rama de un árbol o se multiplican los pétalos en una flor, a fin de entender aquello en lo que nos hemos convertido. Ése es el otro hecho esencial: todos los verdaderos nacimientos nos cambian.

La primera vez que un libro te cambia la vida es un nacimiento para el que Kata no había nacido sino hasta hace unas semanas. No deja de ser extraño si se piensa que, desde que Kata tiene memoria, se recuerda con un libro en las manos y se recuerda rodeada de librerías por cada pared de su casa y por cada pared de su inteligencia. Ella ha leído tantas palabras como para –si quisiera– llegar a la luna poniéndolas una junto a otra y subiendo por ellas como si fueran una escalera. No es que Kata no hubiera sido capaz de llorar nunca sobre un libro, no es que sus manos nunca hubieran sido capaces de adelgazar páginas y borrar la tinta de los renglones por tanto releer sus historias preferidas, no es que nunca jamás hubiera sido ella tan atractiva como

para que ciertas frases de los relatos levantaran el vuelo desde el papel y, como aves en migración, se mudaran a su cabeza y anidaran allí para siempre. Kata sabe por experiencia propia que los libros pueden llevarte a partes del mundo a las cuales no es posible llegar por los caminos reales del mundo, y sabe que pueden ponerte en relación con personas que no existen pero merecerían existir, y sabe que pueden despertar zonas de tu corazón que no se habían estrenado todavía. Los libros la han hecho sentirse más de lo que era, pensarse más de lo que era, creerse más de lo que era, pero en realidad nunca la habían hecho ser más de lo que era antes de poner sus ojos en el último libro que ha leído.

Lo dicho: hace unas semanas, ella no había nacido para esto, para ser vuelta de revés igual que los calcetines o los guantes por leer un libro. Hace unas semanas, entonces, su existencia entera se dividió en “antes” y “después” por gracia o por desgracia de un volumen de cuentos titulado *Y sobrevivir con las manos abiertas*.

Lo no dicho: Kata antes del último cuento del libro y Kata después del último cuento del libro, porque aquello que le torció la vida ni siquiera fue el libro entero sino apenas la última historia. Kata antes de ese cuento, Kata después de ese cuento. Antes, después; antes, después; antes, después.

La verdad –y éste resulta ser el gran secreto– es que para entender las “historias de nacimiento y maduración a las cosas de la vida” no ayuda mucho seguir el orden natural del tiempo. Es decir, no ayuda respetar el giro natural de las manecillas del reloj ni el desplazamiento lógico de los ojos en un libro. Es decir, no ayuda llevar las manecillas ni la mirada de izquierda a derecha porque

con las historias de nacimientos no ayuda sumar, pues nada se entenderá sumando incidentes o sumando horas: las diez, las once, las doce... Sucede que seguir la dirección normal del tiempo hace bien difícil entender lo que era Kata antes de que ella naciera para ser la Kata de hoy. Quiero decir que no sirve relatar la historia como disparando una flecha, porque entonces la flecha se aleja vertiginosamente del arco –que en su cuerda y su madera– es el “antes”.

Doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis... así, de regreso, de vuelta, en sentido contrario, a la inversa, así es como deben narrarse en ocasiones las historias, sobre todo tratándose de historias de nacimiento, haciendo que la flecha regrese hacia el arco que la disparó, hacia el arco que entonces irá acercándose y agrandándose frente nuestros ojos con todas las perfecciones y las imperfecciones de su cuerda y su madera. Relatar de adelante para atrás, de derecha a izquierda, de este día del calendario hasta ayer y hasta antier y hasta cada día pasado que en su retroceso nos llevará hacia el preciso día de hace semanas en que Kaya leyó el cuento llamado “El hombre que no recordaba la felicidad”.

Contar su historia haciendo entonces que los relojes suenen *tac tic, tac tic*, y que las gotas se levanten del suelo y suban como diminutos globos de agua cada vez que llueva, para saber quién era Kata antes de ser la mujer que ahora está en la habitación de su hijo, sentada en la mecedora, frente a la ventana, mirando pasar nubes o pensamientos, y que justo en este instante se inclina y extrae del cesto de la basura el libro intitulado *Y sobrevivir con las manos abiertas*.

Doce, once, diez.

Kata se levanta de la mecedora, camina de espaldas alejándose de las nubes y de las ideas que cruzan de derecha a izquierda la ventana, da once pasos invertidos en dirección a la puerta que se abre sola antes de que ella la toque. Entonces Kata mira a su hijo dormido de brazo roto, enyesado y en cabestrillo, quien duerme profundamente en la cama, antes de salir ella con el libro fuertemente abrazado contra su pecho.

Once, diez, nueve.

Un avión agrandándose desde el horizonte como una flecha que regresa por el aire, volando de cola para recoger con su reactor el humo blanco que ensucia un cielo cada vez más azul y, adentro del avión que cruza hacia atrás el mundo, sentada junto a la ventanilla, en el asiento 23C, Kata, Kata negra, azul y gris, con sendos brillos en las mejillas, y los brillos son dos lágrimas que suben despaciosas desde las comisuras de sus labios reflejando el sol y entonces son dos soles minúsculos los que ascienden por sus mejillas para acabar entrando por sus ojos como si quisieran colmarlos de luz.

Diez, nueve, ocho.

“¿Qué estoy haciendo aquí?”, se pregunta Kata con los ojos cerrados, temblando, oyendo murmullos que no comprende, y sufriendo el sol y las moscas como una sola sensación, moscas de sol posadas en cada centímetro de su afiebrada y humedecida piel, y mordiéndola, mordiéndola.

Tiembla con los ojos cerrados y luego se atreve a mirar. Está ella entre mucha gente. Todas las personas junto a Kata rodean un ridículo tonel. El tonel está lleno de arena y de allí sobresale una máscara. Parece ser una máscara de arena modelada en alto-relieves. Debe ser una máscara. Los ojos están abiertos pero no miran. La máscara tiene los orificios de la nariz también llenos de arena y una boca entreabierta que no podría hablar aunque quisiera, porque de allí saldrían palabras de arena, lamentos de arena. La máscara, debe ser una máscara, tiene cortes en las mejillas, pero es bella como una escultura.

Lo último que ve Kata antes de ser empujada por las personas que rodean el ridículo tonel, echándola precipitadamente de allí, es que también aquel pelo rojo de la máscara parece hecho de arena.

Lo último que alcanza a pensar es que nunca había visto, como dijo el ruso, una expresión de la más pura tristeza.

Nueve, ocho, siete.

–Sí, había una mujer así –le dice a Kata un hombre quemado por el sol antes de que ella le muestre la fotografía y le pregunte si la ha visto.

–¿La ha visto?

Kata camina con la fotografía por las calles desdibujadas de ese pueblo perdido en los confines del mundo, pero la gente apenas tiene tiempo de levantar la cabeza y negar con un vago

movimiento, ocupados como están todas esas mujeres y todos esos hombres en ir metiendo entre los escombros cosas que deben de serles queridas: algunos collares, estropeados álbumes fotográficos, una caja musical que chorrea borbotones de agua, pero, a veces más incomprensiblemente, poniendo sobre los escombros, entre varias personas, con mucho cuidado, el cuerpo de alguien que se les parece, sólo para irlo cubriendo después con pedazos de silla, con montones de vidrios rotos (que les curan sorprendentemente las muchas heridas frescas de sus manos), con pesadas piedras que les amontonan encima a fuerza de movimientos desesperados y violentos como si quisieran olvidarse de ellos lo más pronto posible.

Kata se aleja y se acerca a pobladores sucios y aparentemente malheridos ocupados en la misma labor de olvido, se acerca y se aleja con la fotografía en las manos de una joven que de tan joven parece niña, hasta que topa con uno de los escasos muros que quedan en pie en el pueblo y, sin pensárselo mucho, pega allí el retrato, entre muchas hojas similares que también muestran rostros humanos: niños, ancianas, hombres. Los papeles fijados malamente al muro oscilan por el viento antes de que muchas personas los retiren delicadamente de allí, justo a tiempo para que Kata alcance a ver que al pie de los retratos se reproduce garabateada una misma palabra que ella no entiende pero ante la cual ella murmura “ayúdame”, “ayúdame”, como si de verdad Kata fuera capaz de traducir un idioma que no conoce. Por segunda vez los ojos de Kata topan con el rostro de una joven de pelo rojo que está adherida en una de las esquinas del muro pero esta vez Kata no la reconoce, y comienza a alejarse lentamente con las manos vacías.

Ocho, siete, seis.

Es como una lluvia al revés. Diminutas gotas todavía sucias se condensan en el suelo, se redondean como perlas líquidas y luego ascienden ya limpias por las ropas largas y excesivas, por las manos, por los cuellos, hasta llegar a los ojos. Es la lluvia humana de estas personas rojas de piel y miel de ojos y castañas de pelo que no se parecen a Kata. No es por eso que Kata –negra, azul y blanca– no se les acerca. Ellos abren la boca para recoger lamentos que andan aullando lastimeramente por el aire, ellas se pasan las uñas por la cara para desaparecer mágicamente los rasguños que las lastimaban, las niñas y los niños hacen que cordones de mocos salgan milagrosamente de sus bocas y suban hasta las ventanas de la nariz y allí desaparezcan.

Ella no sabe cómo acercarse a gente tan mágica y milagrosa.

Todos ellos repiten una palabra como sortilegio para llevar a cabo tales prodigios. Son palabras que Kata no entiende, que Kata no conoce, que a Kata no le sirven porque ha intentado repetirlas y nada pasa. Kata no sabe que son nombres. Ella sólo tiene la palabra “ayudar”. Es lo que piensa obsesivamente: “ayudar”, “ayudar”, “ayudar”, “ayudar”. Pero sus palabras carecen de magia y entonces nada entra por su boca, nada entra por su nariz, nada entra por sus ojos.

Al final Kata parece decidir que nada tiene que hacer en ese triste país porque empieza a quitarle ropa a la gente, monedas, comida y va echándolas a su maleta hasta que ya no queda nada suyo en las manos agrietadas y curtidas de esta gente

que la mira con ojos lluviosos, con ojos llenos de sol por las lágrimas que suben por sus rostros como hormigas líquidas con su líquido cargamento de luz y les ahogan de brillos la mirada.

Siete, seis, cinco.

Lástima que Kata se haya ido del pueblo justo ahora que, por segunda vez, el agua baja lentamente de los árboles donde se había encaramado; justo ahora que se descuelga de los techos y se va retirando del interior de las casas mal construidas y mal terminadas. El agua está reuniéndose y yéndose de nuevo hacia las afueras del pueblo, no sin ir ensamblando antes pedazos de madera y uniendo astillas y cosiendo jirones de tela y desdoblado tubos y recogiendo ramas que andaban sueltas de aquí para allá, con el fin de regalar a cada casa árboles frondosamente íntegros y ventanas de limpios vidrios y, junto a las ventanas, mesas y sillas para que los niños, las mujeres y los hombres, que venían flotando sobre el agua, se sienten a contemplar el momento maravilloso en que el agua termine de reunirse e, igual que hace un par de días, suba al cielo como una increíble muralla transparente y así, levantando sus manos líquidas, se despida el agua con un cariñoso y estruendoso adiós, y luego se vaya hacia el borrascoso mar de la distancia, y con la cariñosa ola se marche también, entre muchos y variopintos objetos, el tonel de madera flotando en la cresta hasta que la joven que de tan joven parece niña salga de allí y se sujete a la parte más alta de la más alta palmera para esperar, acaso, con su pelo rojo ondeando como sol, a que un sueño se cumpla y alguien venga a darle una mano.

Seis, cinco, cuatro.

Kata debe estar haciendo algo malo si ella entra en el aeropuerto de este país del confín del mundo cuando tanta gente sale como estampida de allí. Algo de veras malo si su maleta es la única maleta que gira en redondo en la banda transportadora del equipaje. Algo profundamente malo si el agente de aduana rojo, miel y castaño mira el retrato en negro, azul y blanco de su pasaporte y le pregunta tristemente: “¿por qué?” Algo de veras malo para atravesar ella todo un océano en un avión donde nadie más viaja por regresar a su país también negro, azul y blanco.

Siempre son largos los retornos y es obvio que Kata no quiere dormirse. En el asiento 11A del avión, junto al pasillo, sus ojos se cierran y ella los abre. Se cierran y ella los abre. Se cierran y ella los abre. Hasta que sus ojos se abren solos y ella grita y manotea, y finalmente ella cierra los ojos y duerme.

Duerme hasta volver a su patria. Allí ella descende a su tierra negra, azul y blanca, busca un mostrador y da su boleto de avión, y una mujer le regala montones de billetes quizá como bienvenida. Parece que todos están alegres de su vuelta porque ahora es un hombre gordo quien le ofrece unas monedas y luego carga sus maletas hasta el taxi. De veras parecen felices de su regreso. El hombre del taxi le sonrío, le da otro montón de billetes, le abre la puerta del auto para llevarla desde el aeropuerto hasta una casa bien construida y bien terminada en el centro de esta ciudad que no conoce el mar y menos cariñosas olas que se levanten como murallas y se despidan estruendosamente.

La puerta principal de la casa produce un ruidoso aplauso y se abre para Kata.

Ella entra en una enorme casa que parece coleccionar espacios vacíos. Busca la sala, se sienta en el sofá, toma una tasa y vierte el líquido que tenía en la boca quién sabe desde cuándo. Entonces, con la boca libre, Kata puede hablar al fin.

–Ya he estado allí, llevo muchas noches estando allí.

Y luego.

–No lo entenderás.

Y luego.

–Sólo una semana.

Y luego.

–Tengo que hacerlo.

Y luego.

–Ayúdame a ayudar.

Finalmente camina hacia una habitación de la casa y sale con el niño en andas, el niño dormido profundamente, el niño del brazo roto, enyesado y en cabestrillo. Es entonces cuando Kata dirige por primera vez su mirada hacia la

mujer negra, blanca y azul que se le parece como su reflejo en el cristal.

–Hola, mamá –dice, y su sonrisa es una sonrisa profundamente fatigada.

Cinco, cuatro, tres

Kata –blanca pálida, boquiabierta y azuladamente desorbitada– mira en el televisor de su habitación un pueblo que nunca ha visto. El pueblo de los confines del mundo está sumergido casi por completo en el agua. El reportero murmura que fue una ola increíble y luego repite una sola palabra “tsunami, tsunami, tsunami”. Y cuando muestran una fotografía del pueblo de antes de la tragedia, sin el agua de mar cubriéndolo casi enteramente, Kata lo reconoce. Nunca lo ha visto pero lo reconoce, porque a veces se puede llegar a partes del mundo sin recorrer los caminos reales.

Luego una noche tras otra noche tras otra noche, Kata permanece sentada en la cama, frente al televisor encendido que ella no mira, escupiendo esporádicamente unas tabletas blancas que extrae de entre sus labios y mete en un frasco, y vomitando también un líquido negro y humeante en una taza que siempre acaba llenándose hasta el borde.

A veces ella apaga la luz y se recuesta y se cubre con las cobijas y cierra los ojos y entonces sueña con una joven que de tan joven parece niña.

Noche tras noche sueña el mismo sueño en donde un enorme lago turbio le inunda la imaginación, un lago que se le derrama como pesadilla y de donde emergen apenas los remates de los más altos edificios, tristes edificios casi ahogados, y, en uno de esos edificios, milagrosamente colgada de la herrería exterior de una ventana, la joven de pelo rojo que tiene el agua hasta el cuello. Kata, en el sueño, siempre la reconoce porque hay personas que, aunque no existan, merecerían existir.

Noche tras noche el mismo sueño que Kata no recuerda al despertar: el lago turbio y negro; la punta del edificio que sobresale de allí; en la herrería más alta de la más alta ventana de la fachada, la joven que parece estar a la espera de una mano que sujete su mano vacía; y, entonces, en el sueño, Kata se ve a sí misma nadando junto a cajas flotantes y postes de madera y álbumes fotográficos, dando brazadas y abriéndose paso entre pedazos de vidrio y de tela, y tubos doblados y trozos de ramas, intentando desesperadamente llegar hasta la mujer roja de pelo, roja de piel y enrojecida de ojos por tanto llorar.

Noche tras noche soñando el mismo sueño hasta que Kata deja de ser Kata.

Ahora ella es un hombre y es ruso y es blanco, verde, rosado –blanco de canas, verde de ojos y rosado de piel– nadando desesperadamente entre escombros por alcanzar a la joven del sueño que ya no es más un sueño. Es la última historia de un libro de cuentos que Kata está leyendo por tercera vez y que se llama *El hombre que no recordaba la felicidad*.

“Una expresión de la más pura tristeza”, murmura entonces Kata imaginando a la joven con el agua hasta el cuello y sintiendo que una parte de su corazón se muere para siempre al proferir estas palabras, pero la frase, como ave en migración, levanta el vuelo desde su corazón hasta su cabeza y de allí se muda hasta una página del libro donde el ruso, al descubrir a la joven pelirroja que cuelga del exterior de un edificio sobre un mar turbio y negro, piensa que de verdad no es ella quien llora, que de verdad no es ella quien grita, “simplemente esa joven que de tan joven parece niña espera a la muerte con una expresión de la más pura tristeza que grita y llora por ella”.

Cuatro, tres, dos.

Es un auditorio colmado de gente, en donde el hombre de pelo desordenado, anteojos redondos y sonrisa ingenua, le da un beso a Kata. Este hombre, que no había aparecido antes en la historia, abre un libro que se llama *Y sobrevivir con las manos abiertas* y, en la primera página, con una pluma fuente, va absorbiendo desde el pie de la hoja hasta la cabeza de la hoja cada trazo de su firma, y luego va subiendo por las líneas de tinta haciendo desaparecer cada una de las palabras que decían “escribí este libro para sobrevivir; para que realmente mis manos pudieran tenderse hacia otras manos y, estrechándolas, dejaran ambas de estar vacías”. Finalmente, letra a letra, borra el nombre de Kata.

El hombre cierra entonces el libro de cuentos y, con una sonrisa, lo pone en las manos vacías de Kata.

Tres, dos, uno.

Kata está en un aula desierta de una escuela preparatoria. Muchos jóvenes comienzan a entrar y se van sentando en los pupitres. Cuando las chicas y los chicos de dieciséis y diecisiete años la miran, ella les dice que a lo mejor la única manera de saber si la literatura vale la pena es aguardar a que un libro, uno solo, cambie realmente la historia del mundo.

–Como un nacimiento, dice Kata, nacer y luego, como una fruta que se ensancha o una flor que se llena de pétalos, esperar a que maduren las cosas para comprender hacia dónde nos lleva la nueva historia del mundo.

Luego Kata se sienta, apoya los codos en el tablero del escritorio, hunde la cabeza entre sus manos.

–Siento vergüenza, dice con voz grave, les he enseñado a sentir, a compadecerse, a llorar por los personajes de los libros y por sus tribulaciones, pero ninguno de ustedes, ni siquiera yo, ha hecho nada por la anciana que allá afuera nos pidió ayuda extendiendo no una sino sus dos manos vacías.

Uno, dos, tres.

Yo soy ese personaje de pelo desordenado, gafas de aro y sonrisa ingenua que no había aparecido antes en la historia. Yo soy de verdad el autor de *Y sobrevivir con las manos abiertas*. Yo escribí el libro y se lo di a Kata. Yo creo que en realidad pude dárselo porque no todo lo que está escrito, ha sucedido.

–Lo siento –le digo, y mejor le doy un beso en la mejilla a Kata.

Ella no entiende cuando en el auditorio colmado de gente le digo que preferiría no dárselo.

–Prefiero no.

Y le digo que no todos los libros son para todos, y que mejor no lo lea, que prefiero darle otro regalo, que tengo muchos libros, pero que esta vez preferiría no darle una historia sino la interrupción de una historia.

Pobre Kata, no entiende nada y me mira con ojos redondeados de estupor. Me le acerco al oído y, señalándole al niño que está junto a ella con sus dos brazos sanos, le digo que no se sienten juntos en el juego de la feria, que a veces un peso adulto no debe estar tan cerca del leve peso infantil.

Luego Kata y su hijo –ambos negros, azules y blancos– se toman de la mano, y se marchan de aquí, se marchan a salvo de mí.

Para no ahogarme

A pesar de que Phillipe ha cerrado la puerta vidriera que da al balcón, se dejan oír las campanadas; seis tañidos sin adjetivo que se graban en la cinta de la grabadora y cuando retorna el silencio, sin dejar de ver a la mujer a través del visor de la cámara, él hace las preguntas. Luego vienen el chasquido y la luz fría del *flash*. “Graciela Contrina”, responde ella, y agrega con una sonrisa desconcertada, “podría intentarlo” y de nuevo el *flash*.

La silla está frente al muro libre de la sala, donde no hay reproducciones y el tapiz es menos agresivo gracias al deslustre provocado

por el sol. La mujer, esta nueva mujer del vestido cortísimo, cierra las piernas al sentarse y encaja las manos entre sus muslos aunque es evidente que Phillipe enfoca su rostro. ¿Cómo te llamas?, pregunta él. Se dejan oír las campanadas. Ella lleva el cabello sujeto, se ha maquillado de más, su boca demasiado roja repite “Yadira Russi”, y, así sea evidente la falsedad del nombre, Phillipe lo deja ir y pasa a la segunda interrogación: ¿podrás enamorarte de mí?

Esta ocasión la mujer es casi una niña. Phillipe le señala los vasos de gaseosa que están sobre la mesa. Coge uno, le dice sin mirarla, artificiosamente abstraído en los lentes de la cámara. La casi niña lleva el pantalón muy ceñido. Se ha sentado ya dos veces y dos veces se ha puesto en pie para alisar las arrugas de la tela. ¿Cómo te llamas? “Antonia, Antonia Talero”, dice ella sin atreverse a beber del vaso que sujeta con ambas manos.

Ahora los toquidos en la puerta son un exceso. Como si hubieran usado los pies y no las manos. Es una mujer de hombros descubiertos, ancha de espalda, parece no llevar nada bajo el vestido. “¿Enamorarme de ti, churro?, le devuelve la pregunta a Phillipe, yo he venido a que tú te enamores de mí”.

La mujer se sienta.

La mujer se sienta.

La mujer se sienta.

Si las mujeres no doblaran hacia la izquierda sino a la derecha al llegar al final del pasillo, encontrarían la recámara. Allí, sobre la mesa, está

la invitación que ellas habrán recibido en la calle o que habrán leído en los anuncios clasificados de los periódicos El Tiempo o El Espectador.

Solicito Novia

“Si te gusta viajar”

París * México * Nueva York

¡Participa!

Informes

Tel 3 20 35 89 ext. 2702

(033) 3 10 76 97

¡Llama ahora!

A un lado de los volantes está la carpeta de Phillipe. En la primera página hay una fotocopia de su pasaporte mexicano y de su visado por dos meses. Luego vienen: una hoja de vida, cartas de recomendación, reseñas periodísticas sobre su obra artística redactadas en francés, en inglés y en español. Al final se halla su proyecto: buscar novia en Colombia.

Phillipe se dedica a un arte cuyos productos o son efímeros o no existen: *happenings*, instalaciones, *performances*. Según esta carpeta se encuentra becado en Bogotá para realizar una “acción”. A eso se dedica hoy Phillipe: acciones.

Se escuchan las campanadas y el resplandor del flashazo se cuela hasta esta pieza. Desde aquí las voces de Phillippe y de la mujer en turno sólo son un rumor aunque supongo que ahora ella está diciéndole su nombre, “Consuelo Merchán” o “Bárbara Santabay” o algo así.

Entiendo a las acciones como un arte inverso. Inverso, por ejemplo, a la literatura. Al escribir se parte de la nada para, meses, años después, ofrecer un libro. Lo mismo sucede con las demás artes “tradicionales”. Al final hay un lienzo, una escultura, una coreografía, una partitura. Las artes inversas no crean productos porque defienden la premisa de que la llamada “realidad” es una creación ya, así que prefieren desarmarla. Phillippe trabaja en el desmontaje, en la deconstrucción de esa gran obra humana que llamamos “lo real”. Selecciona un fragmento, le vuela la tapa, le saca los tornillos y estudia el funcionamiento, por ejemplo, de las relaciones de pareja, las fórmulas afectivas, los lenguajes del amor, los mitos y las expectativas que se echan a andar cuando dos personas se encuentran cara a cara con una intención de permanencia, así dice el proyecto de Phillippe: buscar novia.

Suena el teléfono. Puede ser el celular de Phillippe o el aparato telefónico del cuarto 702, segunda torre, del hotel Baviera, dice él, luego de descolgar; y mientras continúa al teléfono, una mujer cuarentona, sentada a su espalda, aprovecha para sacar un espejo del bolso y revisar que sus ojos y sus labios sigan allí. Mañana a las cuatro de la tarde o pasado mañana a las seis, murmura él anotando en la agenda la hora y la fecha de la cita.

Lo de Phillipe, lo de cada uno de las mujeres que llegan a verlo, puede resumirse en sonidos: los golpes en la puerta, más o menos fuertes, más o menos insistentes. El crujir de la silla. El chasquido de la grabadora. Las campanadas antes o después. El nombre de ella. La pregunta de si podrá enamorarse de él. El click de la cámara. La precipitación con que después él deja caer las manos sobre la mesa para concluir la cita antes que ellas terminen la gaseosa. La promesa de Phillipe en el pasillo: “yo te llamo”. El golpe seco de la puerta. Los restos de la gaseosa yéndose por el tubo del lavabo.

Uno puede preguntarse si creerle o no. Él mismo no lo sabe. Basta mirarlo. No se involucra en su proyecto. Así no puede quererse una novia para *desarmar las realidades del amor en las mujeres colombianas*, como dice el proyecto. El único momento en que las mira directo a los ojos es cuando las fotografía. Antes y después sólo les resbala la mirada por encima, como si ninguna de ellas tuviera nada por dónde asirse. Él no lo sabe, me refiero a eso de si de verdad pretende o no una novia, y yo tampoco.

Al menos Phillipe abre una disyuntiva posible con esta acción suya: ¿encontrará o no una mujer? Así que, desde el punto de vista literario, hablando específicamente de estructuras y géneros narrativos, por lo menos podemos descartar que esto de Phillipe sea una novela o un relato: la una, interminable y excesiva; el otro, plano como un desierto. Los cuentos funcionan de este modo, un hombre coge una pistola y se encañona la nuca. Justo en ese momento suena el teléfono o lo llama su hija desde la planta baja. Aunque él deja la pistola en el cajón del escritorio y sale de la pieza, nosotros leeremos todas las páginas que sean

necesarias sólo para saber si él se disparará o no cuando vuelva a su estudio. Es así un cuento. O bien, pongamos otro ejemplo, la historia de un niño que comienza a tocar la entrepierna de una mujer mientras ella duerme o mientras ella es demasiado recién nacida para oponer resistencia o mientras ella ladea la cabeza para no hacerle daño con su mirada; y entonces leeremos sólo para saber si un día después o veinte años después, ella le reclamará o no, recordará o no, podrá perdonarlo o no. Eso es un cuento: una historia que sólo promete una alternativa de desenlace: sucede “a” o sucede “b”, alguien vive o ese alguien muere, Phillipe encuentra o no encuentra a una mujer.

En el caso de la acción de Phillipe –aprovechemos para reflexionar ahora que él está al teléfono nuevamente– hay que hacer, sin embargo, una precisión. “Se busca novia” posee dos acepciones posibles. O bien hay un propósito de hacerse de una mujer cualquiera, alguien a quien que hasta hoy él no conoce, y quien, por un motivo intraducible, será su elegida, con lo cual el cuento se limita entonces a esa obvia disyuntiva entre tener o no tener. O bien ese “se busca novia” es como cuando un padre advierte que su niña de tres años ya no está donde la dejó hace un instante y él comienza a gritar el nombre de la niña de una manera cada vez más histérica “Graciela” o “Consuelo” o “Yadira” o “Antonia”. De ser entonces este segundo tipo de “se busca”, la historia se complica porque lo del noviazgo se revela como un pretexto, tanto así que, incluso, en vez de “se busca novia” pudo haber aparecido en los diarios “te busco”, y así Phillipe estaría intentando no conocer a nadie sino reconocer a una, y aunque la disyuntiva puede ser casi la misma que en la versión anterior “encontrarla o no”, en realidad se abren infinidad de

posibilidades “¿la reconocerá o no?”, o “¿ella lo agredirá o no?”, o “¿ambos sabrán o no darse un final para una historia que comenzó hace mucho?”

Esta vez los golpes en la puerta son suaves. Phillipe deja el periódico en la mesa de centro, sobre los otros diarios, y camina hasta la puerta. Es una mujer mayor, de vestido azul y delantal blanco, empleada del hotel. Le extiende un sobre amarillo, Phillipe recula, va hacia el nicho triangular del muro, coge tres rollos de película, se los da a la mujer y sólo hasta entonces toma el sobre.

¿Para que querrá las fotos él? Extrae la veintena de retratos en blanco y negro, de veinte por diez, y camina hacia el ventanal para examinarlas bajo la luz rojiza que viene del exterior. ¿Por qué las fotos y por qué la grabación? En el proyecto no decía nada de ello y según el cuestionario anexo, la idea original abarcaba casi veinte preguntas que ellas iban a contestar con propia mano en sus casas, y luego remitirían por correo, y no esas dos interrogaciones desnudas después de las cuales él colecciona en la cinta apenas unas palabras. ¿Será que Phillipe nunca ha visto en persona ni nunca ha escuchado sin mediación de una máquina a la mujer que busca reconocer? ¿Será que sólo la ha observado en una reproducción, quizá ilustrando una nota periodística, y sólo la ha escuchado a través de una radio o desde el auricular de un teléfono y por eso los retratos y por eso las voces en la cinta?

Quizá lo verdaderamente importante de todo esto, más allá de la cámara y del aparato grabador, es que si él busca reconocer

a una mujer, entonces es inevitable la existencia de un pasado. El problema es que Phillipe ya está otra vez tras la cámara, se escucha el chasquido y luego se deja oír una voz grave “Amparo Irragori”, y ahora una voz sibilante “Irma Dicelis” y ahora una voz equis “Elena Torrico”; y sólo a veces sucede una variante pueril, no en las voces sino en ciertos diálogos imprevistos, “sí, Clarissa, puedes llamarme Phill”, o ellas, “¿no tienes cerveza en lugar de gaseosa?”, “¿por qué te sientes solo?”

Es imposible saber nada del pasado posible de Phillipe si él no sale de esta habitación, si él mismo tiende la cama, ordena la comida al cuarto, encarga las gaseosas a la administración cada vez que está por vaciarse la hielera, recoge el diario que le hacen llegar por debajo de la puerta y luego de hojearlo lo deja como ahora sobre la pila cada vez mayor de periódicos que ya sube hasta este 23 de septiembre, hasta este 26, hasta este 27 de septiembre, hasta este primero de octubre, donde permanece por encima de todos los diarios la noticia del estallamiento de una mina contra un bus escolar en Usme, y también la nota *Tercer hombre con la verga amputada en duelo de comunas* y un artículo sobre las menores desaparecidas, nota que ha ido perdiendo tamaño y posición en las primeras planas luego de dos semanas de búsquedas infructuosas.

¿Cómo reconocer en esta inmovilidad de Phillipe un pasado? La ventaja de que aquí tuviéramos un cuento, ojalá, es que todo ese pasado, que no vemos aún, tendría que estar aquí, completo, entre la puerta y el balconcillo de la habitación 702, por el mero hecho de que así funciona un cuento: se delimita un contorno espacial y un contorno temporal –en este caso, la pieza, y este

tiempo circular de mujeres que van y vienen-, y dentro de tal perímetro se halla la información, dosificada, secuenciada de un modo significativo, dispersa aquí y allá pero íntegra, para que uno vaya encontrando los datos, sumándolos, comprendiendo lo que está sucediendo frente a sus ojos.

Por lo pronto, mientras Phillipe engrapa las nuevas fotografías en una segunda pared de su recámara (el primer muro recién se completó con la foto de la muchachita del pantalón entallado, Patricia, me parece que dijo llamarse), es posible inferir, o al menos yo lo infiero, que no han de ser muchas las causas por las que alguien abandona la ruta usual de la vida, esa que va del presente al futuro, y, por el contrario, se detiene y echa a andar en sentido opuesto, hacia su pasado, personas que llevan su historia a cuestas.

Creo que son apenas tres los motivos para, en la espalda del tiempo, buscar a alguien que debiera estar olvidado. El primer motivo tiene como finalidad completar un asunto inconcluso y entonces se busca a ése o ésa con quien convivimos tiempo atrás para agradecerle, o para pedir u ofrecerle perdón, o para vengarse. El segundo motivo se sintetiza en la palabra “continuación” y se refiere a una lógica episódica en una relación amistosa o amorosa, una historia en proceso, a medias, que cíclicamente exige sumar un nuevo acontecimiento a los existentes. Y el tercero se origina en los asuntos terminados, relaciones bien muertas como la piel de un oso, que obligan sin embargo al retorno para buscar entre la pelambre, la herida que lo mató. Son las historias que ya se han vivido pero no han sido comprendidas aún. Desde este punto de vista, se retorna al pasado

para ofrecerse una explicación: buscar al segundo protagonista, o a quien tiene los datos de los cuales carecemos, o al poseedor de una segunda o tercera o cuarta versión como testigo, causante o víctima de nuestra historia.

Phillipe es buen fotógrafo. Basta mirar este tapiz obscuro que ya va por la segunda pared de la recámara. Lo de obscuro no es un adjetivo gratuito. Hay mucho de obscenidad en una boca femenina abierta. Todas las mujeres aparecen así porque daban respuesta a la pregunta del enamoramiento justo cuando Phillipe se hizo de sus imágenes. Han mostrado la intimidad de sus lenguas, de sus dientes a veces estropeados, de sus cavidades húmedas, sólo para decir una frase, en ocasiones apenas un par de palabras, como ahora que se deja oír desde la sala ese nítido “no sé”.

Lo de Phillipe semeja una provocación, con ellas, conmigo, ¿con quién o con quiénes más?

–¿Hace cuánto que no la has visto? –me gustaría cuestionarle a él y hablo de la novia que busca. O bien “¿qué vas a hacer cuando la encuentres?”, o mejor, frente a este cementerio de mujeres de la pared, pues no empieza a parecer otra cosa cuando uno se lanza a las asociaciones y cuando es sabido que todos los cadáveres dejan caer la mandíbula inferior al corromperse los músculos y los ligamentos de la boca; mejor entonces le interrogo: “¿por qué esa pregunta, querido Phillipe?” Gramaticalmente, combinando los pronombres interrogativos con las 19 preposiciones del lenguaje español, dan alrededor de 400 preguntas posibles. La curiosidad de

nuestro idioma posee, pues, sólo 400 direcciones, los 400 grados de la duda, y la cuestión es por qué desechar 399 por una única ruta para el interrogatorio. Por qué, Phillipe, no indagar cuándo, dónde, para qué, linda. “A ver, linda, ¿para qué quieres abandonar esta vaina de país? ¿De verdad estás dispuesta a dejarlo todo atrás?”

Escucho la puerta de la entrada, los taconazos no producen eco. Desde la recámara alcanzo a observar las piernas, cruzadas, pálidas, el vaivén de una de las zapatillas rojas.

–¿Cómo te llamas? –pregunta él.

–Nancy.

–Nancy, ¿sabes que nunca he dejado de agradecértelo?

Eso es un ejemplo, querido Phillipe, una variante, pero no, allá vas con la interrogación de siempre, “¿podrás enamorarte de mí?”

Hay ocasiones en que llegan las campanadas, atraviesan nítidas la puerta vidriera, cinco, seis, siete tañidos, sin que arriben las mujeres. Phillipe revisa su agenda. Según su agenda tendría que haber alguien sentada frente a él pero la silla se encuentra sola. Existe un sinfín de malentendidos posibles alrededor de su “proyecto artístico”, su “acción”, que podría ayudarlo a entender esta ausencia; bastaría con que echara una ojeada a la pila de diarios que ahora mismo recoge de la mesita de centro. *Buscan secuestrados en Vía al Mar, Intentaba un contacto con el ELN para gestionar la liberación de uno de los últimos rehenes del vuelo*

302 de Avianca, Lo confundieron con el comandante Giovanni y ahora en el pueblo del Bajo Putumayo, en La Dorada, es como si alguien hubiera escondido los nombres y los apellidos de casi todos sus habitantes porque de mencionarlos, dicen, su vida correría peligro; pero Phillipe echa los periódicos al cesto de la basura, sin leerlos, y así no hay modo de que entienda que, además de todos estos asuntos sintomáticos de un país atravesado por la violencia que lo rozan peligrosamente –secuestros, rehenes, estas operaciones para nombrar y luego reconocer–, además, lo suyo es tan ambiguo que parece un archivo, una red, un directorio, una lista: Delia, Yolanda, Carlota, Lourdes. ¿Por qué? ¿Para quién son significativos estos nombres? ¿Para qué?

Basta mirar a Phillipe dejarse caer en el sofá de la sala, restregarse el rostro con ambas manos y luego fumarse un cigarrillo que enciende con el anterior, para anticipar que en este país no existen ni la ingenuidad ni la inocencia que él requiere para salir bien librado. Se nota que Colombia lo está minando. Se le ve en la humedad de la mirada ahora que abre la puerta, como si temiera un asalto o que la mujer no llegara sola. No puede interpretarse de otro modo su enclaustramiento y también este modo abrupto de concluir las citas con las manos desplomándose sobre la mesa y con la promesa cansada: Yoshie, yo te llamo.

Ayudaría quitarle la cámara, decirle a la mujer en turno que vuelva luego, sentar a Phillipe en la silla y comenzar a interrogarlo. Le ayudaría incluso a él que ni siquiera entiende lo que está haciendo.

–¿Sabes lo que es la trata de blancas?, le cuestiono con voz suave mostrándole el volante que conoce de sobra, ¿eso de

llevarse a las mujeres colombianas prometiéndoles otros países para esclavizarlas o convertirlas en putas?

Y es que quizá Phillipe, con esos ojos verdes desorbitados y con la súbita blancura de su rostro, parece creer de verdad que lo suyo es sólo una “acción”, una obra de arte: descubrir lo que sucede con el amor en Colombia, con las mujeres y sus expectativas, con los discursos, para después –dice– hacer un reporte destinado a las instituciones que lo becaron y una exposición en una galería con todos los retratos y con todas las respuestas ya transcritas y fijadas en las paredes. ¿Será que Phillipe de verdad me piensa un imbécil? Es cierto que a su favor están las invitaciones de Nueva York para dentro de un par de semanas, el 31 de octubre, y entonces es presumible que él realizará allá otra “acción”, quizá extrema como se estilaba en los 70 cuando más parecía que los artistas se hacían de espectadores para echar a andar las maquinarias de sus suicidios, pues no otra cosa semejaba eso de lanzarse a la mar con una balsa inflable o eso de sujetar dos cables electrificados y esperar a que alguien del público diera el empujón necesario para acabar por pisar el charco de agua que se tenía detrás o el ensorgarse el cuello y luego humedecer la soga para que ésta comenzara a contraerse y empezara lentamente a asfixiarles.

Phillipe, querido Phillipe, tantas historias fuera de la ley aquí en Colombia, como un campo entero cubierto con pegajosos papeles matamoscas, y llegas tú disfrazado con una promesa ingenua –París * México * Nueva York– pretendiendo sobrevolarnos.

Si al menos Phillipe tuviera una secuencia de fotos en el muro que justificara la búsqueda de una sola mujer, yo podría

entenderlo. Una serie de retratos que fueran mostrando a la misma persona: una niña formal y tímida ante el piano, por ejemplo, transformándose de retrato en retrato en una mujer blanca, de pelo castaño claro y ondulado derramándose como capa, y con una mirada cada vez más abierta como cuando alguien extiende los brazos para recuperar algo largamente perdido. Abajo, en el remate de cada fotografía, un nombre, a lo mejor *Laura López*, y quizá un recuerdo de ella, de cuando pequeña, para darle verosimilitud a su búsqueda, una *Laura* niña con la cabeza cogida entre dos barrotes de una cerca y el hombre que se aproxima con un serrucho y los gritos horrorizados de ella porque supone que para ser librada no resta sino cortar la cabeza.

Phillipe tiene que recriminarse por no ser un alcohólico. Se está bebiendo las gaseosas en la cocina con una constancia heroica pero inútil. Sólo se escucha la puerta de la hielera y el destapador volando las tapas de las botellas, pero él no pierde la conciencia.

Suena el teléfono. Es el timbrado ronco del aparato de la habitación. Suena y suena, pero ahora Phillipe ya no responde. Es extraño porque hasta hace un instante se hallaba en la cocina y, aunque todavía faltan diez días para su presentación en Nueva York, sus maletas ya están en el pasillo. Es extraño también que su teléfono celular se halle en mi mano cuando comienza a timbrar y yo lo respondo y le diga a la voz femenina que si se llama *Laura*, solamente entonces puede venir.

¿Qué hacíamos tú y yo en esta habitación, Phillipe? Las últimas mujeres que llegaron aquí y fueron directo a la silla y a la

grabadora y a la cámara fotográfica me resultaron familiares, pero Phillipe no se inmutó, para él semejaban ser como cualquier otra. Yo no podía dejar de mirar sus ojos y rescatar ciertos rasgos, ciertos gestos, un acento, incluso una fragancia no arrebatada por la edad. ¿Yolanda? ¿Judith?, murmuraba sin proponérmelo, y ellas se volvían hacia mí como si a su vez intentaran reconocirme.

Ahora soy yo quien prefiero sentarme y dar un trago a la botella de aguardiente. Cuando entró Ada, de saco y pantalón, y no pregunté su nombre sino que la guié hasta la sala sabiendo que con ella yo volvía al pasado compartido sólo para ofrecerme una explicación. “¿Me pregunto y te pregunto, Ada, qué es lo que vi en ti y ya no está?” Y luego a Yoshie, Carmela, Claudia, Yolanda, Patricia, Lourdes, como si aprovechando la acción de Phillipe, yo hubiera convocado a mi vez a mis mujeres, y con cada una de ellas existiera una pregunta pendiente y yo la hubiera escupido, la pregunta, para acabar de una vez con estas historias antiguas. ¡Cerrar los cabos del pasado para que no siguieran ciñéndome el cuello amenazando con ahogarme!

Los toquidos en la puerta son apenas audibles. Aunque se ha maquillado para aparentarse mayor con una línea difuminada cuidadosamente bajo cada ojo y con una boca dura y amplia producto de la barra de labios, reconozco a Carlota, la acompaño hasta la silla, le pido que espere un momento. Phillipe tiene que haber salido en algún momento porque no está ni en la cocina ni en la recámara ni en el baño. La grabadora tampoco aparece por sitio alguno, así que me contento con la cámara. Estaré pensando que continúo con el trabajo de Phillipe, porque de otro modo no me explico lo que hago. Ni siquiera sé si Carlota me reconoce.

Se escuchan las campanadas. Creo que quiero preguntarle algo sobre su vida y en lugar de eso me escucho afirmar “te amé”, y le tomo la foto así, sin que ella abra la boca.

Phillipe se habrá marchado sin que yo lo notara. Ya no están las maletas en el pasillo, el ropero se halla vacío, la caja fuerte se encuentra abierta y sin dinero, y no queda una sola fotografía en la pared de la pieza.

¿Qué espero entonces? Las botellas de aguardiente están por terminarse y la señora del vestido azul y del delantal blanco acaba de traer los últimos rollos revelados. Uso la misma engrapadora de Phillippe para fijar los retratos de las mujeres que me pertenecen, o a quienes yo les pertenecía, mujeres que me mantenían cogido no por tres sino únicamente por dos de las causas que nos empujan al pasado y nos tienen allí: continuar con una historia episódica o entender una historia que, terminada, yo no acababa por entender. Miro los retratos pero advierto los espacios desiertos en el muro, los sitios para las mujeres ausentes, porque hay una causa más, la tercera, cuyas mujeres aún no llegan –bebo al hilo de la botella hasta que siento que el aguardiente me sale por la nariz– mis endeudamientos.

Ahora yo soy quien se sobresalta cuando se escuchan los toquidos. Me llevo el brazo a la sobaquera aunque es estúpido pensar que, de haber un policía, vendría solo y se dejaría sorprender. No hay necesidad, sin embargo, de la pistola; abro la puerta y aparece amplificada la mujer que me sonrió desde el otro lado de la mirilla.

Es bella, ya se sabe, toda ella lista para que yo la desdoble, vaya desplegándola como un mapa, extendiéndola a fin de que no guarde ningún pliegue, recorriéndola con su voluntad o contra su voluntad hasta reducirla a una sola ruta, pero ahora ya no hay tiempo ni siquiera para el atajo de marcarla por la fuerza: mis endeudamientos.

–Demasiado tarde, cariño, Phillippe ha conseguido la novia que buscaba –murmuro y le cierro la puerta en la cara.

Ya no hay tiempo. No sé qué diablos hago sentándome de nuevo, sentándome no en el banco, del otro lado de la mesa, sino en la silla vacía que da al muro libre de la sala, donde no hay reproducciones y el tapiz es menos agresivo gracias al deslustre provocado por el sol. Pienso que no soy distinto a los demás hombres, a ningún hombre, en eso de ir perdiendo a sus mujeres. Perdiéndolas en todo sentido. No sabiéndolas retener y luego vendiéndolas a otros. Sólo algunas de ellas, a la larga, son las que lastiman. “La cima del amor”, dicen algunos: las diez inolvidables, las siete, las seis que guarda mi memoria, las “perennes”, cuando en realidad no son sino las mujeres que no supimos dejar bien muertas en nuestro pasado ni supimos ponerlas en marcha hacia la hilera interminable de hombres que pacientemente las aguardaban.

–Mis mujeres marcadas por la fuerza –murmuro, y en este momento la cámara que está sobre la mesa cumple su lapso, se dispara automáticamente y el *flash* me coge con la boca abierta.

Sé que ninguna de las seis mujeres unidas en la frase “contra su voluntad”, mis seis mujeres del “perdón” –aquellas que esperan escuchar alguna vez esta palabra de mí–, puede llegar hasta este sitio para que yo use la soga con al menos cinco de ellas ahora que renuncio a necesitar de su indulgencia y no hay modo de que me ahoguen nunca más.

Aquí están las campanadas de nuevo, redundantes e inofensivas; en la silla no hay nadie; Phillipe se hallará camino a Nueva York o quizá, por qué no, se encuentra en un sótano de Medellín, recibiendo una golpiza de antología y reconociendo una verdad que de pronto brota completa con un chapoteo, igual que sale a flote un cadáver: hay artes que no tienen cabida en un país de situaciones extremas cuya “realidad” no se va a dejar dismantelar, deconstruir, desarmar, sin una promesa de explotarte bajo el culo; y entonces *Mexicano asesinado por otros tratantes de blancas*, y ya se sabe, una bala en la nuca o la verga amputada y el cuerpo que nunca aparece.

Es inverosímil pero Phillipe ha olvidado cinco sogas sobre el sofá. Yo me echo la cámara al hombro, miro las fotografías de mis mujeres pero las dejo adheridas al muro, como mariposas, porque ya no las necesito y por primera vez camino hacia la puerta con la intención de abandonar el departamento 702. Atrás queda el agua suficiente en los lavabos para humedecer las sogas y poner a funcionar así las maquinarias de sus suicidios, por si cinco de las seis mujeres del perdón necesitan venir a buscarme. Yo sólo me llevo una docena de niñas colombianas, quienes ya estarán listas para el traslado en el aeropuerto, y me llevo también –lo pienso por vez primera ahora que suenan las

campanadas y cruzo al fin el vano de esta puerta- la deuda con la mujer de los cabellos ondulado y largos como capa, la mujer aquella del recuerdo de los barrotes y su cabeza atrapada y su llanto, porque (y esto sólo ella puede comprenderlo) espero llegar antes que el hombre del serrucho.

En el abandono

Alguna vez escribirás un libro sobre desaparecidos –*Memorias secretas de las desapariciones*, para ser preciso–. Querrás dedicar buena parte de las páginas para recoger historias nuevas, así que rápidamente, en los primeros capítulos, vas a repasar y a ofrecer las explicaciones más plausibles a los hitos: el bergantín *Mary Celeste*, Anastasia Romanov, Ambrose Bierce, Jack “El Destripador”, Saint-Exupèry; y a las celebridades locales de donde chauvinistamente mejor podrá venderse un libro así, Jimmy Hoffa, Michael Rockefeller, Amelia Earhart “la primera mujer que cruzó el Atlántico”, el juez Joseph F. Carter. Vas a

enlistar una serie de alpinistas y expedicionarios famosos, te atreverás a mezclar todo ello tanto con aquella mítica colonia de Roanoke que se esfumó alrededor de 1590 en la actual Carolina del Norte, como con el celeberrimo triángulo de las Bermudas, a fin de salvar al menos 200 páginas del volumen, que darán cabida a una nueva tipología de desapariciones, contemporáneas, y por eso mejor dispuestas para intranquilizar.

Las últimas páginas del libro son las que nos interesan.

La única certeza: vas a completarlas luego de una visita a la Sección de Desaparecidos del Departamento de Policía de la ciudad.

La Sección de Desaparecidos es una invención reciente, pero todavía incomprendida o abiertamente repudiada, y por eso ocupa el sótano del edificio. Allí no falta el trabajo, sin embargo. Cada día se reportan en la ciudad alrededor de 170 casos de personas extraviadas. Lo que justifica la incomprensión o el repudio es que tal sección existe sólo para acallar conciencias y para conseguir una fachada profesional y esperanzadora frente a un fenómeno sin resolución.

–Es una batalla perdida de antemano, te dirá una policía atípica, que hoy es niña, una persona con dos dedos de inteligencia que quiera borrarse del mapa le encuentra un culo al mundo en cualquier parte para hundirse por allí y desaparecer.

Tú habrás llegado al sótano para encontrarte con la miserable oficina cuyo eufemístico título Sección de Desaparecidos colgará sobre un vano sin puerta. Allí, cuatro personas maduras van a

hacer lo mínimo para ocultar que están a punto de jubilarse y que su único afán se concentra en que el día siguiente llegue lo más pronto posible y también sepa irse sin problemas. Dos hombres blancos como cadáveres jugarán a las cartas, dos más estarán leyendo el periódico y solamente ella, la joven, la negra como sepulcro, será quien levante la vista cuando des los buenos días con una timidez impropia de tu edad.

Minutos después, ella y tú estarán sentados en su sofá que va a incomodarte por tener a la policía de costado, obesamente próxima y no de frente, con un escritorio de por medio como se acostumbra. Para entonces ella habrá puesto fin a su hosquedad y se explayará cómoda y agradecida porque esa jornada comience distinto.

–Nadie allá afuera se imagina el tamaño del problema. Las ciudades son excusados que de vez en cuando engullen a parte de su gente. Un puro asunto de culos y retretes. Higiene. Hacer desaparecer la inmundicia... lo llamativo es que casi siempre sucede de manera voluntaria, ¿eh?... Gente mierda sabiéndose mierda...o gente normal viviendo momentos de mierda... ¿no me diga que usted mismo no pensó más de una vez en librarse de los críos, darle un puntapié a su mujer y largarse a otro sitio?

–No soy casado, aclararás con torpeza y luego aclararás algo que no era necesario, que nadie te pedía; ya no.

Por fortuna, la policía ignorará tu comentario. Ella va a decirte que fuera de los secuestros y de los casos posteriormente

rotulados como homicidios, las desapariciones resultan ser una piedra en el hígado. Y te dirá que ni siquiera se tiene el poder legal de llamarlo crimen. ¿Es un crimen? ¿Qué es un crimen? ¿Se castiga? ¿Se permite? ¿Se puede prevenir? ¿Se contagia? ¿Cuántas personas que caminan allá afuera en esta sola calle, ahora mismo, son los desaparecidos para alguien más?

Ella subrayará ciertas frases señalándote con una falta de tacto.

–Piénselo... las investigaciones comienzan hasta que alguien lo solicita. De lo contrario no existe la tal “desaparición”, lo que quiero decir es que, desde el punto de vista de la ley, es como si la ciudad se fuera llenando de muertos, pero mientras nadie los reporte, pues nadie los recoge, ¿me sigue?... Una ciudad de muertos dentro de la ciudad a la espera de que alguien los señale y murmure la palabra que eche a andar la maquinaria de la justicia: homicidio.

La policía se pasará la lengua por sus labios singularmente delgados y te dirá que toda la lógica policiaca parece perder sentido frente a este “delito”. ¿Qué buscamos? ¿Y el desaparecido es víctima o es culpable? ¿Y qué significa resolver el caso, descubrir lo que sucedió o devolver a los prófugos a su miseria? ¿Y por qué y cuándo y para qué se echa en falta a una persona? Y así, a palos de ciego, se puede llegar hasta cuestiones metafísicas. ¿Qué tan amplias son las repercusiones de una ausencia, a cuántos círculos concéntricos se extiende como una catástrofe: a su familia, a su barrio, a la ciudad, al país, al jodido planeta?

–Un terreno movedizo por donde se vea...

Ahí ella va a guardar silencio un instante, acaso dudando si levantarse y dar por zanjada la conversación.

Luego se volverá hacia ti con mirada lúcida.

—¿Va a escribir algo sobre esto, verdad?, lo murmurará para que los otros no la escuchen, te pondrá la mano sobre la pierna, en tono cómplice se atreverá a inquirir: ¿Cuándo saldrá?

Cuando se lo expliques (porque tú nunca vas a trabajar para ningún noticiario ni para ningún periódico), su decepción será evidente. Después ella sabrá recomponerse.

—¿Dirás en el libro que yo te ayudé, verdad?

—Por supuesto...

Y a punto de darle una explicación sobre los créditos y los agradecimientos en el volumen, ella te interrumpirá.

—O sea que aparecerá mi nombre... lo que necesito es que aparezca mi nombre.

—Sí —vas a decir sin vacilaciones y sin sentir remordimiento.

Ella sonrío igual desde ahora que todavía es una niña, mostrando las encías.

Así sonreirá, entonces, con todas las encías.

Entonces, oficialmente al fin, ella se irá a ocupar su lugar del otro lado de la mesa, probará con tres llaves antes de conseguir que ceda la gaveta del archivero y va a extraer una gruesa carpeta.

–Éste es mi trabajo. Lo que hago por mi cuenta.

Y lo dejará caer sonoramente en el escritorio.

Puede ser que en ese momento tú te vuelvas para mirar a los demás policías, pero verás que aquellos continúan sin inmutarse con la partida y con las lecturas.

–La primera pregunta difícil que le hacemos a quien reporta-te llama ella la atención cogiéndote por el antebrazo: salía con alguien.

Aquí será la primera vez que vaciles.

–¿Se veía con alguien? ¿Salía con alguien? –repetirá la joven negra policía ante tu estupefacto mutismo, y te comentará que, con esa simple interrogación, estás ayudando a la persona que busca la aceptación tácita de que la primera y más probable posibilidad es la desaparición voluntaria.

Entonces reconocerás que te has puesto incómodo, más que incómodo.

–Así empecé con lo mío, con mi investigación, la que nadie me paga y de la que a nadie doy cuenta, dirá ella entonces echándose hacia delante y bajando la voz, con una simple

pregunta: ¿cómo saber si una desaparición no es en realidad dos desapariciones?

Supongo que tú no sabrás darte cuenta que esta confianza estará siendo la última oportunidad para dar marcha atrás y abandonar no sólo la oficina sino el proyecto de *Memorias secretas de las desapariciones*, pues de golpe habrá surgido toda una sección que no habías pensado tú y que, si somos sinceros, no tendrá cabida en el volumen final. “La contraparte”.

La distancia más grande entre dos eventos se llama contraparte. Y la contraparte de las desapariciones estaría destinada –si consiguieras terminarla– a partir el libro. Un simple cambio de perspectiva va a crear tales variaciones tonales, rítmicas, pero sobre todo afectivas, que las nuevas páginas terminarían abriendo un abismo entre los capítulos anteriores y los que vendrían después de tal error.

Posiblemente un buen editor no te permitirá continuar con tal disparate.

–¿Qué nos importan los que se quedan? –Sabría sintetizarte el absurdo de la contraparte con esta simple pregunta.

Déjame explicarte. La perspectiva del ausente, ese frío molde que la súbita desaparición de una persona abre en el mundo, sería desbaratada por la abrumadora estética y estática del sufrimiento impuesto en las hojas de los abandonados.

De allí vendrá el título que se te ocurrirá para esta sección intermedia: “En el abandono”.

Todo por culpa de la mujer negra y la necesidad de ver su nombre publicado, porque allí pensarás por primera vez que es injusto no dedicar algunas páginas para quienes se quedan.

Te advierto que no saldrás bien librado si te obstinas. En el plano superficial de la publicación, perderás el vértigo espectacular con que el libro se había dejado leer hasta entonces. Sucederá que, con las primeras páginas del nuevo capítulo, los lectores se hundirán fastidiosamente en el tiempo circular, sin drama, en la letanía del sufrimiento del que espera o se resigna; las únicas dos opciones estáticas que se abren al abandonado.

“Al abandonado”, así lo escribirás.

Lo de las reacciones de algunos sobrevivientes de Nagasaki será interesante, no lo niego, aunque tal inclusión suponga una flagrante ruptura con la lógica que hasta entonces cumplías con tu libro: “las desapariciones misteriosas”.

Una bomba atómica carece de misterio...o bien, es otro tipo de misterio.

Lo que alimentaba tu libro era el morbo porque el morbo vende. Y de pronto, redactando el ritual que despuntó casi al día siguiente de que la bomba atómica arrasara Nagasaki, estarás llevando a tus lectores al dolor.

La explosión, ya se sabe, borró literalmente a la población que esa temprana mañana se dirigía al trabajo. Los evaporó al instante, pero en el suelo quedaron dibujadas las sombras que un sol matutino en

el horizonte les extraía a las personas justo antes de su desaparición. Las sombras pervivieron a los cuerpos unos cuantos días. Fue suficiente, sin embargo, para que algunos sobrevivientes las numeraran. Una aritmética a punta de gis que día con día se ocupaba de remarcar la suma de los que ya no estaban. Todo era elemental: el conteo, lo efímero del trazo de gis, la sencillez de la denuncia.

¿Percibes la esencia? La repetición y el sacrificio de quienes seguían vivos.

De allí extraerías tú, como el sol hizo con los cuerpos, lo verdaderamente fundamental, lo que merecía perdurar como una silueta en los suelos pisoteados de nuestra memoria.

Con el tiempo –escribirás– las sombras desaparecieron pero no los números. Las sombras perviven a los cuerpos y las abstracciones a cualquier materialidad, esa parecía ser la moraleja, pero una de las siluetas no se borró –aclararás– cada mañana alguien, un hijo, una esposa, un amigo, se encargó de ponerla de nuevo en la acera subrayando con gis el contorno, igual que se hace con los muertos en la escena de un crimen. Reviviendo la huella, el molde, el vacío.

Esto es lo que escribirás. Como en una escena del crimen.

Pero cuando termines de hacerlo, vas a advertir que no sirve, o que, al menos, es insuficiente; que así como está puesto en la hoja no sólo es inútil sino que parece una traición.

Luego una noche de insomnio vas a resolver que si querías hacerle justicia a ese acto mudo, cíclico, patético, tienes que (del

mismo modo que allá en Nagasaki, aquella persona anónima se había responsabilizado de la sombra y salía cada mañana a repetir el sacrificio elemental de ofrendar su primera idea y su primer acto al desaparecido, subrayando la silueta), tú tienes que volver a escribir el párrafo. No reescribirlo. Copiar el párrafo una segunda vez bajo el primero y luego una tercera vez. Sabrás o decidirás que de no escribir un segundo y un tercer y un cuarto párrafo en el libro, párrafos exactamente iguales al original, sabrás que estarás haciendo algo como dibujar la silueta con pintura indeleble en la calle de Nagasaki. Una ofrenda falsa, un ritual vacío.

Cuando los editores quieran hacerte entrar en razón les gritarás que no, que si algo caracteriza la existencia del abandonado es el fin de la narrativa propia, el fin de su historia, y la voluntaria dedicación al tartamudeo de un epílogo.

El caso es que todo esto último podrá ser evitado si adviertes, ante la mujer negra y sus equívocas carpetas y su sospechosa investigación que nadie le paga y de la que nadie le pide cuentas, que es tu última oportunidad de dar marcha atrás y abandonar no sólo la oficina sino el proyecto de *Memorias secretas de las desapariciones*.

¿Qué puedo decir? Me gustaría engañarte. Ofrecerte al menos un margen de esperanza.

Cuando pudieras estar subiendo al elevador, recogiendo la licencia de conducir que dejaste como documento de identidad en la entrada de la jefatura, montar al auto y enfilarse hacia tu casa y

hacia tu vida de siempre, continuarás sentado –lo siento–oyéndola decir, a ella, a la mujer obesa y joven y policia:

–Es como armar un rompecabezas...probar y probar piezas en busca de algo que embone.

Tu gesto desconcertado le obligará a abandonar el lenguaje figurado.

–Cojo al azar dos expedientes y luego fuerzo las coincidencias.

Ella para entonces será una mujer conservadora, chapada a la antigua por voluntad, y confesará que se siente torpe para unir gente del mismo sexo o adultos con niños...

–O todas esas combinaciones...usted me entiende. Ni siquiera se trata de mi corazón o mi alma... es mi cabeza... mi razonamiento no se abre a esas combinaciones modernas... He pensado que las ideas son como huesos, ¿no?, se van haciendo duras con los años hasta formarnos un segundo cráneo sobre el cráneo, o bajo el cráneo, que para el caso es lo mismo.

Ella va a aceptar que la mayor parte de las veces es tiempo perdido. Que se dedica horas, días a sus rompecabezas, pero la conexión no se da. Luego filosofará un poco: que en toda actividad humana existe la investigación básica, pura, algo parecido al arte en sus actos sin finalidad, sin explicación, sin término.

Luego, por única vez, su gesto se endurecerá para decir que no, que no lo hace por gusto.

–Sabe por qué lo hago, ¿no es obvio?... Si él lee mi nombre en su libro... si consigo recordarme...acaso vuelva... ¿No es lo que todos esperamos, todos los que fuimos dejados atrás?

Y es extraño escucharla decir estas palabras con tal gesto de acritud.

Luego junta ambas manos ante su boca, deja escapar un suspiro, se frota la frente con los dedos.

–Pero lo que no entiendo es qué estoy buscando, retoma su tono mesurado, y si no lo comprendo, ¿cómo reconoceré dónde parar?

Entonces extraerá dos fólderes de la carpeta.

–Estos son mis logros.

Tú tomarás uno de ellos, mirarás a la policía y ella irá asintiendo con un movimiento de cabeza, mientras hojeas los expedientes, viendo pasar ante tus ojos fotografías de mujeres, de hombres, leyendo a vuelo de pájaro informaciones supuestamente autónomas que acabarán empalmándose en tres juegos engrapados.

–Todo embonó, ¿sabe?, te dirá, a usted le parecerá poco encontrar tres parejas, pero no lo es.

Apoyará los codos en la mesa, te mirará sin parpadear.

–Mi error fue desconfiar de mí misma... Una completa estupidez... Luego lo hice de la peor manera... Fue hace unos meses... El

hombre ni siquiera era un hombre, era un chico todavía. Le pregunté que si recordaba la pregunta del día en que levantó el acta de la desaparición de su mujer. Por supuesto que la recordaba. A nadie se le olvida la primera vez que alguien te obliga a pensar en lo impensable. Pero yo me atreví a repetirla. “¿Se veía ella con alguien?” Y le dije que lo sentía sin sentirlo, pero que esta vez tenía que ser más específica. ¿Se veía su esposa con este hombre?, murmuré mientras le mostraba la foto que según yo cuadraba con el perfil de su mujer perdida. Fui estúpida y cruel. El muchacho ni siquiera pudo guardar la compostura. Palideció, la boca comenzó a temblarle sin control y luego dejó emerger un largo gemido. Allí entendí que él lo sabía sin saberlo. Que todos lo sabemos, o lo sabríamos de sucedernos algo así, pero que debemos mandar la intuición al fondo de nuestra conciencia, negarla mientras no exista la evidencia de que la persona que nos es todo puede vivir sin mí, sin ti, es más, desea vivir sin ti, peor, para vivir necesita librarse de nosotros... El chico, todavía más empequeñecido por el llanto, salió corriendo de la oficina. Durante semanas llamé a su casa tantas veces como para ser acusada de acoso, pero ni respondió mis mensajes ni volvió más aquí.

Tú, para entonces, estarás observando una de las fotos del folder suponiendo que el hombre que miras puede ser el amante de la mujer perdida. Lo supondrás sin buscar confirmación: que él es el otro y entonces aquella mujer del retrato de la siguiente página era ella. No te atreverás a preguntárselo a la oficial de policía porque no encontrarás en su voz ningún rasgo de frivolidad o de cinismo. Ella va a dolerse de veras y su arrepentimiento no dejará espacio para una falta de tacto así o para un dejo de vanidad de su parte.

–Allí estaba la confirmación de mi teoría, te dirá, una desaparición puede ser dos desapariciones voluntarias, de común acuerdo, doblemente crueles. Suspirará, bajará la vista, no debí desconfiar de mí.

Luego ella empujará un segundo fólder sobre la mesa en tu dirección. Solemne ella, grave tú, de acuerdo con las circunstancias, demorarás un instante en examinar los nuevos papeles, pero cuando hojees el contenido, los casos te parecerán similares a los otros.

–No lo son –te aclarará ella, a pesar de que allí estarán también las fotos y los informes clasificados en las mismas categorías detalladas.

Lo que tendría que llamarte la atención serán las asombrosas coincidencias entre un hombre y una mujer embonando con tal precisión que resultarán inverosímiles.

–Mírelas.

Volverás a mirar las primeras páginas y leerás los nombres al pie de cada uno de los retratos. Harás lo mismo con los ocho juegos engrapados de ese segundo fólder. Todorovich, Echeverría, Cerghedean, etc., todas las parejas compartirán un mismo apellido.

–Son las desapariciones más extrañas, las más desconcertantes, te dirá la gruesa mujer policía, parejas legales, biencasadas, establecidas, que de pronto se esfuman... solemos llegar a ellas por

un familiar o por un amigo. Allí no hay una primera pregunta difícil sino un primer acto cruel. Llevamos a la persona que dio parte de la desaparición al depósito de cadáveres y le mostramos primero a todos los muertos recientes. Este primer acto resume la posibilidad de que uno de los esposos se haya deshecho del otro. Un fenómeno humano también más común de lo que la cordura de una sociedad puede soportar... pero, bueno, algunas veces no aparece ningún cuerpo identificable y con ello se abre la posibilidad de que se trate de un accidente, de un suicidio pactado o de un homicidio. Y entonces los llevamos a ver a las parejas que han perecido juntas... si no se da ningún reconocimiento, entonces entramos finalmente en ese territorio absurdo al que a nadie de este departamento le gusta llevar ni su mente ni su alma... ¿De qué hablamos entonces? ¿Dónde están los esposos? ¿Por qué han desaparecido? El tamaño de nuestro desconcierto se mide de acuerdo con la magnitud de lo que estos matrimonios dejan atrás. Firmes trayectorias profesionales, una posición económica más que desahogada, deudas menores y normales que no justifican una resolución extrema... compruébelo por usted mismo en los expediente... ¿Por qué entonces la fuga? ¿Qué provocó un desprendimiento así de grande? ¿Es un sacrificio de lo menos por la más? –ella tocará el expediente que hojeas-. En ese caso, todo lo que está aquí registrado es lo menos. ¿Qué es entonces “lo más”?... De tanto pensarlo me estoy enredando en deducciones cada vez más torpes. Como si todas esas parejas hubieran anticipado algo que los demás no hemos sabido evitar y hubieran conseguido desaparecer juntos para salvarse.

Ahora tengo que confesarte, a estas alturas de tu futuro, que no sé que será de ti. No sé cómo reaccionarás. Todo es posible.

Quizá tú tengas la suficiente sangre fría para seguir sentado e incluso para atreverte a preguntar.

—¿Y de verdad lo lograron? ¿De verdad se puede evitar?

Y justo allí verás nítidamente esa nueva sección de tu libro, las veinte hojas de “Los abandonados” en *Memorias secretas de las desapariciones* que al final no incluirás porque la súbita ausencia de alguien puede aniquilar no sólo el tiempo sino también el espacio.

Posiblemente haya sido la misma mujer policía quien te llevara a este hallazgo por mostrarte expedientes que difícilmente solemos asociar con el dramatismo de toda memoria policíaca. Eran fotografías tomadas en el lugar de los hechos que parecían más propias de revistas dedicadas al hogar. Fotografías de las aburridas intimidades de casas, departamentos, moradas vacías, que, en el apéndice de tu libro, no habrían hecho sino ofender los retratos que ya estaban allí, las llamativas ilustraciones de “la última vez”, fotografías de la última vez que se vio a cada uno de los personajes descritos en tu libro antes de su desaparición: la última vez que aquél o aquélla durmió en esta cama, la última vez que se les vio con los suyos, la última vez que se les supo con vida.

No lo sabes pero lo sabrás. Cuando uno deja caer la mirada sobre los últimos retratos de la gente desaparecida, surge un sentimiento extraño, una intimidación, como si de un momento a otro, ante nuestros ojos, fuera a diluirse aquel hombre, aquella mujer captada en la lámina; uno ve al futuro desaparecido, a veces encajado en el frágil e ignorante bienestar de su familia

o entre sus amigos o con su pareja, y uno toma el lugar del agorero, de quien anticipa la tragedia, de quien poseyendo un saber es incapaz de hacérselo llegar a aquéllos que podrían modificar el porvenir.

Los retratos de tu libro involucrarán entonces al lector con un espejismo ligado con la angustia. Y por eso no habrá modo de armonizar aquéllos con estas fotografías de una habitación intocada, de una silla vacía en un banquete familiar, de un guardarropa, de una hilera de zapatillas, de un escritorio donde la pluma fuente parece recién dejada a un lado y recién trazada la última palabra en una carta que permanece inconclusa. Fotografías que no transforman al lector en vidente de ningún fatalismo y que ni siquiera le provocarían nada si no hubiera una acotación: “aquí dormía”, “aquí se sentaba”, “la ropa no ha sido tocada desde hace quince años”, “lustran las zapatillas semana tras semana y las enfilan en el mismo orden esperando su regreso”, “la hija de quien sería destinataria de esta carta ha muerto, y también la hija de su hija, pero los familiares del desaparecido la mantienen sobre el escritorio, como la dejó hace 93 años”.

El sentimiento que vería aflorar tu lector es esas 20 hojas sería exactamente el opuesto, haciéndolo desplazarse de la prefiguración y la angustia, de la necesidad absurda de estar allí para prevenir, para salvar, a la repugnancia. Si las primeras fotos le atraerán y les harán sufrir, las láminas de los huecos –camas sin quien duerma en ellas, calzados sin pies por enfundárselos, vestidos que penden en los armarios, bastones empolvados– les harán un daño del que ni siquiera se darán cuenta.

Lo que te quiero decir es que pocos son como tú... rectifico, pocos son como tú serás voluntariamente dejándote atrapar por la locura de las habitaciones intocadas, los sitios intocados, las cosas intocadas, las palabras intocadas, los pensamientos intocados, contorneando con gis el vacío de ella para luego no cruzar las sutiles líneas blancas que son el epílogo en el abandono. Las herencias hechas por quien desaparece: la estática y las sombras.

—Cuando descubrí estas desapariciones, te dirá la joven mujer policía, odié aún más a mi padre... ¿No sé si usted puede entenderme?... Es una reacción infantil, de la niña que fui... como si ella siguiera viva en alguna parte de mi alma y yo le hubiera descubierto con mi investigación una alternativa que nunca se nos había ocurrido a ninguna de las dos... desaparecer no para abandonar sino para salvarse...

Lo cierto es que más allá de lo que va a suceder, y de lo que puede suceder, es que terminarás petrificado, en la oficina o no, en la silla o no, despeñándote todo tú en una especie de trance.

Será lo más parecido a ese sueño que no has podido dejar de soñar en estos días como si hubieras logrado anticipar lo que venía. No un sueño de inconsciencia sino de conciencia alterada poco propicia para la secuenciación de ideas o de recuerdos; más propia para el rezo, para la plegaria, para el discurso amoroso reducido a su núcleo: la oración amorosa, que hoy, justo hoy, el primer día de la desaparición, cuando ni siquiera sabes aún que será una desaparición, se sintetiza en una dolida y elemental pregunta todavía lejos de los pensamientos impensables.

—¿Dónde estás, Elena, dónde estás?

Pero que quizá por causa del libro que, ahora me desdigo, ya no sé si escribirás; quizá frente a la que hoy, de acuerdo, apenas es una niña y que, sin embargo, el día de tu llegada al sótano de la jefatura será ya una mujer, policia, joven, pero sobre todo, abandonada, quizá ahí ganará más palabras y más resentimiento tu oración amorosa, buscando tú una fotografía entre todas las que se salen de las carpetas, de los broches, de tus temblorosas manos, yendo a parar al suelo.

—Debimos evitarlo como estas parejas, Elena... anticiparlo y evitarlo... Si hubiéramos podido. Si hubiéramos sabido hacerlo... desaparecer, sólo desaparecer juntos.

En la muerte del padre

La tía, que respondió a la llamada hecha por el hijo desde la isla de Bafin, en el Ártico, respaldó la versión de un fallecimiento benévolo, ¿sabes? Hablaba como si él siguiera siendo un niño y lo de su padre hubiera sido natural.

–¡Nada puede ser benévolo después de mutilarse!– gritó el hijo y colgó.

Luego, ya en México, él resolvería no comunicarse al hospital para no darle oportunidad a nadie más de trenzar la misma

estupidez de que la emasculación de hacía medio año no formaba parte del deceso actual. Pagó un cuarto de hotel, fue dejando pasar los días sin avisar que estaba allí, simplemente postergaba la llamada de la mañana a la tarde y de la tarde a cada noche desde su llegada al país. Mientras tanto tuvo tiempo para ir advirtiendo que los meses pasados en la isla de hielo lo habían marcado de muchas maneras. La humedad de la ciudad de México, más bien baja, le resultaba insoportable, y la cantidad de aromas sucediéndose como oleajes por los cuales debía atravesar para llegar al bar de la esquina le encajaban un mareo tan insidioso que los primeros tragos apenas servían para anestesiarle cualquier zona del cerebro que siguiera vomitando reacciones por el olor. Como fuera, un Ártico sin humedad y sin asideros para la nariz no resultó ser nada comparado con lo que el frío y el aislamiento le habían hecho a su piel. Los lugares le parecían demasiado cálidos ahora, lo mismo cualquier ropa, iba en mangas de camisa y sin prendas interiores. En el bar de la esquina no conseguía alivio aunque buscaba las mesas aisladas del fondo porque nunca encontraba distancia suficiente de los otros cuerpos. Demasiada gente, demasiado cerca. Acabó por refugiarse en el bar del hotel, un sitio olvidado donde su recién estrenada intolerancia no le era puesta a prueba. El único mesero le servía a lapsos largos, dejándole a cargo de la penumbra, de la ranciedad del sitio, del largo reflejo en los espejos donde se subrayaba su soledad; dejándole a cargo sobre todo de la memoria.

Él se fue de México –puede aceptarlo al fin– por causa de la mutilación de su padre. El tercer avión, luego de sendos transbordos, recuerda, fue el que lo llevó a Iqaluit. Durante cada escala y en

cada trasbordo de avión siguió creyendo saber lo que era el frío. En ese entonces enlistaba las cerraduras congeladas, las tuberías hechas pedazos porque no se dejó correr un goteo que desplazara aunque fuera milimétricamente el agua y liberara así la presión, las cartas endurecidas como costras en los buzones, pensando que en verdad, al hacer este listado, estaba hablando del frío. En el catálogo se les prometía a los viajeros un clima veraniego benigno –la temperatura por encima de los diez grados centígrados y nieve casi ornamental distribuida en ciertos puntos de los alrededores–, pero en el catálogo no se hacía ninguna advertencia de que los veranos del norte suelen ser impredecibles. Desde la ventanilla del avión se distinguió apenas el punto amarillo que era el aeropuerto de Iqaluit en medio de una alfombra blanca extendida hasta donde los ojos alcanzaban a divisar. Descender de la aeronave fue como entrar en un congelador a sobrepresión, sintió el pecho comprimido y una reacción instintiva le avisó que allí algo tan mecánico como respirar necesitaba de la voluntad, de la precaución, y cobraba. Cada bocanada se convertía en una aguja cruzando de lado a lado los pulmones. Hasta entonces no sabía que el dolor podía radiografiar así.

El mal clima se prolongó hasta el fin de semana, casi cuatro días en los que tuvo que optar por aburrirse templadamente en el hotel o aventurarse al exterior. Las cuatro veces fue derrotado por el hastío y tarde o temprano se encontraba caminando por calles desiertas, frente a edificios prefabricados, parecidos a contenedores, en la ciudad más grande de la isla de Bafin que en realidad no era sino una aldea con apenas un par de escuelas, un par de supermercados, un banco, un hospital, un cine aprovisionado

en un viejo edificio de varias plantas, y una calle punteada de bares luminosos.

Recordaba que una de aquellas noches de verdad intentó emborracharse y que su mesa del bar, redonda y alta, encharolada en negro, terminó llena de botellas. Sabe que quiso pagar con la tarjeta de crédito, pero luego se recordó alisando dólares canadienses. Una pareja de mediana edad, turistas, comenzaron a bailar feamente a unas mesas de distancia. Su memoria no alcanzó a asir los pormenores de la melodía. Extravió la guía musical de la escena, aunque hubiera podido deducirla de no ser porque esos dos de verdad se movían mal, tiesos hasta el cuello y concentrando su baile en un descoyuntamiento de brazos y cabeza, ¡horrible! Luego se vio saliendo a la calle donde la nieve fresca sobre el hielo recogía la poca luz que había en las calles. Él ponía sus pies en una acera escarchada y los autos detenidos en la cuneta iban quedando atrás, cubiertos con una pelusa blanca y centellante. Recordó el frío, la precaución que le hizo acortar la zancada y plantar completa la planta del pie temiendo un resbalón, y la huella sonora que se desprendía con cada uno de sus pasos, una silueta de crujidos igual que cuando se camina sobre vidrio.

En aquel entonces, cuando se dirigía forrado de ropa térmica al hotel de Iqaluit, no relacionó nada con nada, perplejo como iba por causa de ese paisaje hecho de frío, soledad y silencio que se abría ante él.

Ahora sabe que el recuerdo es falso: un simulacro el de él y una farsa entera la calle de los bares de Iqaluit. La cerveza fría,

espumosa, acuerpada carecía de alcohol. Ley seca. Pero entonces –sin alcohol de por medio– por qué él actuó así, como emborrachado. Recuerda que caminaba a la hora muerta que se incrusta entre el retorno sinuoso de los jueguistas de toda ciudad y la aparición brusca y rectilínea de sus madrugadores, aunque en Iqaluit no había ni unos ni otros. No se hallaba lejos del hotel, así que bien pudo aguantar sin problemas. Fue una tentación, una travesura pueril. Se quitó el guante y, con la mano libre, bajó cierres, retiró estratos de pantalón y ropa interior, y se sacó el pene. En unos segundos se había completado el juego. Vio el vapor de su orina, le asquearon el nauseabundo color amarillo que horadó la nieve y la peste del amoniaco ensuciando el aire puro de la noche. Entonces lo hizo. O tendría que decirse que entonces dejó de hacer lo que se esperaría. A pesar de que había terminado de orinar, se quedó inmóvil con la mano desnuda y la verga colgando flácida a la intemperie. Los segundos que demoró en vaciar la vejiga habían bastado para que su mano enrojeciera y comenzara a latirle. Con el alargue gratuito de la exposición, la gelidez fue amoratándole la piel y le metió cada dedo de la mano en una suerte de cascanueces. La verga, por el contrario, parecía no quejarse. ¿Cuánto tiempo estuvo así?

Ahora piensa, quizá para no hacer asociaciones con lo de su padre, en una historia que no recuerda de dónde sacó; alguien debe habérsela contado cuando adolescente, aunque el episodio tiene esa aura de leyenda urbana que se escurre hacia el interior de nuestros oídos sin boca ni emisario; se contagia. Un muchacho se encerró en la cabina de un baño, metió su pene en un anillo, se anilló, pues, y, ya sea que se haya masturbado o haya sido una pura reacción al estímulo, minutos después fue sacado de la

cabina pegando alaridos con la verga afrutada a punto de reventar. La misma tentación de cuando se acerca un dedo a la flama de una vela, poner en peligro una parte del cuerpo. En algún momento su pene pareció intentar retraerse, se le fue empequeñeciendo en la mano ya insensible, pero, en esa madrugada gélida de Iqaluit, él siguió inmóvil, estrangulándolo, impidiéndole el repliegue, decidiendo sin decidirlo, que era esa la parte de su cuerpo que él quería poner en riesgo.

Cuando dejó de preguntarse si lo odiaba, a su padre, y fue recayendo en interrogaciones que hasta entonces no había tenido la madurez de hacerse, resumibles todas en una duda que corría en dirección opuesta al sentido tradicional de sus recriminaciones.

—¿Qué fui yo para mi padre? Y de allí, ¿me quiso por algo más que una convención? ¿Me quiso? ¿Qué palabras se le reunían en la cabeza cada vez que murmuraba mi nombre? ¿Qué les decía a los amigos cuando las conversaciones desembocaban en su condición paterna? Porque, por el mero hecho de tratarse de hijo único, su padre no tenía forma de pluralizar y con ello de refugiarse en el cómodo recurso de las abstracciones (“todos haciendo su vida, ya saben, todos sacándome canas, todos labrándose un destino”), esas cosas que dicen los padres para salir al paso y no enfrentar el hecho fundamental al que estaba llegando él: ¿lo decepcioné? ¿Le valió la pena montarse en la manida ilusión de la perpetuidad de la especie sólo a fin de ver el desdoblamiento de sus rasgos en mis rasgos que lo duplicaron, a lo mejor, en un mismo gesto para expresar malestar o en una sonrisa parecida, y que luego, sin embargo, lo llevaron al descubrimiento, quizá, de que

tal semejanza recaía en los mismos errores y que él, mi padre, había hecho de otra piel una extensión, una funda, de sus propias angustias?— cuando él dejó de preguntarse entonces si lo odiaba y se atrevió a mudarse a la suposición de que su padre hubiera podido renegar de él, fue a buscarlo.

Imaginó que para ese instante, a más de dos semanas del deceso, aquél estaría irreconocible. El hijo ni siquiera pensaba en agusanamientos. Deducía que cualquier cosa que fue su padre, ya no estaría allí desde que su corazón latió por última vez. Se fantaseó a sí mismo en el día posterior a la muerte de su padre, junto al ataúd, en el velorio, lanzando continuas miradas de reojo a aquella cara cerosa tan parecida a la suya, adivinando los algodones que debieron de ser usados para levantarle la piel de las mejillas y del contorno de la boca, y advirtiéndole que su desazón sería causada —de haber sucedido esto— por ese color rosado que su padre nunca tuvo pero que el maquillista habrá elegido como el más apropiado para simularle vida o disimularle muerte.

Ocupado en las fantasías del velorio, donde se veía a sí mismo haciendo guardia junto al féretro como se esperaba de un buen hijo —probándose una memoria falsa como uno se prueba ropa que no comprará—, él no supo reaccionar cuando no le fue indicada ninguna ruta en el cementerio sino que le trajeron a su padre en una urna. Tardó en moverse. No recordaba a su padre inclinándose por una desaparición tan tajante. Cogió la urna y la gruesa libreta que le entregaron también luego de verificar que era él, ¿el hijo, verdad?, el siguiente Pietrasanta en la familia, ¿no es cierto?

Después él aceptaría que decidió pasar la noche en su vieja casa, en la casa de su padre, para buscar allí algo que le explicara, lo pensó, la locura de papá. La incineración le parecía, en ese momento, tan inexplicable como la mutilación de inicios de año. ¿Qué significa conocer a alguien?, se preguntaba mientras iba recorriendo la austera y ordenada planta baja. Se descubrió sentándose en la butaca, en la cabecera del comedor, en la silla del jardín, parándose frente al ventanal o ante la tarja de la cocina para ver, del mundo, lo que su padre solía ponerse ante los ojos; encendió la radio y la dejó sonando en la estación donde estaba detenida la aguja del cuadrante.

Durante tres días fueron sucediéndose en la radio monótonamente las mismas voces introduciendo conciertos de música clásica, las horas dedicadas a un compositor, los acontecimientos encapsulados del mundo. Tres días que él empezó creyendo sólo una tarde para cerrar la casa y volver al hotel, pero la noche lo encontró todavía allí, sin maletas, sin ninguno de sus objetos personales, desvalido en la ranciedad de la ropa que había vestido no demasiadas horas pero sí demasiados acontecimientos. Así que despuntó por necesidad lo que, luego de esa primera noche, se fue transformando en una especie de ritual. Abrió la cajonera de la recámara de su padre, eligió la pijama que parecía más vieja, dos prendas de una tela rayada en café con blanco que le venía amplia de la cintura, estrecha de hombros, que hubo de arremangar para que no le cubriera las manos y también someter a un par de dobles en las perneras para que no se arrastraran al caminar; se lavó los dientes con el cepillo que encontró en el lavabo, la pasta le destempló las encías y las cerdas le parecieron demasiado suaves. Oyendo la música que

subía de la planta baja, imaginó que así se reflejaría su padre cada noche en ese espejo, con los labios espumosos y el mango de ese color verde enfermizo asomando de su boca como un termómetro. Al otro día fue abriendo las latas que encontró en la alacena y también fue descongelando los alimentos que, en refractarios, recipientes de plástico, papel metalizado, llenaban el congelador; llevándose al estómago, el hijo, lo que al estómago de su padre había sido destinado originalmente. Lo mismo hizo con el guardarropa al combinar los chalecos, los sacos anacrónicos, los pantalones, para enfundarse él en las imágenes que no le correspondían. Se disfrazaba de su padre, se lo probaba ante el espejo de cuerpo completo de la habitación, en el mismo espejo donde, según una memoria que nunca fue suya pero que su padre le fue sembrando, “tu mamá se convertía en diosa”. Durante tres días él se vistió a su padre, rasurándose con sus navajas y usando su agua de colonia, se lo vistió al dejarse rodar hacia la depresión leve del colchón y al buscar un olor en la almohada y en las sábanas donde anidarse, al pasar horas en el estudio hojeando los libros que reposaban sobre el escritorio, archivos genealógicos que la biblioteca pública tendría que estar echando en falta, miles de apellidos entre los cuales de vez en cuando aparecía un “Pietrasanta” (Esteban Pietrasanta, 1927. Fernando Pietrasanta, 1881. Raymundo Pietrasanta, 1856. Segundo Pietrasanta, 1820).

Tres días él fue su padre con la esperanza inconfesada de descubrir una respuesta. Tres días en los cuales pretendió hacerse de una comprensión sin la escritura de su padre, sin la ayuda de sus palabras, sin la guía de su locura, que él sabía estaría asentada en la gruesa libreta de pastas duras que recibió con la urna.

Lo de la locura es literalmente cierto. Así como se vistió a su padre y se sometió a su comida, así como se encajó en cada molde que dejó éste en el espacio de la casa, así se atrevió –una sola vez para luego seguir usando el baño del traspatio– a exponerse al retrete donde su padre orinó por años. Su padre se ató una cuerda fina alrededor de la base del pene. Fue lo que le dijeron en el hospital. Nadie le aclaró sin embargo si su pene estaba erecto. El lo pensó ante la taza, con su verga en una de las manos. Nadie habló tampoco de lo que hace una verga cuando se siente amenazada. Desde esta perspectiva, mirándola desde arriba, su verga resultaba insignificante. Siempre ciega, siempre oculta, siempre en un simulacro de muerte. Como si pretendiera separarse de su cuerpo, así colgaba. Este pensamiento le provocó un escalofrío. Le dijeron en el hospital que su padre sabía lo que hacía, pero aún así sólo un hombre temerario y desesperado sería capaz de practicarse una autopeotomía. El médico disfrutó de llevarse la palabra a la boca, no supo disimularlo, seguro que tenía pocas oportunidades de usarla; no pudo evitar tampoco entonarla con un dejo de admiración. Una práctica peligrosa, agregó, rara vez hay justificación médica para realizarla. Que se ató la cuerda para que actuara como ligadura y, por presión, cauterizara los vasos sanguíneos. La ahorcó, pensó el hijo, estuvo diez minutos viéndola morir. No pudo evitar el recuerdo de un pez dorado dando tumbos en el suelo entre los vidrios rotos de una pecera. Fue una asociación extraña. Este recuerdo que él no pudo fijar en ningún momento de su vida debió de haberle provocado algún tipo de gracia; era una imagen chusca: el pene de su padre asfixiándose entre violentas sacudidas. El pensó que su padre esperó diez minutos hasta que las paredes

de las arterias y las venas estuvieron debidamente comprimidas. Luego, con un movimiento rápido del cuchillo, cortó a unos dos centímetros de la base. El médico le dijo que su padre aflojó la cuerda. Que tal como lo previó, casi no hubo sangre. Todavía se atrevió a tenderse en la cama durante un momento para asegurarse que no habría hemorragia. Luego nos llamó. Lo que el médico no dijo al hijo fue dónde quedó el pene, qué hizo su padre cuando lo tuvo dentro de una de sus manos separado al fin de él.

El hijo continuó todavía unos minutos inmóvil ante la taza del baño esa única vez que la usó. Cuando reaccionó, ni siquiera sabía si había orinado ya, así que miró la superficie inmóvil del agua buscando un rastro de turbiedad.

Resonaba Bach en la planta baja, *La pasión según San Mateo*, cuando él se rindió y abrió el cuaderno al azar.

Leyó durante mucho tiempo.

Después permaneció allí mismo, sentado en la cama, mirando a través de la ventana, respirando tan levemente que parecía no respirar, concentrándose poco a poco en una rigidez artificial y en una sola de las frases leídas: “si bastara con morir”.

–¿Qué me estás pidiendo, papá? –murmuró.

El se vistió sus propias ropas, apagó la radio, tendió la cama, cerró de nuevo las ventanas.

No basta con morir, era la idea sobre la que caminaba el hijo, dentro de la cual iba devolviendo la casa al estado anterior a su venida. Habría que saber desaparecer del mundo... no sólo morir, desaparecer, igual que si su padre continuara rogando, una súplica de rodillas, desaparecer, por favor, haz desaparecer, hijo mío, a toda nuestra estirpe; así que él, sin saber muy bien lo que estaba creyendo hacer, cogió la urna, caminó al baño, ¿qué me estás pidiendo?, pensó de nuevo, y allí vació las cenizas de su padre y tiró de la cadena del retrete para que el agua engullera al penúltimo Pietrasanta del mundo.

Índice

- 16 El final del fútbol
- 36 Sin el perdón
- 56 Sólo desaparecidos
- 68 Asco
- 94 Estoy rezando por tu salvación
- 104 Ángeles
- 110 ¿Cómo defenderse, hijo, de alguien que te ama?
- 136 A la distancia de los horizontes
- 150 Y sobrevivir con las manos abiertas
- 168 Para no ahogarme
- 188 En el abandono
- 208 En la muerte del padre

C Desapariciones de Ricardo Chávez
Castañeda se terminó de imprimir
en febrero de 2011, en los talleres de
Grupo Editorial JANO S.A de C.V.,
ubicados en Lerdo poniente no. 864,
esquina Agustín Millán, colonia
Electricistas Locales, C.P. 50040,
Toluca, Estado de México. La edición
consta de 1 000 ejemplares y estuvo
al cuidado del Consejo Editorial de
la Administración Pública Estatal.
Redacción y corrección de estilo:
Blanca Leonor Ocampo y Jazmín
González Cruz. Concepto de diseño y
diagramático: Daniel López Escobar
y Hugo Ortiz.
Asesoría tipográfica:
Juan Carlos Cúe. Formación:
Angelica Sanchez Vilchis.
Supervisión en imprenta: Maresa
Oskam-Roux. Las tipografías
utilizadas son Trinte I diseñada por
Bram de Does, y Callis diseñada
por Christoph Nordzj. ambas de
Schiedel font foundry.

